

GALAXY CRAZE



LA
ÚLTIMA
PRINCESA

Lectulandia

Corre el año 2090 y el planeta está totalmente devastado. Los recursos naturales escasean, la población está muy inquieta y las complejas intrigas políticas tratan de acabar con la familia real.

«Felices para siempre» es ya una expresión del pasado para la princesa Eliza. Ha llegado el momento de arriesgarlo todo si no quiere convertirse en... LA ÚLTIMA PRINCESA.

Lectulandia

Galaxy Craze

La última princesa

La última princesa 1

ePub r1.0

Banshee 28.09.13

Título original: *The Last Princess*
Galaxy Craze, 2012
Traducción: Victoria Simó Perales
Diseño de portada: Elizabeth H. Clark
Imagen de portada: Steve Stone

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Prólogo

La jornada comenzó como un sueño hermoso y vívido. Era uno de esos días ya tan escasos en los que el sol brilla con la luz suave y cálida del principio de la primavera. Mi madre y yo estábamos en el jardín, las dos solas; Mary se había ido con mi padre, pero yo me había quedado para hacerle compañía a mi madre, que arrastraba el cansancio de ocho meses de embarazo.

—¡Oh! —mi madre apoyó las manos en su abultado vientre. Nos habíamos llevado la merienda al jardín, con mantelillos de bambú, una manta de cuadros de color verde lima y algunos almohadones—. Creo que a tu hermano también le apetece merendar.

Yo había posado la mano en su vientre para notar los movimientos cuando oímos que el mayordomo, Rupert, nos llamaba. Un mensajero había traído algo para nosotras.

En la puerta aguardaba un hombre atractivo de cabello dorado y rizado. Sostenía una cesta llena de fruta fresca, justo en su punto: melocotones y ciruelas, albaricoques y manzanas, fresas de un rojo oscuro. Yo llevaba sin probar la fruta desde los Diecisiete Días.

—¿Quién la envía? —preguntó mi madre, que no podía apartar los ojos del regalo.

Tendiendo la canasta, el hombre sonrió. Al hacerlo, dejó entrever una fila de dientes immaculados. Recuerdo que me quedé mirando aquella dentadura, mientras pensaba que parecía de plástico.

—Larga vida a la reina —saludó, y luego se retiró con una sonrisa.

A mi madre siempre la había incomodado aquel protocolo.

Llevamos la cesta al jardín y nos acomodamos sobre la manta verde.

Mi madre estuvo hurgando en el interior hasta sacar un melocotón de aspecto delicioso. Se lo acercó a la nariz y aspiró su fragancia con los ojos cerrados.

—Mira, lleva una tarjeta.

Saqué una nota blanca de entre el montón de fresas y la leí en voz alta.

Para la familia real y su nuevo vástago.

A vuestra salud.

C. H.

—¿Quién es C. H.? —preguntó mi madre.

Yo ni la escuché. Solo tenía ojos para la fruta, sin saber por dónde empezar. ¿Qué probaría primero? ¿Una ciruela? ¿Una fresa?

Mi madre abrió la boca para morder el melocotón. Una gota de jugo le resbaló por la barbilla.

—Está delicioso. Es lo más exquisito que he probado en mi vida.

Al dar otro mordisco, su sonrisa serena se transformó en una expresión preocupada. Se sacó algo de la lengua y lo dejó caer sobre la palma de la mano.

—Qué raro. Los melocotones no tienen semillas.

Me acerqué a mirarlo. Era una minúscula estrella metálica.

Mi madre palideció y cayó sobre la manta. Sus manos agarraron la hierba, sus uñas se clavaron en la tierra. Entre la brisa, oí un estertor.

Era el último aliento de mi madre.



Con cuidado, desabroché el guardapelo que pendía de mi cuello. Sentí el peso del oro galés en la palma de la mano. Estábamos a finales de agosto, pero hacía frío entre los gruesos muros del castillo. Aun en pleno verano, las corrientes de aire invadían las estancias como fantasmas solitarios.

Abrí el guardapelo y miré el minúsculo retrato de mi madre, luego mi propio reflejo en el cristal emplomado de la ventana y de nuevo la fotografía, hasta que se me saltaron las lágrimas. Teníamos el mismo cabello oscuro e idénticos ojos de color azul claro. ¿Me parecería a ella cuando me hiciera mayor? Cerré los ojos para revivir el contacto de su abrazo, para evocar el murmullo suave de su voz y aspirar la esencia de rosas que todas las mañanas se aplicaba en el interior de las muñecas. Por desgracia, aquel día los recuerdos no acudían a mi mente con la nitidez habitual. Cerré el guardapelo y me enjuagué las lágrimas.

Por más que me pasara el día entero mirando mi propio reflejo, ya nunca me reconocería a mí misma. Jamás volvería a ser la niña que era antes de los Diecisiete Días, antes de que mi madre fuera asesinada. Mi familia se había quedado vacía, como un árbol muerto que aún sigue en pie. Nos habían partido el corazón.

Cornelius Hollister, el hombre que mató a mi madre, jamás fue capturado. Veía su rostro en sueños. Cuando dormía, aquel pelo rubio, aquellos ojos de un azul intenso, la dentadura deslumbrante me perseguían por callejones oscuros. En ocasiones, soñaba que lo mataba, que le apuñalaba el corazón una y otra vez, hasta que despertaba bañada en sudor, con los puños apretados. Luego me acurrucaba, llorando por lo que había perdido y también por lo que aquellos sueños me revelaban de mí misma.



Al otro lado de las ventanas del castillo de Balmoral, la lluvia caía sobre el yermo como un velo plomizo. El color de la lluvia había cambiado desde los Diecisiete

Días. El agua ya no era clara y suave como lágrimas. Eran gotas grises, a veces tan negras como el hollín. Y gélidas.

Contemplé a los soldados que hacían guardia en el patio, ajenos a la lluvia que salpicaba sus gruesos chubasqueros negros. Llevaban cananas medio vacías alrededor del cuello, cuidadosamente protegidas del agua. No se podía malgastar ni un solo cartucho, dada la escasez de munición. Tampoco abundaban los sacos de harina, los tarros de avena, las culebras y las palomas en salazón que guardábamos colgadas en la despensa; nada podía desperdiciarse. Todo escaseaba.

Un polvo espeso se arremolinó en el aire y tiñó el firmamento de un tono cárdeno. Siete años atrás, todo había cambiado. Durante diecisiete días seguidos, terremotos espantosos, huracanes torrenciales, tornados y tsunamis habían azotado el mundo. Los volcanes en erupción habían llenado el cielo de un humo denso que impedía el paso de la luz del sol y habían cubierto los campos de una extraña ceniza violácea que sofocaba las cosechas.

Los científicos hablaron de una coincidencia catastrófica. Los fanáticos lo atribuyeron a la ira de Dios, que nos enviaba un castigo por haber contaminado su universo. Sin embargo, yo recuerdo aquellos días, principalmente, como una de las últimas ocasiones en que pude disfrutar de la compañía de mi madre. Pasamos los Diecisiete Días en el refugio antiaéreo del palacio de Buckingham, junto con asesores del gobierno y personal de palacio, abrazados mientras el mundo se hacía pedazos a nuestro alrededor. Solo mi madre mantenía la calma. Iba de un lado a otro ofreciendo una manta aquí, un tazón de sopa enlatada allá, tranquilizando a todos con su voz suave, diciendo que todo iría bien.

Cuando por fin pudimos salir, todo había cambiado.

Lo que más añoraba era la luz. El sol líquido de primera hora de la mañana, el fuerte resplandor del mediodía estival, el brillo de las luces navideñas en el árbol, incluso el suave fulgor de una simple bombilla. Salimos de la oscuridad entre el humo y las cenizas para encontrar un mundo envuelto en llamas...



Noté algo frío en la mano. Bajé la vista y vi a mi perrita, Bella, que me miraba con sus grandes ojos oscuros. Cuando la encontré era solo un cachorro que temblaba en un cobertizo del jardín. Me acompañaba Polly, la hija del vigilante y mi mejor amiga. Le dimos leche en un biberón de juguete y cuidamos de ella hasta que recuperó la salud.

—A ver si adivino lo que quieres. Te gustaría dar un paseo, ¿a que sí? ¿Aunque esté lloviendo a mares?

Mi voz sonaba amortiguada en aquel dormitorio de techos altos.

Bella agitó la cola con impaciencia mientras me miraba esperanzada.

—Vale, vale, enseguida, pero antes debo hacer el equipaje o Mary no me dejará en paz.

Bella volvió a ladrar, como si me hubiera entendido. Yo tenía la maleta abierta sobre la cama, bajo el dosel de encaje. Nos marchábamos de Escocia. Aquella misma tarde cogeríamos el tren que nos llevaría a Londres para llegar a casa a tiempo para el Baile de las Rosas. Aquel evento, en el que mi padre siempre pronunciaba un discurso, señalaba la reapertura oficial de las oficinas del gobierno y del Parlamento tras el descanso estival. Aunque no me apetecía nada marcharme de Escocia, estaba deseando verlo. Era el primer verano en el que no pasaba al menos parte de las vacaciones con nosotros. Los mensajeros nos habían traído una misiva suya tras otra. En todas ellas nos decía que estaba ocupado con los proyectos de reconstrucción y que nos visitaría en cuanto pudiera, pero no lo había hecho.

Cuando mi madre fue asesinada, mi padre se encerró en sí mismo. Una vez, poco después del suceso, lo encontré a solas en su despacho en mitad de la noche. Sin volverse a mirarme, dijo: «Ojalá me hubiera comido yo aquel melocotón. Tu madre no debería haber muerto. El veneno lo pusieron para mí».

Cogí mi cepillo del pelo, el de dientes, el pijama y el libro y los arrojé de cualquier manera a la maleta. Tal vez no fuera el equipaje más ordenado del mundo, pero qué importaba.

Junto a la puerta, Bella ladró con impaciencia.

—Ya voy.

Descolgué el chubasquero de la percha de la pared, me calcé unas botas de agua de color amarillo chillón y corrí al pasillo.

Llamé con suavidad a la puerta de Jamie y la abrí sin esperar respuesta. Las cortinas estaban echadas; una delgada línea de luz iluminaba apenas la habitación a oscuras. En el ambiente cargado se distinguía el olor agrio del medicamento de mi hermano. En la mesilla de noche había una tacita de aquel jarabe color cereza que parecía apetitoso pero que no lo era. Reposaba intacta junto a un cuenco de gachas de avena y una infusión de manzanilla fría. ¿Eran más de las doce y Jamie todavía no se había tomado la medicina?

Mi hermano pequeño había nacido por los pelos. Cuando mi madre fue envenenada, los médicos lo rescataron de urgencia con cirugía. Sobrevivió, pero el misterioso veneno había contaminado su sangre. Estaría con él durante toda su vida, matándolo poco a poco.

Mi hermana Mary casi no había dejado salir a Jamie de su cuarto en todo el verano. Por miedo a que se resfriase, lo mantenía encerrado, a salvo de las húmedas corrientes de aire. Lo hacía con la mejor intención, pero yo sabía que a mi hermano lo deprimía estar siempre atrapado en su dormitorio. Era la última oportunidad que tenía de tomar el aire fresco antes de volver a la polución de Londres.

Me acerqué a Jamie, que dormía bajo las mantas. Lamentaba despertarlo, sobre todo porque parecía sumido en un sueño plácido. El medicamento lo mantenía con vida, pero también le arrebatava la energía y le nublabva el pensamiento. Lo peor de todo era que le provocaba terribles pesadillas.

Levanté con cuidado su edredón azul claro con planetas estampados.

—¿Jamie? —susurré.

La cama estaba vacía.

A punto de dar media vuelta, atisé la esquina de su cuaderno, oculto bajo la almohada. Era la libreta donde hacía detallados dibujos del mundo tal como él lo imaginaba antes de los Diecisiete Días. Los animales eran demasiado grandes, los coches parecían naves espaciales y los colores estaban todos equivocados, pero a Mary y a mí nos daba pena sacarlo de su error. ¿Y qué, si imaginaba el antiguo mundo como un lugar maravilloso e imposible? De todos modos, jamás lo vería.

Hojéé el cuaderno hasta dar con la anotación más reciente y el pulso se me aceleró.

31 de agosto

Anoche oí a dos empleados que, charlaban en la cocina.

Pronunciaron mi nombre y me paré a escuchar, aunque sé que no debería espiar detrás de las puertas. Hablaban de lo mucho que se preocupan mi padre y mi hermana por mí. De lo mucho que les cuesta conseguir el medicamento, de lo caro y escaso que es. Podrían ayudar a mucha gente con la gasolina y las municiones que pagan por él.

Dijeron que soy una carga para mi familia.

Estoy enfermo y no sirvo para nada. Los médicos dicen que, en cualquier caso, no viviré mucho tiempo. No puedo quedarme aquí.

No quiero seguir siendo una carga.



Corrí por el largo pasillo hasta la escalera de servicio. Bella iba pegada a mis talones. Bajé los peldaños de piedra de tres en tres, de cuatro en cuatro, apoyándome en la barandilla para mantener el equilibrio.

Las botas de agua se hundieron en el barro cuando recorrí volando el sinuoso sendero que conduce a los establos. Solo había tres caballos pastando en los campos. La yegua de Jamie, Luna, había desaparecido. Descorrí el cerrojo del postigo a toda prisa y salí al prado.

—¡Jasper! ¡Corre, ven! —llamé a mi caballo.

No había tiempo para ponerle las riendas y la silla, pero daba igual. Llevo montando a Jasper a pelo desde que sé andar. Salté a su lomo y enfilamos hacia los bosques. Casi habíamos cruzado la cancela cuando vi una chaqueta de color verde claro atada a un poste. Era de Jamie. Debía de haberla dejado allí al ver que cesaba la lluvia. Me invadió un alivio inmediato. Había salido hacía poco y no había podido llegar demasiado lejos montado en la vieja yegua.

Si se había dirigido a los bosques, tendría que llevarme un arma. Tal vez hubiese Merodeadores por ahí fuera. Cogí lo único que pude encontrar, un viejo cuchillo de caza con el mango roto. Podía lanzarlo o, de ser necesario, emplearlo en la lucha cuerpo a cuerpo. Después de los Diecisiete Días, privadas de teléfonos, ordenadores o televisión, Mary y yo nos entreteníamos practicando esgrima con las espadas del castillo. El maestro de armas nos había dado clases. Habíamos aprendido a dar mandobles, a clavar y a esquivar. Mary y yo nos desafiábamos mutuamente, apostando los pequeños caprichos que aún nos quedaban: una tableta de chocolate Cadbury, un chicle de hierbabuena. Más tarde, cuando las raciones del gobierno se agotaron, cogíamos lanzas y cuchillos y salíamos a cazar culebras, tórtolas y los pocos animales que quedaban por los alrededores de Balmoral. Me sorprendió descubrir que tenía buena puntería, a diferencia de Mary, que nunca le cogió el truco a eso de lanzar el cuchillo.

—¡Bella, ven!

Le tendí la chaqueta para que la husmeara. Bella era capaz de rastrear casi cualquier olor. Un verano, hacía tiempo, Polly y yo le habíamos enseñado a hacerlo. Escondíamos cosas por los bosques (un juguete, una camisa, un zapato viejo) y le dábamos un premio cuando las encontraba. Bella olfateó la prenda de cabo a rabo.

—Busca —ordené con firmeza.

Pegó el hocico al suelo. Al cabo de unos segundos, echó a correr hacia los campos.

Dejé de ver la tierra bajo mis pies cuando Jasper se lanzó al galope detrás de Bella. Me incliné hacia delante y le rodeé el cuello con los brazos, con los ojos cerrados. Detestaba ver mis bosques de aquella manera. Los Diecisiete Días habían transformado la soleada foresta de mi infancia en un lugar lóbrego y atormentado. Casi todos los animales habían sucumbido a la destrucción, y los pocos que quedaron fueron presa de los Merodeadores hasta su completa extinción. Solo los gusanos, las sanguijuelas y las serpientes habían sobrevivido. Abundaban las raíces de árbol, retorcidas y putrefactas, que se extendían por la tierra como gigantescas manos desplegadas.

En lo alto de la colina obligué a Jasper a detenerse para escudriñar los bosques en busca de señales de Merodeadores: humo, hogueras, tumbas. O quizás algo mucho peor: corazones de personas o animales clavados en estacas. Tras los Diecisiete Días, cuando el mundo se había quedado sin electricidad, los presos se habían fugado de las cárceles y se habían agrupado en hordas. Se habían retirado a los bosques, donde se alimentaban de todo aquello que podían cazar. Puesto que ya no quedaban animales salvajes, cazaban seres humanos. Los campamentos de Merodeadores se distinguían desde lejos por el olor dulzón que desprende la carne humana asada.

Cuando algo me rozó la frente, alcé la vista. Era una cuerda deshilachada, colgada de una rama alta. Un extremo de la cuerda estaba sujeto al tronco, mientras que el otro formaba una red rematada por un lazo. Una trampa. Reseguí la cuerda con el dedo buscando huellas. Ahí estaban, impresas con toda claridad en el barro.

—¡Corre! —le grité a Jasper mientras procuraba ahuyentar de mi mente la imagen de Jamie colgado de una trampa.

Bella salió corriendo por el camino maderero que discurría al borde de la colina. Por fin, divisé la pequeña figura de mi hermano a lo lejos, encorvado sobre Luna, que se internaba aún más en el bosque.

—¡Jamie! —grité, consciente de que los Merodeadores podrían oírnos—. ¡Jamie, para!

El caballo se detuvo, pero él no se volvió a mirar. Llevaba una pequeña mochila a la espalda, llena a reventar, y me pregunté qué objetos creería él necesarios para vivir al aire libre. ¿Una almohada? ¿Una linterna? Azucé a Jasper y pronto alcancé a mi hermano.

Descendí de mi montura y me arriesgué a acercarme un poco.

—Jamie —le supliqué con dulzura—, por favor, vuelve a casa.

Él se giró hacia mí. Tenía sombras oscuras como cardenales bajo aquellos ojos azules que se hundían en sus cuencas. Su tez estaba blanca como el papel de arroz, y en la penumbra del bosque parecía casi translúcido.

—No quiero seguir siendo una carga —se limitó a decir en voz tan queda que apenas distinguí las palabras.

Me acerqué un paso más.

—No nos abandones —incluso a mí, aquella frase me sonó hueca y forzada—. No puedes rendirte sin más.

—Tú no sabes cómo me siento —repuso—. No puedes entenderlo.

—Es verdad, no lo entiendo —ahogué un sollozo. No tenía ni idea de lo mucho que sufría todos y cada uno de los días de su vida—. Pero piensa en lo mal que lo pasaremos si te marchas. Piensa en papá, en Mary. Por favor, quédate... por mí.

Le tendí la mano. Jamie se bajó del caballo y dio un paso en mi dirección. Con el rabillo del ojo, vi un hilo de humo que se elevaba a lo lejos, entre los árboles. Alerta, me llevé un dedo a los labios para que mi hermano guardara silencio.

Oí un murmullo de voces roncas. Un extraño ronroneo. El sonido de un motor que se ponía en marcha. Jamie me miraba fijamente con los ojos desorbitados.

—¿Qué es eso? —susurró.

Negué con la cabeza y lo tomé de la mano. Él no sabía nada de los Merodeadores. Mary y yo habíamos preferido mantenerlo al margen de los horrores del mundo exterior. Corrimos hacia el peñasco de granito que sobresalía al borde del claro y nos acurrucamos debajo. Puse a Bella en mi regazo y le cogí el morro con las dos manos para que no ladrara. Un solo sonido y nos descubrirían. Jasper irguió las orejas como si presintiera el peligro. Luna y él se adentraron trotando en los bosques. Los perdimos de vista justo a tiempo.

Un grupo de hombres penetró en el claro, a pocos metros de donde estábamos. Llevaban andrajosos uniformes grises de prisionero y las palabras «Máxima seguridad» tatuadas en la frente con toscas letras negras. Unos cuantos tenían pistola. La mayoría, sin embargo, blandía armas improvisadas: ganchos, cadenas, aperos de jardinería, porras o viejas cañerías recortadas y afiladas, incluso un cortasetos sin carcasa, cuya hoja giraba sobre sí misma, amenazadora. Entre dos hombres cargaban una gruesa rama que les servía para transportar un saco empapado de sangre.

Intenté taparle los ojos a Jamie, pero era demasiado tarde. Mi hermano acababa de ver lo peor de la humanidad. *No miréis hacia aquí, no miréis hacia aquí*, pensé desesperada. Si los Merodeadores se fijaban en el peñasco, advertirían la oquedad y se acercarían. En ese caso podíamos darnos por muertos.

Estreché aún más a Bella, pero se debatió para zafarse y salió corriendo hacia los

hombres, ladrándoles con agresividad. Quise llamarla, obligarla a volver, pero me mordí los labios con tanta fuerza que me hice sangre.

Los hombres que transportaban el fardo ensangrentado se detuvieron y dejaron la rama en el suelo. Uno de ellos dio un paso adelante y apuntó con la pistola hacia el bosque en sombras.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Yo me pegué a la roca conteniendo el aliento.

—Deja de sobresaltarte por nada —lo regañó el segundo—. Solo es un perro salvaje. Un chucho sarnoso.

El hombre que empuñaba la pistola se volvió hacia Bella. Le faltaba un ojo y una placa metálica le tapaba la cuenca vacía.

—Venga, vamos, que los otros ya se han adelantado —protestó su compañero—. ¿No ves que ese perro está esquelético? No desperdicies una bala con él. Nos espera un buen banquete.

El primer tipo bajó el arma con un suspiro. Volvieron a izar la rama y echaron a andar con su sangrienta carga al hombro.

Jamie y yo aguardamos bajo la roca, abrazados y temblando. Cuando por fin noté el olor dulzón del asado humano, supe que nos habíamos librado.



3

El sol empezaba a asomar tras el pesado manto de nubes cuando llegamos por fin al castillo de Balmoral.

—¡Eliza! ¡Jamie! —la voz de Mary resonó en el silencio.

—No le digas nada —le recordé a mi hermano pequeño—. Lo has prometido.

—Ya lo sé —repuso él con voz trémula.

—Jamie, tienes que saber una cosa —reduje el paso de mi caballo hasta quedar a su altura—. Quiero que entiendas que antes nadie se comía a otras personas. Antes de los Diecisiete Días, los Merodeadores no existían. Debes creerme si te digo que las cosas van a mejorar —pensé en su inconsciente excursión al bosque, a solas—. En el mundo hay personas buenas. Nosotros pertenecemos a ese bando. Si nos rendimos o nos escapamos, los malos ganan.

Jamie asintió con los ojos abiertos de par en par. Mary se acercó al galope y tiró de las riendas con fuerza para frenar en seco. El pelo suelto le caía en desorden sobre el rostro, y tenía la tez marfileña arrebolada por el frío y el esfuerzo.

—¿Dónde os habíais metido? —nos riñó mirándonos a los dos—. Os he buscado por todas partes. El tren sale dentro de una hora. ¿Acaso habéis olvidado que hoy volvemos a casa?

—Es que...

—¡Jamie! Sabes perfectamente que no debes salir de tu cuarto —continuó sin molestarse en escuchar mis excusas—. Tienes que cuidarte.

Se volvió hacia mí con los ojos entornados.

—¿Por qué se lo has permitido?

Reprimiendo el impulso de sincerarme y contarle lo que había pasado, repuse:

—Ha sido culpa mía. Como era el último día, queríamos que fuera especial y...

—No, la culpa ha sido mía —me interrumpió Jamie—. Le supliqué a Eliza que me llevara a montar a caballo.

—Mientras yo limpiaba la casa y hacía las maletas, como de costumbre —suspiró—. Espero que no os hayáis acercado al bosque.

—¡Claro que no! Solo hemos cabalgado por el prado.

Detestaba mentirle a Mary, pero a veces no tenía otro remedio.

Ella me miró con una expresión algo más relajada.

—¿Es que no sabes lo mucho que me cuesta cuidar de vosotros?

—¡Tú no eres nuestra madre! —le espeté enfadada, y de inmediato me arrepentí.

—Bueno, pues alguien tiene que comportarse como tal —repuso Mary con voz queda.

Quise disculparme, pero ella ya se alejaba al trote.

Volviendo al castillo vi a George, el vigilante. Había desatracado las puertas de acero del cobertizo y retirado la gruesa cadena de metal que las mantenía cerradas. Los depósitos de gasolina estaban allí, vigilados por perros guardianes, tan seguros como era posible teniendo en cuenta la falta de electricidad.

El todoterreno negro que usábamos para ir y volver a la estación del tren aguardaba junto al cobertizo. Observé cómo George introducía el pitón de la manguera en el depósito del vehículo con ademán sombrío. Resonó el lento goteo de la gasolina, audible incluso desde donde yo estaba.

—Casi no queda, ¿verdad? George se volvió a mirarme y me di cuenta de lo mucho que había envejecido en aquel verano. Tenía las mejillas huecas y una expresión agobiada que nunca había estado ahí.

—Pronto repararán las plataformas petrolíferas —prometí, pero ambos sabíamos que era mentira.

—Podríamos ir a caballo. No necesitan gasolina.

Pretendía ser una broma, pero George no se rio.

—Alcanzará para llegar a la estación.

Las carreteras son demasiado peligrosas como para viajar al descubierto y arriesgarse a que nos roben los caballos.

Miré el vehículo. Tanto la carrocería como los cristales eran a prueba de balas, pero George los había reforzado con planchas de acero. Unos escudos de metal protegían las ruedas y había hecho soldar pinchos al techo y a los costados. También había lijado la W de Windsor. Sin el monograma, comprendí, nadie nos reconocería. Desde la muerte de mi madre, mi padre nos había prohibido aparecer en público. Ni siquiera permitía que circularan retratos de la familia real. Únicamente el nombre seguía siendo reconocible.

—¿Es por los Merodeadores? —pregunté.

—Los Merodeadores no circulan por las carreteras.

—Y entonces ¿por qué?

—Solo por precaución. No les des vueltas en la cabecita a esas cosas —dijo mientras vertía el resto de la gasolina en el todoterreno.

Consciente de que George no pretendía ofenderme pasé por alto el comentario y

seguí preguntando:

—¿Sabes quién estaba en la cocina ayer por la noche? ¿A última hora?

El hombre me miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Alguien del servicio dijo que Jamie era una carga para nosotros. Él lo oyó. Averigua quién fue. Por favor —añadí en el tono más educado y principesco que pude adoptar—. Ese comentario casi le cuesta la vida.



Abrí la puerta de mi habitación. La chica que estaba sentada a mi escritorio se dio media vuelta con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡Eliza! —Polly se levantó de un salto y escondió un papel tras su espalda—. Pensaba que habías salido a montar.

Le temblaba la voz, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—¿Qué pasa? —le pregunté mientras me acercaba a ella.

—Nada —esbozó una sonrisa forzada—. Te estaba escribiendo una nota de despedida. Aún no había terminado.

—Te voy a echar mucho de menos, Polly.

Tratando de reprimir mi propio llanto, abracé a mi mejor amiga.

Oímos unos pasos que se acercaban por el pasillo. Luego Clara abrió la puerta.

—Eliza, cielo, es hora de irse —llevaba una cesta llena de comida y una manta—. Os he preparado bocadillos para el viaje.

Me acerqué para abrazar con fuerza a la madre de Polly. Había sido como una madre para mí desde la muerte de la mía. Entre sus brazos, con la mejilla contra la áspera lana de su jersey, me sentí a salvo.

—¡Eliza! ¡Date prisa!

Mary me llamaba desde el patio. Polly y yo pusimos los ojos en blanco antes de coger mi equipaje y bajar las escaleras a toda velocidad conteniendo apenas la risa.

Mary aguardaba en el patio al lado de la portezuela del todoterreno, moviendo el pie con impaciencia. Me extrañó ver que Eoghan, el capataz de los establos, se sentaba junto a George, en el asiento del copiloto.

—¿Por qué nos acompaña? No vamos a llevar los caballos —susurré mientras me deslizaba al asiento trasero, al lado de Jamie.

—Le he pedido a Eoghan que viniera —musitó Mary, y me sorprendí aún más al ver que se sonrojaba—. Necesitaremos ayuda para llevar las maletas.

Me abstuve de comentar que la ayuda de George había bastado hasta entonces. Me arrellané en el asiento y cerré los ojos, molesta por el petardeo del motor, que acusaba la gasolina rebajada. Con el fin de estirar el combustible, George llevaba un tiempo añadiéndole aceite de maíz. Bella saltó a mi lado y acaricié su pelaje suave y

oscuro.

—¡Espera!

Abrí los ojos al oír un golpeteo en el cristal. Corriendo junto al coche, Polly me hacía señas. Cuando bajé la ventanilla, dejó caer un sobre blanco sobre mi regazo.

—Casi se me olvida... —jadeó— darte esto.

Apreté el papel contra mi pecho.

—¡Lo leeré en el tren! ¡Adiós, Polly!

Me di la vuelta y le dije adiós con la mano desde el parabrisas trasero, mientras veía cómo su figura se iba haciendo más y más pequeña hasta desaparecer en la niebla.



Tras los Diecisiete Días, mi padre hizo sacar un tren de vapor victoriano de los túneles subterráneos, donde se conservaba como pieza de museo. Habíamos ido a verlo una vez cuando yo era muy pequeña. Recuerdo haber jugado con Mary entre los asientos de terciopelo rojo, haber tomado té en el vagón restaurante forrado de madera oscura. Puesto que no había más ferrocarriles de carbón en todo el país, era el único tren que seguía funcionando.

Algunos vagones admitían pasajeros, pero se utilizaba sobre todo para transportar grandes cajones llenos de carbón, trozos de metal, cristales rotos, madera —cualquier cosa que se pudiese fundir, soldar o ser aprovechada de un modo u otro— a Londres.

Caminamos hacia los elegantes coches del viejo tren, que se alineaban tras una larga alambrada. Encaramados sobre los vagones, hombres protegidos con máscaras de malla apuntaban con sus pistolas a la multitud y ahuyentaban a los posibles polizones con grandes horcas. La muchedumbre se abría paso a empujones en el andén; algunos tenían billete, mientras que otros intentaban canjear latas de comida, carne en salazón o incluso abrigos y guantes por un asiento.

—¡Solo los que tengan billete, por favor! —gritaba el revisor al gentío—. ¡Los polizones serán obligados a abandonar el tren en cuanto sean localizados!

Apreté la mano de Jamie con fuerza mientras George y Eoghan nos guiaban entre la muchedumbre hacia el compartimento real.

Cuando el tren arrancó, reinaba el silencio en nuestro coche. Jamie dibujaba con el dedo en el cristal empañado de las ventanillas y luego borraba los dibujos con la manga. Bella se acurrucó sobre su manta, a mis pies. Yo miraba las poblaciones abandonadas que íbamos dejando atrás. El sol proyectó sombras fantasmagóricas en un viejo parque infantil. Alguien había retirado las cadenas de los columpios oxidados, quizá para emplearlas como armas; tal vez las hubieran cogido los Merodeadores para atar a sus prisioneros. Me estremecí al pensar en el peligro que habíamos corrido Jamie y yo.

Por fin, la luna asomó en el firmamento, pero también lucía distinta tras los

Diecisiete Días. Había adquirido un color ceniciento y tenía una especie de manchas, como si la ceniza gris que lo cubría todo la hubiera ensuciado. Jamie me había preguntado una vez si la luna estaba enferma, igual que él.

El compartimento se fue quedando a oscuras. Mary encendió la lámpara de carbón, que consistía en cenizas prensadas en el interior de una bombilla resistente al calor. Poco a poco, a medida que el polvillo negro se fue tornando azul y luego rojo, empezó a proyectar un halo de luz dorada. Mi hermana sacó de su maletín dos vestidos de baile y un costurero. Jamie cogió un cuaderno y una caja de lápices para dibujar llamativos trenes de muchos colores. Miré los vestidos desplegados sobre las rodillas de Mary. Uno era de color vino, con cuentas de cristal cosidas a la línea del escote, mientras que el otro era una sencilla túnica de color melocotón con las mangas fruncidas.

—¿Cuál te vas a poner? —le pregunté. Yo llevaba horas sin pensar en el baile del día siguiente.

—El rojo. Te estoy arreglando este. Quedará perfecto con el color de tus ojos.

—Gracias, Mary —dije con voz queda.

—Era de mamá, así que te quedará bien.

Guardé silencio mientras observaba el delicado movimiento de la aguja de Mary a lo largo del remate. Tiempo atrás, la casa real tenía todo un equipo de modistas encargado de la costura, pero Mary había aprendido a hacer muchas cosas desde los Diecisiete Días.

—Los encontré en el guardarropa. ¿Recuerdas que de pequeñas mamá nos dejaba entrar cuando queríamos disfrazarnos? Este era el vestido que llevaba la noche en la que conoció a papá.

Recordé la sala de palacio que albergaba las ropas pertenecientes a antiguas reinas y princesas. Allí se guardaban los espléndidos vestidos de novia que habían lucido la princesa Diana y la princesa Kate, la capa forrada de pieles que la reina Isabel había llevado en el día de su coronación. Sin embargo, no podía recordar la historia de la túnica color melocotón.

Aunque esboqué una sonrisa forzada, la tristeza me invadió por dentro. Mary había disfrutado mucho más que yo de la compañía de mi madre, y Jamie ni siquiera había llegado a conocerla.

Alzó la vista de su cuaderno para mirarnos a Mary y después a mí con ansiedad.

—¿Creéis que papá se alegrará de vernos?

—Claro que sí —lo regañó mi hermana—. ¿Por qué preguntas eso?

Jamie se encogió de hombros.

—Porque no ha venido en todo el verano. Llevamos sin verlo desde junio.

Mary le apartó el pelo de la frente con ternura.

—Ha trabajado mucho este verano. Se ha tenido que reunir con el primer ministro

casi a diario —aclaró.

—¿Te ha dicho por qué exactamente? —pregunté yo.

Mary negó con la cabeza, pero tuve la sensación de que sabía más de lo que daba a entender.

—Los proyectos de reconstrucción, supongo.

De la coleta que sujetaba su abundante melena rubia habían escapado algunos mechones, que le caían sobre los hombros de su blusa color crema. Mi madre siempre decía que Mary tenía rosas en las mejillas, pero yo había advertido que últimamente estaba muy pálida.

Se hizo el silencio mientras devorábamos los bocadillos que Clara nos había preparado y compartíamos el agua del pozo. Tenía un sabor puro y fresco. Igual que la gasolina, el pozo estaba vigilado noche y día. El agua potable era un bien escasísimo, un tesoro.

Cuando pasábamos por las afueras de Callington, una ciudad costera abandonada, miré por la ventanilla. Los edificios se habían derrumbado como una torre de bloques infantiles y los escombros flotaban como moscas muertas. En una valla publicitaria pelada y desvaída alguien había garabateado en negro las palabras: LA NUEVA GUARDIA SE ESTÁ ARMANDO.

Me estremecí al leer aquella frase tan amenazadora, aunque no acababa de entender su significado.

—¿Qué es eso, Mary? —pregunté.

—¿A qué te refieres, Eliza?

Para cuando se dio la vuelta a mirar, ya lo habíamos dejado atrás.

El tren avanzaba sobre los raíles con su rítmico traqueteo y pronto Jamie se quedó dormido entre las dos. Lo tapé con la manta, arropado hasta la barbilla.

—Qué tranquilo está —susurré.

Mary asintió y le posó una mano en la mejilla.

—Solo el sueño le proporciona descanso.

Contuve el aliento. Me preguntaba si mi hermana sospechaba lo sucedido aquella tarde. Me moría de ganas de contárselo, pero la pobre ya tenía bastantes preocupaciones.

—A mí también me está entrando sueño.

Mary desplegó otra manta de viaje y se tapó con ella. Yo bajé la lámpara de carbón. Luego apoyé la cabeza en la almohada.

—¿Eliza? —susurró Mary. Me dio un vuelco el corazón. Estaba segura de que me iba a preguntar qué había pasado—, ¿crees que el vestido rojo es demasiado oscuro para mi tez?

Mirando el techo sumido en sombras, reprimí un extraño impulso de echarme a reír. ¿Por qué celebrábamos un baile cuando había hordas de criminales que

acechaban nuestras tierras? Ya no quedaban rosas. Sin embargo, el Baile de las Rosas era uno de los últimos vestigios de tradición que el Parlamento podía permitirse. Igual que el hilo en la aguja de Mary, empeñado en remendar los agujeros.

—Mary, estarías guapa aunque te pusieras un saco de patatas.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando vi un fogonazo de color naranja que se precipitaba como un cometa desde el cielo, dejando a su paso pequeños rastros de fuego. Me senté y escudriñé nerviosa en la oscuridad para ver dónde aterrizaba. Una oleada de calor se coló por la ventanilla del tren y desapareció a los pocos segundos. El cielo recuperó la negrura. La bola solar se había extinguido al llegar a la Tierra.

La llamarada se había apagado, pero yo no podía apartar los ojos de los campos oscuros. Seguí mirando por si caía más fuego del cielo. Las bolas solares — fragmentos de plasma solar que se desprendían en dirección a la Tierra— nos amenazaban desde los Diecisiete Días. Nadie sabía con exactitud qué las provocaba, pero si sus llamaradas te atrapaban, estabas perdido.

Pese a la devastación que supusieron los Diecisiete Días, al principio no habíamos perdido la esperanza. Los generadores de emergencia nos proporcionaban electricidad, que mi padre destinó al uso de hospitales, parques de bomberos y comisarías. El murmullo de aquellos generadores nos consolaba; sonaban a reconstrucción, a vuelta a la normalidad. Los conductos de agua estaban destrozados y una nube de ceniza ocultaba el sol, pero mientras oyéramos el ruido de los generadores podíamos albergar la esperanza de que, de un modo u otro, todo acabaría volviendo a la normalidad.

Salvo que Inglaterra había quedado aislada.

Mi padre había enviado el *Queen Mary*, un buque de guerra de ocho toneladas de acero, en busca de noticias del resto del mundo. La tierra se había apaciguado tras la catástrofe, extenuada como un niño agotado después de una rabieta, pero los mares seguían furiosos. El *Queen Mary* apenas se alejó unas millas de la costa antes de que el océano lo engullera. La escasez de combustible no permitía enviar otro barco y nadie había respondido a una sola de nuestras transmisiones de radio. Quizá fuéramos los únicos supervivientes.

Apoyé la mano contra el cristal de la ventanilla, que seguía caliente por la llamarada solar. De pronto, en aquel compartimento hacía un frío insoportable.

Me ceñí el abrigo, metí las manos en los bolsillos y noté la esquina puntiaguda de un sobre. Había olvidado la carta de Polly. La desplegué sonriendo y procedí a leer.

Querida Eliza:

Siento muchísimo tener que contarte esto. Eres mi mejor amiga y si te pasara algo malo, nunca me recuperaría.

¿Te acuerdas de mi tío, el que trabajaba en una fábrica metalúrgica antes de que nos quedáramos sin electricidad? Ayer por la noche, a última hora, llamó a nuestra puerta con su mujer y su hijo de pocos meses. Dijeron que habían tenido suerte de escapar del asalto que había sufrido el distrito LS12 de Manchester, un ataque llevado a cabo por un grupo que se autodenomina la Nueva Guardia. Tenían armas, pistolas, y munición, y disparaban a todo el que oponía resistencia.

La familia de mi tío pudo escapar por los túneles del metro. Fueron de los pocos afortunados que lo lograron.

Mi tío dijo que la Nueva Guardia controla ya muchos barrios de Londres. La lidera un tal Cornelius Hollister, que quiere matar a toda tu familia y hacerse con el trono.

Por favor, Eliza, ten cuidado. Tu vida está en peligro.

Polly

Me temblaban las manos mientras sostenía la carta. A la pálida luz de la lámpara, miré a mis hermanos, que dormían profundamente.

Caí en la cuenta de que llevaba todo el verano sin tener noticias del mundo exterior. Por lo general, los mensajeros nos ponían al día de las novedades de Londres cuando nos traían cartas de mi padre, pero aquel año Clara se había encargado de recoger la correspondencia. Recordé que un día había entrado en la cocina y la había encontrado con el oído pegado a la radio. La había apagado al instante diciendo que no captaba ninguna emisora.

Me hundí en el asiento del tren y me quedé mirando a la oscuridad de la noche que se extendía al otro lado del cristal. Me pregunté cuánto sabía mi padre del plan de Cornelius Hollister y en qué medida había tratado de ocultárnoslo. Tal vez por eso había permanecido en Londres todo el verano.

Cuando unas luces empezaron a abrirse paso entre la niebla, atisé la ciudad: las hermosas agujas de la abadía de Westminster; la Torre de Acero, aguda y brillante, una cárcel de máxima seguridad que despuntaba sobre el resto de los edificios; la noria de Londres recortada contra el cielo, tan inmóvil como las manecillas del Big Ben. Cuando las catástrofes de los Diecisiete Días se abatieron sobre Londres, hacía ya siete años, el reloj se detuvo a las once y cuarto, y nunca llegaron a repararlo.

Visto de lejos, parecía el mismo de siempre. Sin embargo, conforme el tren se internaba en la ciudad, comprendí qué poco sabía yo de la vida.



Seguimos a los guardias por la estación de Paddington envueltos en la oscuridad que precede al alba, esquivando los chorros de lluvia fría que se colaban por las goteras del techo. Dejamos atrás las taquillas, a los trabajadores que descargaban carbón y madera de los vagones de mercancías, a la mujer de pelo blanco que vendía tazas de té de un termo de aluminio en la desértica zona de restaurantes. El polvo que caía del techo se posaba en nuestras cabezas como si fuese nieve.

Fuera de la estación, un hollín grisáceo impregnaba ya el aire matutino. En la ciudad reinaba una quietud extraña. Sin luz artificial, nadie podía ponerse a trabajar hasta bien entrada la mañana. Solo un coche aguardaba en la calle, nuestro Aston Martin negro, aunque había muchos caballos, casi todos enganchados a carros improvisados. Los pocos ciudadanos ricos que se podían permitir mantener un par de animales los usaban para arrastrar vagones metálicos. Los jamelgos tenían un aspecto horrible, los ojos desorbitados y tristes, los cuerpos escuálidos. Me acordé de Jasper, tan bien alimentado, corriendo en libertad por las praderas de Escocia, y me sentí culpable.

—Las alcantarillas se han inundado —se quejó Mary mientras subía al coche.

Me limité a asentir antes de que el coche arrancara para llevarnos a palacio. Apreté la carta de Polly, que llevaba en el bolsillo a buen recaudo. Las calles inundadas eran el menor de nuestros problemas.



Cuando llegamos a las puertas del palacio de Buckingham, los guardias se pusieron firmes y nos saludaron, todavía ataviados con los tradicionales sombreros negros y las casacas rojas con brillantes botones de latón. El palacio apenas había cambiado, aunque la polución había oscurecido la fachada de ladrillos y piedra, y casi todas las ventanas estaban cegadas para impedir que pasara el frío. Vivíamos en una pequeña zona, y manteníamos cerrado el resto del palacio para preservar la luz y el escaso

calor. Quedaba poquísimos gasóleo en los depósitos y preferíamos reservarlo para los días más fríos.

Mi padre nos aguardaba en el salón del ala este, escoltado por dos guardias armados con espadas. Pese a las ganas que tenía de verlo, me detuve al advertir la presencia de los soldados. Nunca nos había recibido en semejante compañía.

—¡Mary, Eliza, Jamie! —bramó mi padre extendiendo los brazos. Corrí hacia él y hundí la cara en su jersey de lana mientras aspiraba aquella fragancia especiada que tan bien conocía. Habría dado algo por quedarme allí, por dormirme entre sus brazos y no moverme ya nunca, pero me aparté y palpé la carta que llevaba en el bolsillo.

—Papá —dije en voz baja—, tengo que hablar contigo a solas.

—¿A solas?

—Sí —le susurré al oído—. Polly dice que...

—Eliza —me interrumpió mi padre con sequedad—, ahora no es el momento.

Me dio la espalda para dirigirse a Mary y a Jamie en un tono jovial aunque algo forzado:

—¡Contadme todo lo que habéis hecho este verano! ¿Os habéis bañado? ¿Habéis montado a caballo? ¿Han salido moras este año?

Cogió a Jamie en volandas como si fuera un avión y el sonido de las carcajadas de mi hermano resonó por la sala. Era la primera vez que lo oía reírse con ganas desde que salimos hacia Balmoral tres meses atrás.

Sin embargo, pronto la risa se transformó en una tos cavernosa. Mi padre sostuvo a Jamie contra su pecho como si pesara menos que una pluma.

—Estoy bien, papá —consiguió decir él mientras intentaba contener el siguiente ataque de tos.

—Vamos a darte tu medicina ahora mismo.

Se llevó a Jamie por el pasillo para consultar al médico de palacio, sin lanzarnos siquiera una mirada. La tos seca de mi hermano siguió sonando conforme se alejaban.

Le tomé la mano a Mary y me esforcé por sonreír mientras aplastaba la carta contra el fondo del bolsillo.

—Vamos al salón de baile —le propuse—. Podemos ayudar a decorarlo para la fiesta y probarnos los vestidos. Te dejaré que me peines y me maquilles si quieres.

Odiaba arreglarme y Mary lo sabía. Sonriendo entre las lágrimas, me apretó la mano a su vez.

—Te echo una carrera —aceptó.

Entre risas, nos quitamos los zapatos y corrimos por los pasillos de palacio, patinando en calcetines sobre los fríos suelos de mármol.



El salón de baile siempre había sido mi estancia favorita; en particular, me

encantaban los ángeles, las nubes esponjosas y las brillantes estrellas de plata que decoraban el techo pintado a mano. Cuando era pequeña me llevaba una manta y una almohada y me tendía en el suelo para mirarlo. Me gustaba imaginar que flotaba entre las nubes, revoloteando de estrella en estrella. Tras la muerte de mi madre, empecé a pensar que aquello era el cielo y que podía acudir allí a visitarla.

Los bailes siempre habían sido la especialidad de Mary, pero yo sentía una debilidad secreta por el Baile de las Rosas. Antes de los Diecisiete Días, con motivo de su celebración, enviaban a palacio grandes cajas de cartón llenas de rosas rojas y blancas recién cortadas, cientos y cientos de rosas, tantas que su aroma impregnaba el palacio entero y se derramaba por las calles adyacentes. Sin embargo, a partir del desastre tuvimos que conformarnos con frágiles rosas secas. Carecían de perfume y tenían el color de la sangre seca, no el rojo palpitante de los pétalos vivos. Por respeto a la tradición, nuestro padre y Mary insistían en emplearlas, pero eran tan feas que me entraban ganas de llorar. Habría preferido prescindir de las rosas a tener que recurrir a aquellas horribles cosas muertas.

Cuando entramos en el salón de baile, advertí con alivio que las flores seguían en el sótano.

Dos criadas, Margaret y Lucille, se acercaron a nosotras ataviadas con sus uniformes blancos y negros.

—Hola, princesa Mary, princesa Eliza. Bienvenidas a casa —dijeron a la vez que nos abrazaban.

—¡Está precioso! —Mary se deslizó por la pista de baile dando vueltas sobre sí misma con los brazos extendidos como alas—. Nos gustaría ayudar. ¿Qué podemos hacer?

Margaret se sacó del bolsillo del delantal una larga lista escrita a mano. En el pasado, nadie nos habría dejado entrar en el salón de baile durante los preparativos, y mucho menos habrían aceptado nuestra ayuda. En aquel momento, sin embargo, Margaret asintió y dijo:

—Bien, para empezar habría que pulir la plata y doblar las servilletas.

Me volví a mirar a nuestro mayordomo, Rupert, que encaramado a una larga escalera encendía hasta la última vela de la enorme araña de cristal que pendía del techo. Durante los Diecisiete Días se había estrellado contra el suelo y muchos de los cristales se habían roto, pero cuando estaba encendida apenas se notaba.

Miré la plata dispuesta sobre la mesa y empecé a abrillantarla mientras veía cómo la lluvia bailaba en los cristales esmerilados de las ventanas.



—¡Princesas! ¿A qué debo el placer de vuestra compañía? —bromeó mi padre cuando entramos en el comedor una hora después. Sentado a la cabecera de la enorme

mesa de tres metros y medio de largo, levantó una copa de vino tinto hacia nosotras —. Cuánto me alegro de que os hayáis dignado a uniros a esta celebración.

—¿Qué celebramos? —me apresuré a preguntar.

Me dio un brinco el corazón. ¿Acaso Cornelius Hollister había sido capturado?

Mi padre se quedó perplejo, con la copa en alto.

—Celebramos el reencuentro familiar.

Asentí y apreté la carta que llevaba en el bolsillo, mientras mi padre apuraba la copa de un largo trago.

—Eliza, cielo, ¿no te sientas?

Miré a Mary y a Jamie, luego la mesa, sobre la cual descansaba mi vajilla favorita. Cada plato de porcelana lucía un pájaro rojo, dorado y amarillo, todos distintos. En el centro de la mesa habían dispuesto una bandeja con pan integral y queso en lonchas, una pequeña porción de mantequilla y cuatro cuencos de caldo con verduras. La comida tenía un aspecto delicioso, pero yo no podría probar ni un bocado hasta que le hubiera enseñado la carta.

—No —dije con voz temblorosa. Casi nunca le replicaba y rara vez lo desobedecía. Era mi padre, pero también era el rey de Inglaterra—. Papá, esto es importante.

Con un gruñido, tiró la servilleta sobre la mesa antes de echar la silla hacia atrás y acercarse a mí. Salí al pasillo para que no pudieran oírnos desde el comedor.

—¿A qué viene esto? —me preguntó enfadado.

El sudor le perlaba la frente y se enjugó las gotas con la manga. Le tendí la carta. Mientras la leía, vi que la furia asomaba a su rostro.

—Y bien, ¿eso es verdad? —pregunté, incapaz de ocultar la ansiedad que sentía.

Dobló la carta a toda prisa.

—Polly siempre ha tenido mucha imaginación —repuso quitándole importancia—. ¿No te acuerdas de que te hacía pasar horas en el bosque esperando a que aparecieran los duendes y las hadas de las flores? Venga, vamos, la sopa se está enfriando.

Tiré de su manga para retenerlo.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Hay algo de verdad en lo que escribió Polly?

—Eliza —empezó a decir él en tono comedido. Miró por encima de mi hombro a Jamie y a Mary, que estaban en la otra punta del comedor, demasiado lejos para oírnos—. No hablemos de eso ahora. Vamos a disfrutar del reencuentro.

—¡Papá! Por favor. Quiero saberlo.

—Me han informado de que han visto a Cornelius Hollister por ahí, sí, pero no hay nada que temer —posó la mano en mi hombro con ademán tranquilizador—. Estamos protegidos. Es imposible que vuelva a poner un dedo sobre nuestra familia.

—Pero...

—¡Ya basta! —me hice a un lado rápidamente para dejarlo pasar. Mary y Jamie alzaron la vista—. Venga, ven a comer —me ordenó, y retiró mi silla de debajo de la mesa.

Me quedé mirando al suelo, abrumada por una mezcla de rabia y vergüenza, con la barbilla temblando.

Levanté la vista.

—No tengo hambre —declaré, y me di media vuelta.

Se me saltaban las lágrimas mientras corría por el pasillo, demasiado orgullosa como para retroceder. Seguí corriendo hasta llegar a mi dormitorio. Solo entonces me eché a llorar. Desconsolada, lloré por no haber visto a mi padre en todo el verano, por la horrible nota que Jamie había escrito en su diario, por la familia de Polly, por mi familia, por tanto sufrimiento y destrucción. Lloré hasta quedarme dormida, exhausta.



Unos golpecitos en la puerta me despertaron.

—¿Eliza? —Mary entró y se sentó a mi lado en la cama—. Te he traído esto —depositó un plato de comida en mi regazo—. El baile comenzará dentro de una hora. Come algo y vístete, anda.

Mary ya estaba lista. Se había puesto el vestido rojo oscuro con remates de encaje, se había recogido el pelo en un moño trenzado y había completado el tocado con una diadema de diamantes. Parecía una auténtica princesa.

—¿Jamie está bien?

Negó con un lento movimiento de la cabeza.

—No podrá asistir al baile. Le ha vuelto a subir la fiebre y está tosiendo mucho.

Lo lamenté por mi hermano; volvería a perderse una porción de su vida, a solas en su cuarto mientras la fiesta se celebraba un piso más abajo.

—Sé que estás enfadada con papá. Pero, por favor, intenta que la velada sea agradable para todos. Te he dejado el vestido en el armario.

Se dio media vuelta para irse.

—Espera —le pedí, y ella se detuvo en el umbral—. ¿Me ayudas a arreglarme?



6

El desfile de invitados hacía su entrada por la galería oeste al son del vals que tocaba la orquesta. El salón de baile oficial había sido en su día el recinto más grande de todo Londres; aun en aquellos momentos, al pisar aquel vasto espacio, tuve la sensación de que encogía, como Alicia en el País de las Maravillas.

Mary y yo bajamos por la imponente escalinata para dar la bienvenida personalmente a nuestros invitados. Como mandaba la tradición, nos quedamos en el salón principal, bajo el techo dorado, y recibimos a cada invitado con una sonrisa y unas frases de cortesía.

Por fin, llegó la hora del *reel* escocés, una tradición del Baile de las Rosas que se remontaba a la época de la reina Isabel I. Se suponía que los hombres debían sacar a bailar a las mujeres por las que suspiraban en secreto, igual que se mandan las tarjetas en San Valentín.

Aliviada, me dejé caer en el diván de damasco blanco junto a la anciana lady Eleanor Blume, que dormitaba apoyada en su bastón, y vi cómo un joven muy atractivo le pedía el baile a mi hermana. Ella posó la mano en la palma abierta del muchacho y juntos se deslizaron hasta el centro del salón.

Evocando la noche en la que mis padres se conocieron, toqué el exquisito bordado de mi vestido color melocotón y pensé en su amor sincero y eterno.

Paseé la vista por los hombres y muchachos que se congregaban en la sala, pero no alcanzaba a imaginar siquiera cómo podría enamorarme de ninguno de ellos.

—¿Cómo es posible que nadie haya sacado a bailar a una chica tan guapa? — tenía delante a mi padre, recién afeitado y con el cabello oscuro peinado hacia atrás—. ¿Me concedes este baile, mi querida Eliza?

Levanté la vista para mirarlo.

—Todavía estoy enfadada contigo.

—Lo siento —se excusó—. Debería haberte contado lo que estaba pasando hace tiempo. Sin embargo, te he dicho la verdad. Jamás dejaré que nadie ponga un dedo sobre un miembro de esta familia —sostuvo mi mirada, con el brazo tendido—.

¿Bailas conmigo, pues?

—Papá —suspiré—, sabes que se me da fatal el reel. Soy muy patosa.

—Y yo soy el rey de Inglaterra, y te ordeno que coloques tus pies sobre los míos —me respondió con un guiño.

Lancé un gemido, pero me levanté y tomé la mano de mi padre. Me puse de puntillas sobre sus zapatos negros y relucientes.

—Pesas más de lo que recordaba —bromeó.

—Ha sido idea tuya.

Apoyé la cabeza contra su pecho y cerré los ojos mientras él se movía con dificultad bajo mi peso. Por fin me eché a reír y devolví los pies al suelo de madera para seguir sus pasos.

Cuando mi padre me dio una vuelta hacia fuera y luego otra vez hacia dentro, la habitación giró vertiginosamente. Los otros bailarines volteaban a nuestro alrededor con sus vestidos de mil colores —rojos, verdes, dorados— como una bandada de pájaros exóticos. Pensé en las fiestas que se celebraban en palacio cuando vivía mi madre. Mary y yo nos escondíamos tras las plantas, sisábamos postres y discutíamos entre susurros sobre qué vestido era el más bonito. De haber estado mirando en aquel momento, pensé mientras admiraba aquel vestido de terciopelo rojo que tanto resaltaba los labios y la tez de Mary, ella se habría llevado el primer premio.

De repente, un cristal de la ventana cayó al suelo. Luego otro, y otro más; toda una sinfonía de cristales rotos en pedazos. La música dejó de sonar y los que bailaban se quedaron quietos. Mi padre me cogió de la mano mientras observábamos los ventanales rotos mudos por la sorpresa. Al principio la interrupción no pareció sino un extraño truco, como si alguien hubiera tirado pequeños diamantes a modo de confeti.

Entonces cundió el pánico. El piso estaba sembrado de fragmentos, algunos manchados de sangre. Noté que tenía un corte en el brazo pero no hice caso.

—¡Mary! —grité abriéndome camino entre la confusión.

Cuando la guardia real irrumpió a caballo en el salón, respiré aliviada. Sin embargo, tan pronto como los soldados empezaron a derribar mesas y sillas y a incendiar las cortinas, comprendí sobresaltada que aquellos no eran los guardias que me habían protegido durante toda la vida. Eran unos impostores.

—¡Mary! —volví a gritar, pero mi llamada se perdió entre el griterío.

Mi padre me empujó contra la pared.

—Quédate aquí —me ordenó.

Los jinetes avanzaron hacia él, derribando a todo el mundo a su paso. Una anciana gemía en el suelo, con el pelo blanco manchado de la sangre que le manaba de la sien. Observé aterrorizada cómo mi padre se plantaba ante uno de los caballos y tiraba de sus riendas para impedir que pisoteara a la dama.

—¿Por qué hacen esto? —grité.

Uno de los falsos guardias volvió el caballo hacia mí y me arrinconó contra la pared.

—¿Qué has dicho?

Alcé la vista hacia aquellos ojos azules y gélidos. Lo reconocí al instante. El cabello trigueño, los dientes blanquísimos..., estaba contemplando al protagonista de mis pesadillas. Al hombre que había matado a mi madre. A Cornelius Hollister.

Nos había estado vigilando. Esperando. Por alguna razón, la rabia que me embargaba superó al miedo. Si pensaba matarme, al menos que me contestara primero.

—¿Por qué nos hacen esto? —repetí en voz más alta y sin embargo más tranquila. Se volvió a mirar a su ejército como buscando una respuesta.

—Porque representáis una era que debe llegar a su fin. Porque mientras Inglaterra se muere de hambre, vosotros os dedicáis a celebrar bailes —desmontó. Me ordené a mí misma no moverme del sitio mientras él se acercaba. Sacó una pistola y la sostuvo contra mi pecho.

El frío del metal traspasaba la seda de mi vestido. No me atrevía a apartar los ojos de él. Un solo movimiento de su dedo índice y mi vida habría terminado.

—Lo siento, princesa Eliza —dijo, pero no parecía lamentarlo en absoluto cuando amartilló el arma. Con el cuerpo tenso y los puños apretados, cerré los ojos mientras esperaba el disparo.

—Baje el arma ahora mismo.

Era la voz de mi padre. Muy quieto, apuntaba a Cornelius Hollister con un revólver dorado, fino como un lápiz. Sin previo aviso, apretó el gatillo.

Como a cámara lenta, la bala golpeó el chaleco de Hollister y cayó al suelo con un tintineo. Confundida, me quedé mirando aquel proyectil inútil que yacía en el piso como una moneda extraviada. El hombre estaba ileso. En aquel momento de distracción, mi padre corrió hacia mí. Me abalancé sobre él, buscando la seguridad de sus brazos. Entonces Hollister alzó la vista y entornó sus azules ojos con furia.

—¡No! —grité cuando apretó el gatillo.

La bala penetró por la espalda de mi padre y salió por su pecho. Cayó al suelo, exánime.

—¡Papá! —chillé a la vez que apretaba con impotencia la flor de sangre que se desplegaba en la camisa blanca de su esmoquin.

—Lo... lo siento mucho —musitó con voz temblorosa. Intento aferrarse a mí, pero las fuerzas lo abandonaron y su cuerpo quedó inmóvil. Supe en aquel instante que mi padre había muerto.

Todo a mi alrededor, la confusión, el ruido, la lucha, el mundo mismo, desapareció mientras lo miraba sin poder creer lo que estaba sucediendo. Unas manos

me cogían por los hombros, me obligaban a levantarme, tiraban de mí, pero yo solo quería zafarme de ellas.

—¡Eliza! ¡Vamos!

La voz de Mary me sacó del trance. Se abrió paso entre el tumulto y me arrastró a una puerta de servicio que conducía a las escaleras traseras.

Mientras corríamos para salvar la vida entre la lluvia de balas, me arriesgué a mirar atrás por última vez. El cuerpo de mi padre yacía en el suelo, bañado en una sangre tan roja como las rosas que lo rodeaban.



Temblando, Mary forcejeó con el pomo. Me tapé las orejas para no oír los gritos, los disparos, el estruendo de los cascos. Por fin, la puerta cedió y mi hermana cruzó el umbral a toda prisa, arrastrándome tras de sí.

La seguí por la angosta escalera, con el vestido recogido para no tropezar. Mary subía decidida, con un paso seguro y rápido que reflejaba algo que yo me negaba a aceptar: ella era ahora la reina de Inglaterra.

Al llegar arriba, enfilamos un largo pasillo decorado con alfombras persas y frisos de madera, donde una hilera de velas dispuestas en apliques nos iluminaba el camino. En algún lugar de aquel laberinto me imaginé que podía oír al ejército de Hollister, que nos buscaba.

Algo más adelante, colgada de una puerta, una serie de bloques multicolores ensartados en un cordel anunciaba CUARTO DE JAIME. Arranqué el rótulo y me quedé con el hilo roto en la mano mientras los cubos caían al suelo. Había ayudado a Jamie a crear la inscripción cuando él tenía cuatro años. Sentados ante el fuego, habíamos tomado chocolate caliente con miel mientras enfilábamos los bloques. Aunque aquello había sucedido después de los Diecisiete Días, de repente el recuerdo se me antojó como de otra época; a unos días tan lejanos que apenas era capaz de evocarlos.

Empujándome a un lado, mi hermana abrió la puerta. En el cuarto reinaba el silencio, y las cortinas azul cielo ondeaban con la brisa. En la penumbra, Mary y yo corrimos hacia el lecho de Jamie. El edredón estaba apartado, la cama, vacía. Allí no había nada salvo su querido osito Paddington.

—Se lo han llevado.

La voz de Mary temblaba de miedo. Yo miraba el lecho desierto sin dar crédito a lo que veía. Ella cogió el peluche de un solo ojo.

Deseé con todas mis fuerzas sentir algo. Incluso las lágrimas me habrían servido de consuelo.

—¿Qué pasa?

Entre el dolor que me ahogaba, debía de haber imaginado la voz de mi hermano.

Levanté la cabeza. Con la exigua luz, vi a Jamie de pie ante mí, con su pijama de rayas azules y blancas y el pelo revuelto por el sueño.

—¿Jamie? —me falló la voz al pronunciar su nombre—. ¿Eres tú?

—¿Y quién iba a ser si no?

—¡Jamie! —exclamó Mary deshecha en lágrimas—. ¿Dónde te habías metido?

No estabas en la cama. Pensábamos...

Sus palabras sonaron a reprimenda y él retrocedió asustado.

—Me he quedado dormido en el asiento de la ventana —empezó a explicar.

—Oh, Jamie, ha sucedido algo terrible.

Mary tendió las manos y mi hermano corrió hacia nosotras para abrazarnos. Olía a champú infantil y a jarabe contra la tos.

Unas fuertes pisadas resonaron en el pasillo, al otro lado de la puerta.

—¿Qué pasa?

Asustado, Jamie miró a mi hermana y luego a mí.

—¡Chist!

Mary se llevó un dedo a los labios. Unas sombras oscurecieron la línea de luz que se filtraba por debajo de la puerta.

—Están ahí mismo —susurré.

Cogí la silla del escritorio y la encajé bajo el pomo. Sabía que el obstáculo no los detendría, pero al menos nos ayudaría a ganar tiempo.

—¿Mary?

Jamie miró a mi hermana con los ojos brillantes por el miedo.

—Luego te lo explicaremos todo —repuse, sorprendida de la tranquilidad que transmitía mi voz—. Ahora tenemos que encontrar la manera de salir de aquí.

Repasé mentalmente la habitación. Furiosas llamas rojas bailaban al otro lado de la ventana enroscándose hacia dentro como si intentaran atraparnos. Miré hacia abajo entre el resplandor, al patio, donde la auténtica guardia real combatía contra los impostores. Las balas y las flechas surcaban el aire mientras los cuerpos de los soldados muertos se acumulaban sobre los adoquines.

Sin previo aviso, un hacha resquebrajó la puerta. La silla que había usado para atrancarla se rompió en pequeños fragmentos que cayeron al suelo como mondadientes.

Mary gritó y cogió a Jamie entre sus brazos, mientras una segunda hacha astillaba la madera. Las hojas de acero brillaron en la penumbra.

—El pasadizo secreto —susurré con tono apremiante.

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Los ojos de Jamie se iluminaron.

—Conduce a los túneles subterráneos. ¡Podemos escapar por allí!

Nadie había usado el antiguo pasadizo desde la Segunda Guerra Mundial.

Mary cogió el edredón y unos cuantos jerséis de Jamie. Nos metimos en el armario del cuarto y nos abrimos paso hasta el fondo, donde palpamos a tientas la madera buscando el resorte oculto.

—¡Lo tengo! —exclamó mi hermano, nervioso.

Pese al miedo, me invadió un sentimiento de orgullo.

Al abrirse, la puerta secreta reveló un pequeño ascensor de mano, un montacargas diseñado para conducirnos a los túneles en caso de peligro. Nos apretujamos en el compartimento, sentados con las rodillas contra el pecho. Tendí la mano para accionar la polea.

—¡El jarabe! —recordó Jamie de repente.

Apreté con fuerza las cuerdas. Mi hermano no sobreviviría mucho tiempo sin su medicina. Mary volvió a presionar el resorte y salió al dormitorio. Miré por la rendija de las puertas.

—Todavía no han entrado —dije con el corazón a punto de estallar.

Jamie corrió tras ella antes de que yo pudiera detenerlo.

—Yo lo cogeré. Sé dónde está.

—Daos prisa. Por favor, daos prisa —susurré desde mi escondrijo.

Justo cuando Jamie entraba en la habitación, sonó un chasquido fortísimo. Los soldados habían roto la puerta. Salí del montacargas a toda prisa y aceché entre las puertas del armario.

Mary cogió a Jamie de la mano y lo protegió con su cuerpo. Al caer, la puerta de roble macizo empujó las lámparas, que se quebraron con estrépito. Cuatro guardias asaltaron el cuarto y prendieron a mis hermanos.

Mary se resistió con uñas y dientes, pero uno de los guardias empujó a Jamie al suelo y le colocó una espada contra la garganta. Mi hermana dejó de luchar. Se arriesgó a lanzarme una elocuente mirada por encima del hombro, como transmitiéndome un mensaje, antes de volver a mirar a los guardias para comprobar que no se habían dado cuenta.

Sabía lo que intentaba decirme: quería que escapara. Miré el montacargas. Si me quedaba, me capturarían también. Pero ¿cómo iba a marcharme sin ellos?

—¿Dónde está la otra? —le gritó a Mary el guardia que parecía al mando. Ella se mordió el labio, en silencio—. ¡Responde!

Como mi hermana seguía sin hablar, levantó el puño y la golpeó en plena cara. La sangre brotó de su boca.

—Revisa el cuarto —ordenó el capitán a un guardia que se había quedado en el umbral. El joven se puso a inspeccionar las cosas del niño. Levantó la colcha y miró debajo de la cama—. Empieza por los armarios —lo instruyó bruscamente el soldado de más edad.

Retrocedí entre las prendas colgadas y me acurruqué en una esquina. No tenía

tiempo de volver al montacargas. Palpé en silencio en busca de algo que pudiera utilizar como arma, pero solo encontré un zapato.

El guardia más joven abrió la puerta y empujó abrigos y ropa. Las perchas de metal tintinearón, las prendas se balancearon. Entonces me vio.

Se detuvo, pistola en ristre, y nos quedamos mirando el uno al otro. El pelo color miel le caía sobre la frente en rizos desordenados, y sus ojos verdes destellaron. Contuve el aliento.

Bajó el arma. Dio un paso atrás y desapareció entre la ropa.

—Está vacío —lo oí decir a los demás. Cerró la puerta del armario y me dejó allí, envuelta en la oscuridad una vez más—. Mirad en la escalera de atrás.

Oí los pasos de los guardias, que abandonaron a toda prisa la habitación. Sus carreras resonaron por el pasillo.

Yo estaba petrificada. ¿Me había visto o no?

Confundida, salí tambaleándome del armario. Un humo negro invadía el cuarto de Jamie por momentos. Las cortinas se habían incendiado, y grandes llamaradas penetraban empujadas por la brisa, prendiendo la habitación aquí y allá.

—¡Mary! ¡Jamie! —grité desorientada en aquel dormitorio invadido por el humo.

Tenía en la mano uno de los jerséis de Jamie y me lo llevé a la boca para poder respirar. En pocos segundos, las llamas habían alcanzado la cama de mi hermano, la alfombra, los cojines de felpa tirados por el suelo. Unas chispas revolotearon hasta mi pelo. Las apagué con la mano, pero se me habían chamuscado las puntas de la melena.

—¡Mary! ¡Jamie! —volví a chillar.

Nadie me respondió. Solo oía el chisporroteo de las llamas que devoraban el cuarto.

Se habían ido, y yo no tenía más remedio que hacer lo mismo.

Corrí de vuelta al armario. El ambiente estaba más despejado en el interior y tomé una bocanada de aire profunda y temblorosa mientras me subía al montacargas y empujaba la palanca.

Al llegar al fondo, bajé del ascensor con dificultad antes de echar a correr por el túnel, con los pies chapoteando en los charcos. La oscuridad era tan intensa que más de una vez estuve a punto de chocar contra la pared. Las telarañas se rompían contra mi rostro y los murciélagos aleteaban a mi alrededor. Al notar un fuerte tufo a humo empecé a asustarme de verdad. Hacía más de cien años que nadie usaba aquellos túneles.

En aquel momento, atisbé a lo lejos un minúsculo punto de luz, que se fue haciendo más y más grande hasta que comprendí que estaba viendo un pequeño rectángulo de metal. La trampilla de salida.

Corrí hacia allí y empujé con las manos la superficie metálica. Por desgracia,

estaba atascada, oxidada tras tantas décadas en desuso. Di unos pasos hacia atrás y reuní fuerzas antes de echar a correr y embestirla con todo mi peso. La trampilla cedió y salí a la noche.

Inspiré para tomar aire fresco, pero no pude. El humo impregnaba el aire. Me volví a mirar el palacio, envuelto en llamas que ascendían por la fachada de piedra como enredaderas. Los soldados de Hollister deambulaban por los terrenos, destruyendo cuanto encontraban a su paso y disparando a la gente que intentaba escapar.

Escudriñé el jardín en busca de una vía de escape. Me quedé mirando los rosales que habíamos plantado mi madre y yo, muertos desde los Diecisiete Días. Una explosión retumbó en la noche como un cañonazo. Todos los cristales del palacio habían estallado. Me acuclillé y con los brazos me protegí la cabeza de los fragmentos que caían a mi alrededor como granizo cortante. Tendido en el camino había un pellejo pequeño y cálido.

—¡Bella! —grité buscando su pecho. El animal, con el cuello cortado, resollaba a duras penas.

Bella me miró. Acercó el hocico a mi mano mientras yo contemplaba sus grandes ojos castaños.

—Lo siento —le dije con impotencia. Apoyé la cabeza en el suelo húmedo y la envolví con los brazos. Un charco de sangre empapaba las piedras—. Siento no haber podido protegerte.

Noté los últimos estertores de Bella y levanté los ojos hacia las estrellas mudas, hacia la luna borrosa.

Entonces oí unas fuertes pisadas acompañadas de las secas voces de los guardias, que inspeccionaban los jardines de palacio.

Que me encuentren, pensé, que me maten. Mi madre estaba muerta. Mi padre había sido asesinado. A mi hermano y a mi hermana podía darlos por perdidos. Incluso me habían arrebatado a mi perro. El peso del dolor que sentía cayó sobre mí como un manto de plomo.

Cerré los ojos y me quedé allí tendida, junto a Bella, esperando a que dieran conmigo y pusieran fin a mi vida también.

Sin embargo, en lugar del frío cañón de un fusil o de la hoja afilada de una espada, noté una súbita suavidad, un ala que rozaba mi mejilla. Me llevé la mano a la cara pensando que ya debía de estar muerta, que mi madre había acudido a buscarme. En aquel momento oí un gorjeo y abrí los ojos. Encaramado a los restos carbonizados del rosal había un pajarillo.

—¿Blue? —susurré, casi pensando que eran imaginaciones mías.

Pio y salió volando hacia el cielo nocturno empañado de humo.

Blue era un pequeño arrendajo azul que, contra todo pronóstico, había

sobrevivido a los Diecisiete Días. Mary y yo habíamos oído su trino y lo habíamos encontrado vivo, rodeado de los cadáveres de los otros pollitos, bajo el cuerpo de su madre, que se había tendido sobre el nido para protegerlo. Lo había recogido para calentarlo en mis manos. Aterrorizado, el corazón le latía con desenfreno en aquel cuerpecillo minúsculo.

Le había fabricado un nido de paja y había cogido lombrices con las que lo alimentaba cada pocas horas. Lo mantuve a salvo en una caja hasta que hubo recuperado las fuerzas. Un día, mientras lo tenía entre las manos, abrió las alas y salió volando. Parecía increíblemente feliz, casi sorprendido de tener alas y ser capaz de volar.

Recordando la alegría de Blue al descubrir que podía emprender el vuelo, algo en mi interior me incitó a ponerme en pie con dificultad. Entumecida, avancé hacia el hueco de uno de los pocos árboles que quedaban en el jardín.

Un grupo de soldados pasó por el lugar donde yo había estado tendida momentos antes y pisoteó el pequeño cuerpo de Bella. Portaban antorchas, y las punteras de acero de sus botas brillaban a la luz de las llamas. A la entrada de palacio, otro soldado abrió fuego contra una mujer, que corrió despavorida antes de caer con un gemido entrecortado. Era Margaret, una de nuestras criadas. Grité en silencio y apreté los puños con tanta fuerza que me hice sangre con las uñas.

Hubiera querido cerrar los ojos, pero me negué a apartar la vista. Los soldados seguían saqueando el palacio, llevándose las armas, la comida, todo aquello que pudieran transportar. Incluso habían encontrado los últimos bidones de gasolina. Ataban y vendaban los ojos a las criadas, a los invitados, a todo aquel que seguía con vida, antes de obligarlos a subir a la parte trasera de los camiones, cubiertas con lona. Los gritos de terror de los prisioneros resonaban en la noche. Sin hacerles caso, los soldados llenaban los depósitos de los vehículos con el combustible que habían encontrado. Las palabras pintarrajeadas en los camiones brillaban a la oscilante luz de las llamas: EL NUEVO SOBERANO SE HA ALZADO.

Los furgones cruzaron las verjas seguidos de la guardia montada. En aquel momento lo vi: el pelo rubio dorado y las manos en alto en ademán de victoria mientras se alejaba de los restos carbonizados de mi casa.

Yo seguía con vida. Me había librado de la muerte y solo podía ser por una razón. Tenía que matar a Cornelius Hollister.



8

Casi sin aliento, caminaba a lo largo de la autopista desierta.

Hacía horas que había perdido de vista a los soldados, pero continuaba avanzando inexorable, casi a rastras por culpa del agotamiento. Había salido corriendo del palacio en pos de los camiones, los había perseguido calle tras calle, hasta que los faros traseros empezaron a perderse en la lejanía.

Horas después, con las bailarinas destrozadas, me dolían los pies de tanto caminar. Con todo y con eso, debía continuar. Sin apartarme de la carretera, seguía el rumbo que habían tomado los camiones la última vez que los había visto. De vez en cuando me llegaba el tufo de la gasolina y comprendía que iba por el buen camino. Ya nadie tenía vehículos aparte de la familia real... y Cornelius Hollister.

No sabía cuánto trayecto llevaba recorrido. El Támesis me servía de guía. Por raro que parezca y aunque hedía a agua estancada y a basura, su reconfortante presencia, una sombra oscura a mi izquierda, me tranquilizaba. La posición del río me indicaba que avanzaba en dirección sudoeste.

A mi alrededor se extendían las desoladas afueras de la ciudad. No había gente a la vista ni luces en la carretera. Un grupo de ratas cruzó la calle antes de escabullirse por una alcantarilla. Me estremecí. El vestido color melocotón apenas me protegía del viento cortante que soplaba desde el río. Estaba helada; había perdido el jersey de Jamie en algún momento de la huida. Jamie. Me flaquearon las piernas al pensar en la expresión de mi hermano cuando se lo habían llevado. No obstante, sacudí la cabeza para ahuyentar el recuerdo. No podía pensar en lo sucedido la noche anterior, aún no..., porque cuando lo hiciera, cuando afrontara el hecho de que mi padre había muerto y mis hermanos habían sido capturados, tendría que llorarlos. Y en aquel momento no podía hacerlo. No podía detenerme.

El rumor de unos neumáticos que avanzaban por la calzada sonó a mi espalda. Por una milésima de segundo, me di el lujo de albergar la esperanza de que fueran las fuerzas reales, que acudían a mi rescate, pero era muy consciente de la realidad. Ya no había fuerzas reales. Corrí a un lado de la carretera y me escondí en la lóbrega

entrada de un edificio tapiado, con la esperanza de que no me hubieran visto.

Pasó un camión a toda velocidad en la misma dirección que yo había estado siguiendo. Lucía una pintada negra con un mensaje idéntico al que había leído unas horas antes: EL NUEVO SOBERANO SE HA ALZADO.

Eché a correr tras él, pero reduje la marcha a los pocos pasos. Cualquiera de aquellos camiones me guiaría hasta el campamento de Cornelius Hollister, pero jamás podría llegar a pie.

La próxima vez estaría preparada.



Una bandada de palomas sobrevoló el Támesis rumbo al oeste. Una ráfaga de viento me golpeó con tanta fuerza que tuve que agarrarme a un pilar de acero del puente y protegerme los ojos de la ceniza. Luego, tan repentinamente como había empezado, cesó. El aire volvía a estar quieto.

El viento, sin embargo, había transportado el pútrido hedor de la basura hasta el lugar donde yo estaba. Reprimí el impulso de taparme la nariz y caminé hacia la ribera. Barcazas de basura habían surcado las aguas del Támesis en el pasado; tal vez los montones de despojos incluyeran algo aprovechable, y en cualquier caso no podía presentarme en el campamento de la Nueva Guardia vestida de noche. Me estremecí mientras recorría la orilla. A lo lejos distinguí una barcaza roja y negra, abandonada junto al margen del río. Una tormenta la había arrastrado a tierra. La basura se amontonaba en hediondas pilas entre bolsas de plástico rotas. Atisbé, a la luz mortecina del amanecer, unas figuras que se movían entre las montañas de desechos, agachándose de vez en cuando. Eran los Recolectores, personas marginadas y sin hogar que sobrevivían a base de rebuscar entre los tristes restos de la época anterior. Las cosas aprovechables disminuían año tras año. ¿Qué sería de ellos cuando no quedara nada que rapiñar?

Era la primera vez que veía a los Recolectores. No salían hasta después del ocaso.

Me agazapé para observarlos. Temblaba como una hoja, cubierta tan solo por aquel vestido fino y empapado. Tenía los brazos congelados, los dedos insensibles. No podía seguir así. Si quería sobrevivir, debía unirme a ellos. Avancé pegada al margen del río para poder escaparme corriendo de ser necesario, y caminé despacio hacia la barcaza.

Entre la niebla suspendida sobre las aguas, los Recolectores hurgaban en los montones de basura. Estaban delgados pero parecían peligrosos, como siluetas talladas a cuchillo. Varios hombres transportaban fragmentos de cañerías con movimientos tensos, listos para atacar en cualquier momento. El viento empujaba trozos de basura a su alrededor; una ráfaga sacudió una tumbona de plástico, que fue a parar al río y se quedó allí flotando.

—Viene alguien —exclamó una chica, y todas las cabezas se volvieron a mirarme al mismo tiempo.

Varios pares de ojos oscuros me taladraron. Una mujer mayor de expresión fatigada levantó un trozo de cañería con gesto amenazador. Sus zapatos atrajeron mi atención; había cortado las punteras para hacer sitio a los dedos de los pies. Supuse que era mejor llevar unos zapatos pequeños que no llevar ningunos.

—No busco problemas —grité con las manos en alto.

Una joven de pelo rubio, casi blanco, salió de detrás de la mujer empuñando un palo de hierro con la punta afilada. Lo empuñó como una lanza, directo a mi pecho.

Di un paso atrás.

—Por favor —supliqué—. Solo busco algo de ropa. Para calentarme.

La joven miró a un hombre de pelo canoso, como preguntándole; él asintió despacio. La muchacha bajó el arma.

—Cinco minutos —accedió el jefe—. Estás en nuestro territorio y no nos gustan los intrusos.

Se dieron la vuelta como un solo hombre y se alejaron de mí.

Temblando a más no poder, rebusqué entre bolsas de plástico rotas, mojadas y cubiertas de hollín. A pesar del frío, desprendían un olor nauseabundo. Saqué una botella rota, envases de bebidas, paquetes de plástico, cartones de zumo, un ordenador destrozado que rezumaba líquido marrón como sangre que saliera de su carcasa plateada. Todo estaba empapado, enmohecido, podrido. Derrotada, me quedé mirando aquellos montones inservibles.

Me rodeé el cuerpo con los brazos para darme calor. Tenía las manos tan agarrotadas que no era capaz ni de moverlas para seguir buscando.

—Estás temblando. Tienes los labios morados —oí decir. Alcé la vista y vi a la chica rubia de antes. Llevaba algo en los brazos—. Toma, ponte esto.

Dejó caer un fardo de ropa a mis pies.

Quise darle las gracias, pero tenía los labios demasiado ateridos como para hablar siquiera. Cogí las prendas a toda prisa. Me puse un jersey de lana y unos pantalones de hombre tan largos que arrastraba los bajos.

—Gracias —dije. Tenía que hacer esfuerzos para pronunciar—. Por favor, ¿podrías decirme una cosa? Los camiones que pasan por aquí, esos que llevan pintadas... ¿los habéis visto? ¿Sabéis adónde van?

Mirándome fijamente, asintió.

—Pasan cada pocas horas por aquella carretera, la del otro lado del muro. Cuando los oigas, escóndete. Si te ven, te capturarán. Y si te capturan, no te soltarán nunca.

Se dio media vuelta para marcharse.

—¡Espera! —le grité—. Por favor, espera.

Me llevé la mano al pecho buscando el tacto frío del guardapelo. Se me había

olvidado quitármelo. La fotografía de mi madre y mi nombre grabado, Elizabeth, me delatarían al instante. Con las manos en la nuca, desabroché la cadena y la dejé caer en la palma de mi mano. Luego abrí el medallón una última vez para ver la foto. De nuevo me veía obligada a despedirme de algo mucho antes de estar preparada.

—Por favor, cuídalo —le rogué a la joven cuando se lo tendí. El oro destelló a la luz mortecina.

Ella lo contempló sorprendida, como si jamás en la vida hubiera visto algo tan hermoso. Luego asintió.

—Buena suerte.

Sin añadir nada más, salió corriendo hacia las montañas de basura, donde la esperaban el resto de los Recolectores.

Cuando levantaba la mano para decirle adiós, oí un motor a lo lejos. Me encaramé a lo alto del muro y aguardé allí en cuclillas, procurando pasar lo más desapercibida posible. El camión se acercaba por mi derecha, cargado de harina y otros alimentos. No me costaría nada saltar al interior de la caja.

Contuve el aliento, esperé a tener el vehículo justo debajo y salté.



9

Me escondí en la caja del camión, entre un saco de harina y un barril lleno de un líquido viscoso. El corazón me latía desbocado. No sabía si había hecho ruido al aterrizar, pero el conductor no había detenido el vehículo, ni siquiera había reducido la velocidad. Al cabo de pocos minutos, me sentí lo bastante segura como para asomar la cabeza y averiguar dónde estaba.

A lo lejos, recortado contra el cielo del amanecer, atisbé la silueta de un castillo con almenas y torreones, en cuyas ventanas resplandecía el reflejo de las lámparas de carbón. Lo reconocí al instante. El palacio de Hampton Court.

En aquel palacio habían vivido Enrique VIII y todas sus esposas, por lo que era un destino turístico habitual antes de los Diecisiete Días. Mary y yo lo visitábamos a menudo cuando éramos pequeñas, con nuestras institutrices Rita y Nora. Zarpábamos en la barca real y navegábamos por el río a través de la ciudad y junto a las verdes riberas del campo, saludando a los curiosos al pasar. Era uno de nuestros entretenimientos favoritos en la época estival. Lucíamos vestidos blancos y pamelas. En aquellas ocasiones, cerraban el palacio al público para que pudiéramos tomar té y pastas en el jardín.

Me acurruqué bajo el saco de harina cuando atravesamos las verjas de entrada. El ejército de Hollister tal vez necesitase nuevos reclutas, pero dudaba que recibiesen con los brazos abiertos a un polizón escondido en uno de sus camiones de avituallamiento.

El vehículo redujo la marcha hasta detenerse. Aguardé a que los pasos del conductor se dirigieran hacia la entrada, pero en vez de eso se acercaron a la parte trasera del camión. Contuve el aliento.

—¿Qué tenemos aquí?

Un hombre de nariz torcida y pelo rizado y grasiento empujó a un lado los sacos entre los que me había ocultado. Esbozó una sonrisa mellada.

—He venido a alistarme en el ejército —respondí procurando dar a mi voz un tono seco e indiferente.

—¿En la parte trasera de un transporte de víveres? A mí me huele más a robo.

—Por favor —me apresuré a decir—. Hace frío y venía andando desde Londres. Compruébelo; no he tocado nada.

El guardia me observó de una forma rara. Advertí que su mirada bajaba de mi rostro al pecho y luego a las piernas. Me quedé helada. ¿Acaso me había reconocido?

—Bueno, pues has tenido suerte —accedió al instante—. Los domingos no reclutamos a nadie. En circunstancias normales, habrías tenido que volver mañana por la mañana. Ahora bien, como soy el encargado del reclutamiento, te inscribiré yo mismo. Será nuestro pequeño secreto.

—Gracias —respondí. Hacía esfuerzos para que no me temblara la voz. Me indicó por gestos que lo siguiera pasada una esquina y eché a andar tras él por un camino que conducía a un viejo almacén. Sobre la puerta, un cartel rezaba: NUEVOS RECLUTAS.

—¿Es aquí? —pregunté al llegar a la puerta.

—Las inscripciones fuera de horario las hacemos un poco más arriba.

Me animó a seguir avanzando, pero más allá solo había un campo desierto. De repente, me rodeó los hombros con el brazo.

—Y cómo te llamas tú, ¿eh?

Se me aceleró el pulso. En palacio, nadie se habría atrevido jamás a tocarme así. Sin embargo, tal vez fuera una conducta normal entre los soldados. Sonreí con cautela y di un paso atrás para zafarme de sus zarpas.

—Eres bastante guapa —siguió diciendo mientras me acorralaba contra la pared. Noté su mano en mi pecho e intenté escabullirme.

—Por favor —jadeé, pero él se acercó aún más y apretó su boca contra la mía—. ¡Apártese de mí! —grité.

Lo golpeé en el torso, recordando cómo el maestro de armas nos había enseñado a defendernos si nos quitaban la espada, pero cuanto más me debatía yo, más me apretaba el cuello aquel hombre. No podía respirar. Golpeé la pared con la esperanza de que alguien me oyera, pero mis puños apenas hacían ruido contra las pesadas piedras.

—¡Calla! —siseó, y me tapó la boca con la mano.

Intenté darle una patada, pero presionó la rodilla contra mi estómago y me apresó contra la pared. Con una mano forcejeaba para abrirme la camisa mientras con la otra me apretaba la garganta, con tanta fuerza que empecé a ver puntos negros. Iba a desmayarme.

—Suéltala. Ahora.

Oí una voz de chica que parecía llegar de muy lejos.

La mano cedió y yo resollé, inhalando apenas unas bocanadas de aire rápidas y superficiales. Poco a poco, recuperé la visión. El guardia estaba inmóvil, con las

manos en alto. La chica lo apuntaba con una espada.

—Entrega tu sevil.

—Portia, yo...

—Estas cosas no se toleran —lo empujó y le arrancó la insignia—. Entrega el sevil.

A regañadientes, el guardia se desenganchó la curiosa espada que llevaba prendida al cinturón.

—Ahora abandona el campamento o te castraré yo misma.

—Pero...

—¡Vete! —gritó ella blandiendo el arma antes de que él diera media vuelta y echara a correr hacia los bosques.

—Gracias —dije con cautela, y me dejé caer contra la pared.

Ella se giró hacia mí, clavándome sus ojos verdes y fieros.

—¿Quién eres tú? —me espetó.

Balbuzeé el primer nombre que me vino a la mente.

—P... Polly McGregor.

Según pronuncié aquellas palabras, recé en silencio para que Polly siguiera sana y salva en Escocia.

Observé con más atención a mi salvadora. Era alta, de una belleza fuera de lo común. Tenía los pómulos muy marcados y una larga melena de color miel que le caía por la espalda. Aunque tendría, como mucho, un año más que yo, desprendía una inquebrantable seguridad en sí misma que la hacía parecer mucho mayor. Me pregunté qué posición ocupaba en el ejército. Por lo visto, poseía un rango superior al de mi agresor. Mientras que él llevaba una simple chapa, la joven lucía una insignia de oro prendida al uniforme. Sus ojos almendrados me miraron de arriba abajo.

—Ya sabes que en domingo no se aceptan reclutas.

—Sí —musité—, eso ha dicho él y entonces...

—No te preocupes por él —me interrumpió—. No se atreverá a volver. Si lo hace, lo usaré para hacer prácticas de tiro.

Sonrió enseñando los dientes, como para dar a entender que hablaba muy en serio.

—Y bien, ¿de dónde eres, Polly McGregor?

—De Escocia.

—¿De Escocia? Qué raro, no tienes acento escocés.

Me erguí.

—Porque me crié en Londres. No me trasladé a Escocia hasta los diez años.

—¿Y para qué sirves exactamente? —la miré sin comprender—. Quiero decir —prosiguió—, ¿por qué debería hacer una excepción contigo y reclutarte en domingo? ¿Qué habilidades tienes? ¿O prefieres limpiar letrinas?

—Sé montar a caballo y disparar. También se me da bien la esgrima —añadí.

Cuanto más acceso tuviera a las armas, mejor.

Ella volvió a clavar su mirada en mí. Yo la miré a mi vez, sin bajar los ojos.

—Muy bien —dijo al fin—. Estarás en mi escuadrón, por ahora. Ya veremos lo que sabes hacer. Soy Portia, por cierto —añadió—. Sargento Portia, división femenina, sección nueve.

Se dio media vuelta y me apresuré a seguirla.

—Ah, y Polly —agregó por encima del hombro, sin molestarse en mirarme siquiera—, que sea la última vez que montas un numerito. No te metas en líos o sufrirás las consecuencias. Yo misma me encargaré de ello.

Asentí, sin atreverme a responder.

—Bienvenida a la Nueva Guardia.



Las literas de la sección nueve de la división femenina estaban en la tercera planta, en una sala alargada con ventanales al patio. Los antiguos suelos de Hampton Court estaban rayados, y los retratos que colgaban de sus paredes, pintarrajeados y desgarrados. Miré por la ventana; incluso los jardines estaban destrozados, las fuentes, rotas.

—Esta es Polly —anunció Portia a la veintena de chicas que ocupaba el dormitorio. Esperé a que hiciera las presentaciones pero prescindió de ellas—. Puedes acostarte en esa cama —me dijo señalando hacia un rincón—. Y toma esto.

Me pasó una bolsa de tela gris abultada.

Inspeccioné el contenido. Dentro había un uniforme, calcetines de lana marrones y un par de botas. Ningún arma. En realidad, advertí, Portia era la única que iba armada.

Me senté en el estrecho camastro de metal y miré a mi alrededor. La mayoría de las chicas estaban sentadas en el suelo, en corro, jugando a las cartas. El bote incluía un zarcillo de plata, una cuchilla de afeitar con el mango de plástico rosa, una bala y una gorra roja con orejeras peludas.

En la cama de al lado vi a una chica menuda que parecía india. Con el dedo trazaba un dibujo imaginario en la manta de lana color verde guisante.

—Soy Polly —me presenté.

Alzó la vista, sobresaltada.

—Vashti.

—¿Llevas aquí mucho tiempo?

—No mucho —repuso con timidez.

Tenía unas facciones delicadas, grandes ojos castaños y unas manos delgadísimas, al igual que los dedos.

—¿Y por qué? O sea, ¿cómo llegaste aquí?

Sus ojos marrones se llenaron de lágrimas y de inmediato me arrepentí de haber preguntado.

—Lo siento —me disculpé a la vez que posaba una mano sobre la suya.

Miré a las chicas que jugaban a las cartas para asegurarme de que no escuchaban nuestra conversación.

—Vashti —proseguí en voz muy queda—, ¿sabes en qué parte del palacio vive Cornelius Hollister?

Negó con la cabeza en silencio.

—¿Tienes idea de dónde puedo averiguarlo?

Abrió mucho los ojos y se acercó para susurrarme al oído.

—Si no quieres meterte en líos, no hagas preguntas.

Se volvió para mirar a las chicas, que seguían concentradas en el juego, y luego otra vez a mí. Se apartó el pelo del cuello para enseñarme una horrible cicatriz. Cuatro líneas negruzcas le recorrían el cuello hasta la espalda.

Me sobresalté.

—¿Quién te ha hecho eso?

Levantó la barbilla una pizca para señalar a las muchachas del corro.

—Lo hicieron con un tenedor.

Me quedé mirándolas, sin entender cómo era posible que hubieran inmovilizado a Vashti en el suelo y le hubieran rasgado la piel con un cubierto.

—¿Quiénes?

—En realidad, las más peligrosas, aparte de Portia, claro, son June —señaló con un gesto a una chica alta y pálida con los ojos perfilados en negro. Tragó saliva nerviosa antes de continuar—... y Tub. Es la segunda al mando.

Junto a Portia, a la cabeza del corro, había una morena de expresión ceñuda. Tenía los musculosos brazos llenos de tatuajes tribales que bien podría haberse hecho ella misma con una navaja. Miraba a las demás con expresión torva. Justo entonces alguien llamó a la puerta.

—¿Sargento? —preguntó una chica mayor. Lucía la misma insignia dorada que Portia, pero saltaba a la vista que se sentía intimidada en su presencia—. Dentro de diez minutos, luces fuera. Y no olviden apagar el fuego —añadió con timidez tras posar la mirada en la vela que titilaba en el centro del corro.

—Gracias, Sarah —sonrió Portia con aires de superioridad. Sarah se marchó acobardada y Portia dio unas palmadas—. Ya la habéis oído, chicas. ¡Hora de dormir!

Arrastró hacia sí el montón de objetos con una risilla y se quedó aguardando a que todo el mundo se metiera en la cama.

Cuando estuvimos listas, se dirigió a la entrada.

—Que soñéis con los angelitos —canturreó.

Luego sopló la vela y salió al pasillo. La habitación se quedó a oscuras. La única luz provenía de la luna, que brillaba débilmente tras las nubes grises. El viento sacudía los altos cristales de las ventanas.

—Vashti —dije por lo bajo—, ¿Portia no duerme con nosotras?

—¿Portia? ¿Aquí? —susurró con un estremecimiento, como si la sola idea la aterrorizase—. No, ella se acuesta con los otros oficiales superiores en el piso de arriba.

Me di la vuelta para mirar por la ventana con la esperanza de quedarme dormida enseguida, pero se oía algo procedente del exterior. Me concentré en el sonido. Por debajo de las ráfagas de viento y del traqueteo del cristal, bajo los cuchicheos amortiguados, escuché gritos humanos.

Me incorporé en la oscuridad, sobresaltada.

—¿Qué es eso?

—¿Qué? —preguntó la joven llamada Tub.

—Los gritos.

—Ah, son los prisioneros del campo de exterminio —respondió—. Pronto te acostumbrarás. Ahora, basta de charlas o te denunciaré.

Me quedé mirando al techo, sintiendo los latidos del corazón en el pecho y pensando en las cicatrices que surcaban el cuello de Vashti. *Tranquila. No hagas preguntas. Ten paciencia.* Recité las palabras mentalmente una y otra vez, como un mantra.

Notaba los muelles del colchón y el tufo a humedad de la manta. Me volví de lado y me tapé la otra oreja con la mano. Los gritos de agonía resonaban en mi cabeza, convirtiéndose en una horrible banda sonora de las imágenes que se repetían en mi mente: Jamie y Mary capturados por los soldados de Hollister. El pecho de mi padre empapado en sangre cuando yacía en el suelo del salón de baile. Mi madre encogida entre estertores mientras el melocotón envenenado se deslizaba al suelo desde su mano. Los rostros huecos y atormentados de los Recolectores del río y la dentadura amarillenta del soldado que me había atacado detrás del almacén.

Me rechinaron los dientes y enterré la cara en la almohada para que nadie me oyera llorar.

Cuando el llanto cedió al fin y mi respiración se normalizó, me sentí extrañamente escindida de mí misma, como si alguien hubiera corrido un telón de acero para proteger a mi verdadero yo del que ahora se enfrentaba al mundo.

Mientras me deslizaba hacia el sueño, tenía una única palabra en el pensamiento. Venganza.



Nos despertaron en mitad de la noche. Al otro lado de los altos ventanales, el cielo era negro como el carbón. Me incorporé sobresaltada, aterrorizada y sudando. El sonido de las sirenas penetraba a través de los muros mientras el ritmo implacable de los soldados que marchaban por pasillos y escaleras rebotaba contra las gruesas paredes de piedra. Aún aturdida por el sueño, esperé a que mis ojos se acostumbraran poco a poco a la oscuridad. Distinguí las sombras de mis compañeras de cuarto, que se ponían los uniformes a toda prisa.

—Rápido, vístete —me sugirió Vashti.

—¿Qué pasa?

—Es noche de exterminio.

Vashti tiró de los cordones de sus botas. Las manos le temblaban mientras anudaba los lazos.

—¿Noche de exterminio? —me falló la voz al pronunciar las palabras.

Se sentó a mi lado.

—Sacan a los prisioneros a los que han capturado durante los saqueos nocturnos y los emparejan con los soldados de la Nueva Guardia. Luego luchamos a muerte. Son prácticas para la batalla.

En la oscuridad, busqué los ojos castaños de Vashti, casi incapaz de asimilar sus palabras. En aquel momento oí la voz de Portia, que gritaba desde el umbral:

—Todas en el patio dentro de diez minutos listas para la inspección.

—Date prisa —insistió Vashti tocándome el hombro—. Tienes que ponerte el uniforme.



La noche era fría y oscura. Pegada a Vashti, me uní a las largas filas de soldados que salían del palacio hacia los jardines. A lo lejos se distinguía el resplandor de las antorchas que iluminaban el patio, humo y sombras en movimiento. Las llamas se

agitaban convulsas con el viento y pequeñas chispas escapaban al aire y se extinguían.

—A la pista base —ordenó un soldado, y guio a las filas por entre los restos de lo que en otro tiempo fueron fuentes y césped.

A la luz de las agresivas antorchas, alcé la vista para mirar la torre del homenaje, a los guardias que patrullaban en las almenas y al vigía que dominaba los patios. Entre la neblina de las lámparas de carbón, los guardias recorrían los terrenos arriba y abajo, vigilando.

Mientras esperaban, los soldados se apelotonaron en el patio principal sin dejar de mirar nerviosos hacia la entrada. Sonó el murmullo de un camión diésel, y sus faros dibujaron un haz en el suelo empedrado. El camión lucía pintadas en negro las palabras UNA NUEVA GUARDIA PARA UNA NUEVA ÉPOCA como una pancarta gigante.

Se hizo un silencio reverencial entre la multitud cuando un soldado se acercó a la parte trasera del camión. Salió con un prisionero encapuchado, y los guardias se separaron para abrir un pasillo por donde lo empujó sin miramientos hacia el foco de luz de los faros.

El preso tenía las manos encadenadas a la espalda, grilletes en los pies y la cabeza cubierta por una capucha negra con dos agujeros a la altura de los ojos. Con el cañón de su pistola, un guardia rechoncho de tez congestionada hizo avanzar al prisionero al centro del patio.

Vashti se volvió hacia mí para susurrarme al oído.

—Ese es el sargento Fax. Es uno de los soldados más crueles.

—Los nuevos reclutas serán llamados al azar para enfrentarse a los prisioneros —gritó Portia, que se paseaba ante la división femenina.

Luego se quedó allí plantada, erguida y con expresión glacial, los verdes ojos refulgentes a la pálida luz y aquel bello semblante como esculpido que tanto contrastaba con la figura del prisionero, un andrajo tembloroso y aterrorizado. Portia se había recogido la melena en una coleta baja y llevaba una espada envainada al cinto.

—Soldado Thomas Cutter —gritó leyendo el nombre de una hoja de papel.

Un chico dio un paso adelante. Parecía tener unos quince años. Llevaba el pelo oscuro casi al rape, y se había afeitado en la cabeza la espada y el sevil cruzados, símbolo de la Nueva Guardia. Sus ojos marrones destellaron a la luz de los faros y una gran sonrisa asomó a su rostro. Parecía ansioso por luchar. Portia le sonrió a su vez y se dispuso a elegir un arma de un montón.

—Que sea de doble filo —pidió el joven soldado.

Complaciente, la joven sacó una reluciente espada de doble filo, cortante como una navaja de afeitar.

—Luchaba junto a la resistencia —informó al soldado—. Hazlo sufrir.

El soldado empuñó la espada y la enarboló en alto mientras las hordas lo vitoreaban. El ruido era ensordecedor. Impotente, el prisionero enmascarado aguardaba de rodillas a su contrincante. Portia acompañó al soldado hasta el patio.

—Desenmáscáralo —ordenó al sargento Fax.

La cara del prisionero quedó al descubierto. Era un hombre de unos treinta y tantos, de cabello moreno largo por los hombros y barba descuidada. Sus ojos horrorizados saltaban de rostro en rostro mientras el grito «¡Mátalo!» resonaba en el patio. Tenía la piel llena de llagas, la ropa hecha jirones.

Tras liberarlo de manos y pies, el sargento Fax le tendió una espada vulgar e inofensiva en comparación con la del joven soldado. El prisionero apenas podía sostenerla. Una furia salvaje encendió los ojos del joven soldado, que volvió a levantar el arma para coger impulso antes de abatirla contra el cuello del prisionero. Con un movimiento desesperado, el hombre hizo acopio de todas sus fuerzas para rechazar el golpe de Cutter.

Con aquel gesto, sin embargo, solo consiguió enfurecer aún más al soldado, que dio un paso adelante y, sin que el otro pudiera defenderse, hundió la larga hoja en el vientre del pobre desgraciado. Luego soltó la empuñadura, sin retirar la espada del cuerpo del prisionero. La multitud rugió cuando el moribundo retrocedió tambaleándose con las manos alrededor de la hoja, intentando inútilmente detener la sangre que manaba de la herida.

Me llevé las manos a las orejas para no oír los gritos de la multitud, pero la aguda voz de Portia se abrió paso entre el estruendo.

—Ahora la recluta Polly. División femenina, sección nueve.

Alcé la vista estupefacta. Vashti me miró. Negué con la cabeza.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo —me dijo apretándome la muñeca—. Si no, te mandarán a los campos de trabajo. Confía en mí. No hay nada peor que acabar allí, encadenada a una fila de presos y apaleada por los guardias. Te obligarán a construir las cámaras de exterminio.

Di un paso adelante, horrorizada. Aunque el primer preso aún se tambaleaba, el sargento Fax hizo salir del camión a un segundo hombre enmascarado. Portia me ofreció un arma, una espada mediana de un solo filo. Agarré con fuerza la empuñadura de piel mientras el sargento Fax arrastraba hacia mí al segundo prisionero. A mi alrededor, los soldados de la Nueva Guardia coreaban: «¡Mátalo! ¡Mátalo!».

Distinguí, bajo la máscara negra que le tapaba la cara, a un hombre alto y musculoso, no demacrado y enfermo como el anterior. A diferencia del primer prisionero, que exhalaba su último aliento ante la multitud, este no estaba consumido por el hambre y la miseria, ni destrozado por las torturas en los campos de

exterminio. Sin duda lo habían capturado hacía poco.

Llevaba tatuada en la muñeca la bandera inglesa, bajo la cual se leían las palabras LIBERTAD O MUERTE. Me di la vuelta para mirar las caras borrosas de los soldados, que entonaban: «¡Lucha! ¡Lucha!». Las antorchas arrojaban gruesas columnas de humo negruzco al aire nocturno. En la esquina del patio, el primer prisionero estaba a punto de morir, aunque sus dedos y sus ojos aún hacían movimientos convulsos.

—Le presento a su adversario.

El sargento Fax se rio entre dientes cuando le quitó la máscara al prisionero.

Lo miré a los ojos. Él me devolvió la mirada. Tenía la constitución de un soldado, fuerte y musculosa, el pelo oscuro cortado al rape y algo canoso. Había bondad en su mirada.

Cuando le liberaron las manos y los pies se dispuso a luchar con el arma que le habían dado, una espada corta y tosca. Nos observamos. Quería darle a entender de algún modo que estaba de su parte, que estaba allí para luchar contra la Nueva Guardia, no contra él. Intenté captar su atención. Me acerqué más.

En aquel momento, su espada se abatió sobre mí. Levanté la mía para bloquear su ataque, luego me agaché para asestarle un mandoble bajo. Recordé enseguida lo que me había enseñado el maestro de armas: movimientos breves, la espada ligeramente oblicua, utiliza toda la fuerza de tu cuerpo, peso y velocidad detrás de cada movimiento.

Con un destello cruel en los ojos, él esgrimió la espada con fuerza. Quería acabar conmigo. Había visto cómo la Nueva Guardia asaltaba su barrio, asesinaba y capturaba a su familia y amigos. Sus ojos me miraban fijos mientras blandía el arma y se abalanzaba sobre mí. Yo me defendí bloqueando sus mandobles, que resonaban ensordecedores contra mi espada, pero la fuerza de sus golpes me empujó hacia atrás.

Aunque lo rechazaba con destreza, su acero no dejaba de destellar ante mí. De repente, la hoja me alcanzó en el hombro y cortó la fina malla de mi uniforme, sin alcanzarme la piel. Aún estaba mirando el tajo cuando su espada me rozó los nudillos como mil cortes de fino papel. La sangre chorreaba por mi muñeca. Así la empuñadura con fuerza para evitar que el arma se me resbalara. Notaba la sangre cálida bajando por mi brazo. De reojo, advertí la expresión hosca del sargento Fax.

Recordé un truco que me había enseñado el maestro de armas: el telégrafo. Miré a la derecha. Él levantó la espada para bloquear el mandoble. Sin embargo, en vez de levantar mi arma entré a fondo desde abajo. Él gritó de rabia y dolor mientras se miraba la muñeca. Un corte ensangrentado se abrió en su piel. Con mi espada, aparté su mano armada y me coloqué tras él. Volvió la cabeza rápidamente, pero antes de que pudiera rechazarme llevé la hoja a su cuello.

Si se movía un solo milímetro, el filo del arma lo degollaría. El prisionero jadeó. Su cuerpo temblaba de miedo, el sudor le perlaba la frente y empapaba su ropa. Sin

poder evitarlo, miré su tatuaje, la bandera inglesa que brillaba bajo los regueros de sangre.

—¡Córtale la cabeza! —gritó un soldado, y de inmediato los demás empezaron a gritar distintas consignas, hasta que encontraron un ritmo:

—¡Degüéllalo! ¡Vierte su sangre!

Yo sostenía la espada contra su garganta. Protegida por el rugido de los soldados, le susurré al oído:

—¿Luchabas para la resistencia?

—Sí, y daré mi vida por ella.

Se volvió para mirarme, con la hoja de mi espada rozándole la piel. Apreté con más fuerza.

—Tira tu arma y no te mataré.

Él inclinó la cabeza con escepticismo, pero a falta de otra alternativa dejó caer la espada a los adoquines del patio. Sin separar la hoja de su garganta, me agaché para recoger el arma. Había vencido. Di un paso atrás con una espada en cada mano. Pensé que la multitud estallaría en aplausos, pero se hizo un silencio. Miré a mi alrededor. Los soldados me devolvieron la mirada.

El sargento Fax se acercó.

—¡Acaba con él! —me ordenó.

Aparté los ojos del soldado y me volví hacia el sargento. Antes de que pudiera negarme, Fax agarró al soldado por el pelo con una mano, mi muñeca y la espada con la otra y me obligó a degollarlo. Cuando el golpe cortó las arterias del hombre, la sangre manó a chorros de su cuello. Me tambaleé hacia atrás, frenética, intentando limpiarme de los ojos la sangre del prisionero. Lo veía todo rojo.

—Si vacilas en el campo de batalla, te matarán —me gritó el sargento Fax a la cara.

Luego, al ver la bandera británica en el brazo del muerto, sacó su propia espada, le pisó el codo con su bota de soldado y cortó la muñeca tatuada. Procuré no mirar el miembro seccionado que yacía en el suelo. El sargento Fax ensartó la palma con la punta de su espada y la enarboló mientras los soldados prorrumpían en vítores.



Tambaleándome, me alejé hacia la pared del patio. La sangre fresca goteaba de la hoja de mi espada. Desagradables imágenes desfilaron por mi mente y me tapé la boca con la mano. Aún podía ver la sangre borboteando en la herida de aquel hombre. Podía sentir la mano del sargento Fax empujando la mía hacia el cuello del prisionero, la suavidad con que la hoja había cortado la piel.

Pendiente de la siguiente batalla, el gentío estaba demasiado distraído como para reparar en mí. A ciegas y temblando, me abrí paso entre ellos.

Llegué como pude hasta un patio vacío rodeado por un claustro. Formas talladas en piedra se alineaban en las paredes; leones, cuervos y caballos, gárgolas y dragones. Aún notaba en la boca el regusto metálico de la sangre del prisionero. Me entraron arcadas e intenté vomitar, pero no tenía nada en el estómago.

Cerré los ojos. Me dejé caer al suelo, me abracé las rodillas contra el pecho y me eché a temblar como una hoja. Acababa de perder la inocencia. Al otro lado del patio en penumbra, vi una ruinoso pila de piedra rebosante de agua de lluvia. Me levanté para dirigirme hacia allí. La negra oscuridad de la noche empezaba a mudar en otra mañana gris. Me acerqué a la pila y, dejando caer la espada, hundí las manos en aquella agua helada para enjuagarme los ojos y la boca. El agua se escurría entre mis dedos teñida de rosa.

Miré las sólidas paredes que me rodeaban y escudriñé los restos de las estatuas derruidas en el jardín. Estaba sola. Estaba sola, tenía un arma mortal. Metí la hoja en el agua y vi diluirse la sangre. Jamás en mi vida había sentido nada parecido al odio que me inspiraban Cornelius Hollister y su ejército. Ya era una asesina y había llegado la hora de buscar al hombre al que había ido a matar.

Observé la enorme estructura del palacio. Las luces brillaban en el piso superior de la torre del homenaje. Batallones enteros patrullaban por la fortaleza. Me quedé mirando las ventanas iluminadas. ¿Viviría allí Cornelius Hollister? En la torre disfrutaría de protección y al mismo tiempo podría supervisar a su ejército. Era lógico que ocupara las mismas dependencias que sus tropas en vez de desplazarse a Londres

cada vez, y la torre del homenaje era el lugar más seguro de todo el palacio. Sin embargo, me costaría mucho entrar.

Me deslicé por el claustro sin hacer ruido, atenta al menor movimiento. Con la espada en alto, avancé deprisa entre las arcadas.

De repente, oí un tumulto en el palacio. Los gritos de los soldados resonaban en la noche. Reconocí la voz del sargento Fax, que gritaba por un megáfono:

—Tres prisioneros han escapado del patio principal. Que todas las tropas se dirijan a la verja de entrada. Repito. Tres prisioneros han escapado. Dos soldados han resultado heridos. Aseguren todas las salidas de inmediato.

Veloz como el rayo, me agazapé detrás de una columna y aguardé entre las sombras, inmóvil como una estatua, casi sin respirar.

Siguiendo las órdenes, los soldados procedieron a inspeccionar los terrenos, algunos a caballo, otros a pie. Desde la protección de la columna espíe a los guardias, que se movían pistola en ristre. Los fuertes golpes de sus botas reforzadas resonaron contra la piedra cuando pasaron por delante de mi escondrijo.

A mi izquierda, se abrieron las puertas acorazadas de la torre del homenaje. Un solo hombre se quedó de guardia, mientras los demás se dedicaban a buscar a los fugitivos. Las llamas de una antorcha iluminaban su semblante pálido. Era joven, de unos catorce años tal vez, y caminaba de un lado a otro con paso nervioso, aferrando el rifle con fuerza.

Miré el suelo en busca de algo mínimamente pesado. Palpé un trozo de ladrillo que se había desprendido de las paredes. Oculta en el estrecho saliente de una ventana enrejada, apunté hacia la derecha del soldado y arrojé el ladrillo a la oscuridad, lo más lejos posible.

El sonido lo sobresaltó. Levantó el arma.

—¿Quién anda ahí? —la voz le temblaba de miedo.

Encontré un segundo ladrillo y lo lancé aún más lejos. Él titubeó un instante antes de apuntar a la oscuridad desierta. Luego avanzó unos pasos, lejos de la puerta.

—¿Quién anda ahí? —volvió a gritar a la oscuridad.

Abandoné rauda mi escondrijo y crucé corriendo la enorme entrada de hierro. El interior era una gran sala en penumbra llena de contenedores. Me agazapé entre los bultos y esperé, por si alguien me había visto. Cuando mis ojos se adaptaron a la luz mortecina que llegaba de los pisos superiores, comprendí que estaba en un almacén de equipamiento militar. La inscripción de los contenedores rezaba: ZYCLON B, ÁCIDO CIANHÍDRICO. Noté un fuerte olor a gasolina, procedente de dos bidones, y reparé en los grandes cajones de madera clasificados por códigos numéricos que contenían camiones y todoterrenos del ejército desmantelados, generadores y armamento a la vieja usanza. Cañones, flechas incendiarias, escudos, armaduras y espadas se amontonaban en el interior.

Pasando de lado entre los cajones, avancé hasta un contenedor rotulado como ARMAS DE FUEGO. Intenté abrirlo, con la esperanza de encontrar una pistola, pero estaba cerrado, con las aristas selladas. Oí un rumor procedente del piso superior y alcé la vista, sobresaltada. Un murmullo de voces. El corazón me latía desbocado mientras subía las escaleras a toda prisa y me acuclillaba en el rellano.

Siguiendo el sonido de las voces, avancé por el pasillo hasta distinguir un haz de luz blanca que procedía de una puerta entornada. Me pegué a la pared, desenvainé la espada y me asomé a mirar. En el interior del cuarto, vi a los generales del ejército de Hollister reunidos en torno a una mesa de roble macizo, de espaldas a la puerta. Planos, mapas y diagramas cubrían las paredes.

—Está previsto iniciar la construcción de los campamentos F a J en el campo once —de pie ante los generales, un soldado joven señalaba los diagramas—. Ya tenemos localizada la corona real. Uno de los monárquicos a los que hemos torturado ha confesado.

Me arriesgué a echar un vistazo, buscando el rostro de Hollister entre aquellos generales de la Nueva Guardia.

—Sabía que las técnicas de interrogatorio perfeccionadas darían resultado —dijo otro soldado, esta vez una mujer.

—Las técnicas de interrogatorio extraordinariamente perfeccionadas —terció otra voz entre risas.

Me pegué a la pared. En el piso superior parpadeaba una luz. Para llegar allí tendría que pasar por delante de la puerta. Atisbando la habitación de reojo, aguardé hasta que el soldado me dio la espalda y entonces pasé tan deprisa como pude. Un repiqueteo metálico resonó por el pasillo cuando la hoja de mi espada golpeó la barandilla de la escalera. Noté que me invadía un miedo frío.

—¿Quién anda ahí? —el soldado que estaba pronunciando la charla se asomó por el umbral—. ¿Qué está haciendo aquí? Ningún soldado sin autorización puede entrar en la torre.

Se dirigió a mí en tono autoritario, enfadado.

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—¡Contesta! —me ordenó.

Desesperada, busqué una excusa.

—Lo siento. Me he perdido. Estaba buscando mi habitación.

Asustada, retrocedí hacia la oscuridad, con la cabeza gacha. Eché un vistazo a su rostro y nuestros ojos se encontraron. En aquel instante lo reconocí. El cabello color miel, los ojos verdes y hundidos, los pómulos marcados. Era el guardia que me había salvado la vida durante la invasión del palacio de Buckingham.

—¿Te has perdido en la torre del homenaje?

Me miró con desconfianza. ¿Me habría reconocido él también? En nuestro primer

encuentro, yo iba maquillada y lucía un precioso vestido de gala. En aquel instante tenía el pelo y la cara sucios, e iba ataviada con el uniforme de su ejército. Aquel era el último lugar en el que esperaba verme.

Por lo que él sabía, me habían devorado las llamas en el palacio de Buckingham.

—Sí, es el primer día que paso aquí —balbuceé sin hacer nada por ocultar el miedo que sentía.

Si se daba cuenta de lo asustada que estaba, quizá se tragase el cuento de que era una recluta nueva despistada.

Dio otro paso hacia mí. Yo lo miré a mi vez de hito en hito y cerré los puños para evitar que me temblaran las manos. Tenía un nudo en el estómago. ¿Debía echar a correr? Miré a mis espaldas, intentando calcular la distancia que me separaba del piso inferior. Tal vez pudiera saltar, pero me rompería los tobillos con el impacto, quizás incluso las piernas.

—Esta vez me limitaré a hacerte una advertencia —me dijo enfadado—. No quiero volver a verte donde no te llaman. ¿Me entiendes?

—Sí —asentí al instante.

Volvió a mirarme pensativo, frunciendo el ceño.

—Oficiales —ordenó—, escolten a la nueva recluta de vuelta a su división.

—Sí, sargento Wesley —respondieron los soldados, que ya se dirigían hacia mí.

Di media vuelta escoltada por los guardias.

—Gracias —susurré.

Tenía el rostro envuelto en sombras y solo alcancé a ver un destello de sus ojos verdes. Se quedó a solas en el pasillo, mirándome.

Capítulo 13



—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó Tub. Todo el mundo gimió. En el exterior, la oscuridad era completa; nos habían despertado como mínimo una hora antes de lo habitual—. La última en bajar tendrá que darme su ración —añadió.

De repente, el dormitorio se convirtió en un hervidero de actividad. Todas nos levantamos, nos vestimos a toda prisa y bajamos corriendo al comedor. Yo bajé las escaleras de dos en dos, con las botas todavía desabrochadas.

En cuanto me sirvieron las gachas, comí rápidamente con el cuenco pegado al cuerpo, y protegiéndolo con los brazos, como hacíamos todas. Cuando terminé, seguía notando calambres de hambre en el estómago. Ya llevaba en el ejército unas cuantas semanas. Los entrenamientos duraban desde el alba hasta el ocaso, todos y cada uno de los días. Luego teníamos tareas asignadas, que en mi caso implicaban limpiar los platos con las chicas de mi habitación. La actividad constante apenas me dejaba tiempo para pensar en Hollister y menos aún para ponerme a buscarlo. Ni siquiera estaba segura de que estuviese allí. Acababa la jornada tan agotada y con el cuerpo tan dolorido del ejercicio que me vencía un sueño profundo. Todas las noches, mis últimos pensamientos eran para mis hermanos. Me preguntaba dónde estarían enterrados, si los habrían enviado a uno de esos campos de exterminio en los que, según se contaba, obligaban a los prisioneros a cavar su propia tumba.

Justo cuando estaba apurando los últimos tragos de té aguado reapareció Tub y nos ordenó salir. Nos llevó a la entrada del bosque, donde nos reunimos con los chicos. Los árboles seguían allí, pero carbonizados o podridos. No eran sino esqueletos, ramas desnudas y corteza hueca.

En la penumbra que precede al alba, aguardamos a que Portia, Tub y June nos tendieran un sevil de titanio a cada una (la munición era demasiado valiosa como para que nos dejaran usar armas de fuego) y una taza de hojalata por si encontrábamos agua potable.

—A las que salís de caza por primera vez —anunció Portia, que disfrutaba como nadie de su papel de líder— os recordaré lo siguiente: este ejército es numeroso y necesita comida. Tenéis la misión de obtenerla.

Se interrumpió un instante para mirar a los soldados reunidos y descansó la mirada en mí un instante de más.

—Si volvéis con las manos vacías, os duplicaremos las tareas. La recluta nueva que más cace subirá de rango —se interrumpió para que asimilásemos sus palabras—. Toda aquella que robe las armas o las piezas de sus compañeras será castigada. Esa es la regla más importante: cada cual caza para sí. Nada de compartir, canjear o sobornar. ¿Está claro?

Todas asentimos. Vi que el sargento Wesley se movía por la división masculina con una jarra de agua fresca. La servía en las tazas y les recomendaba que se la bebieran toda. Agaché la cabeza.

—Para terminar —prosiguió Portia—, os daré unos cuantos consejos que aumentarán vuestras probabilidades de supervivencia. No debéis temer a ningún animal salvo a las serpientes de pantano, de modo que si evitáis las zonas pantanosas, no os pasará nada. Casi todos los osos se han muerto de hambre. El único peligro real son los Merodeadores.

Las chicas ahogaron un grito.

—Tranquilas —intervino Tub entre risas—. No se han comido a nadie... todavía.

—Nos encontraremos aquí al ocaso —continuó Portia sin inmutarse—. Buena suerte.

Uno a uno, procedió a leer los nombres de las nuevas reclutas, que debían meter la mano en una bolsa de tela para ir sacando pedazos de papel numerados. El número indicaba la cantidad de pasos que debías alejarte del grupo antes de empezar a cazar. A mí me tocó el 574.

Me metí el número en el bolsillo y me quedé mirando la foresta, preguntándome si 574 pasos me llevarían muy lejos. Vashti me apretó la mano y susurró:

—Buena suerte.

Riéndose por lo bajo, Tub empezó a contar los números muy despacio y a viva voz. Me quedé mirando el suelo fangoso y luego volví la vista al bosque. Todo era igual en kilómetros y kilómetros a la redonda: troncos podridos y desnudos, con la corteza demasiado húmeda como para arder. Eché un último vistazo por encima del hombro y vi que el sargento Wesley me miraba. Volví la cabeza con ademán altivo, las mejillas ardiendo y el semblante impassible mientras echaba a andar por aquel bosque muerto.



Conté los pasos en voz alta mientras caminaba. La voz de Tub se fue perdiendo a lo lejos hasta que solo pude oír el sonido de mis propios pasos y mi respiración. Los árboles tenían un aspecto amenazador con sus ramas retorcidas como brazos extendidos hacia mí. Miré el sevil, sorprendida de lo fino que era y de lo afilado que estaba. Cornelius Hollister lo había inventado, un tipo de espada mortal capaz de cortar incluso el hueso. Me detuve y lo puse de lado como si fuera un espejo. Todo cuanto se reflejaba en su hoja parecía exento de color. Un cielo gris, árboles grises..., incluso mis ojos parecían grises.

Cuando chapoteaba por el barro y el humus o saltaba las raíces de los árboles que la lluvia había dejado al descubierto, mis botas se adherían al suelo. Había setas por todas partes, pequeñas y blancas, con la caperuza roja. Las acaricé, pensando si

habría algo comestible por allí, pero las setas, como todo cuanto crecía en el bosque, solo podían llevarte a la muerte. Me planteé la posibilidad de coger unas cuantas para envenenar a Hollister con ellas. Sin embargo, decidí no hacerlo. Ni siquiera sabía dónde estaba, y cuando lo encontrase, lo mataría con mis propias manos.

Me detuve a examinar el musgo que crecía sobre la corteza de un árbol, verde esmeralda y suave. Arranqué un trozo y lo masqué despacio. Sabía a tierra y a hierba, pero parecía limpio y supe que no me mataría. Al seguir avanzando, tropecé con algo que sobresalía del mantillo. Cuando me agaché a mirar, descubrí un trozo de tela encajado bajo una piedra. Estaba sucio de barro, pero aún se distinguía el estampado: de cuadros, como el que usábamos en mi casa para las meriendas campestres. Se me nublaron los ojos y me quedé sin aliento. Parpadeando para ahuyentar las lágrimas, me aferré a ese telón de acero que llevaba dentro, decidida a sofocar esa pequeña chispa de mi verdadero yo que amenazaba manifestarse. Aquella vida se había esfumado para siempre, pensé con rabia. Ya no habría más meriendas campestres con manteles de cuadros.

Con todo y con eso, arranqué un trozo de la tela y lo metí en mi bolsa.

Mientras avanzaba junto a un grupo de robles quemados, oí un crujido a mis espaldas. Me detuve en seco. Estaba sacando el sevil despacio, lista para defenderme, cuando una figura siniestra se me acercó. Me di media vuelta a toda prisa y me quedé de piedra.

El sargento Wesley me apuntaba con su pistola.

—Baja el arma —me ordenó despacio.

—La bajaré si usted baja su pistola —lo desafié desde detrás de la hoja. Si la sangre llegaba al río, podría cortarle la yugular antes de que le diese tiempo a disparar.

—No acepto órdenes —respondió, pero enfundó el revólver—. Tu turno.

La mano que lo apuntaba con el sevil me empezó a temblar. ¿Por qué me había seguido? ¿Había descubierto quién era yo y había acudido a matarme? ¿Me había visto en el armario aquella noche?

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunté.

—He venido a ayudarte —repuso él sin alterarse. Su expresión era inescrutable y no sabía si creerle—. Cuesta mucho encontrar algo aquí a menos que sepas dónde buscar.

Titubeé y bajé el arma.

—¿Ha venido a ayudarme? ¿Por qué?

No respondió a mi pregunta.

—Venga, hay que moverse. Con tanto ruido, seguro que hemos ahuyentado a todas las presas de esta zona.

Mientras hablaba, un viento frío agitó los árboles y el cielo se tornó gris. El

sargento Wesley se quedó mirando las nubes negruzcas con el ceño fruncido.

—Huelo a humo —dijo con cautela.

El humo solía indicar que había un campamento de Merodeadores cerca.

Yo olisqueé a mi vez.

—No huele como un incendio —dije, pero tampoco se apreciaba el hedor dulzón de las fogatas de los Merodeadores.

De repente, el viento cesó. El aire se volvió caliente y pesado, como si hubiéramos quedado atrapados en una habitación mal ventilada.

—Oh, Dios mío —exclamó él cuando ambos comprendimos de golpe lo que estaba pasando—. ¡Corre!

Mientras salíamos de allí como una exhalación, un resplandor cegador cayó a tierra desde el firmamento, como si la mano blanca de un esqueleto quisiera prendernos. Y entonces todo estalló a nuestro alrededor.



Estaba tendida contra la base de un árbol, aturdida por la explosión.

Vi al sargento Wesley, que me cogía en brazos y me alzaba sobre sus hombros.

—¡No te desmayes! —me gritó.

Me esforcé por permanecer consciente mientras el cielo centelleaba tiñéndose de rojo y luego de naranja. Una llamarada grande como una casa se precipitó desde el cielo y un ascua giratoria del tamaño de una pelota de béisbol pasó rozándole el brazo izquierdo. El tejido ignífugo se chamuscó y se convirtió en una masa de lava negra que siseó contra su piel. Me dejó caer y se tiró al suelo, donde rodó sobre sí mismo para sofocar el fuego.

Inspiré hondo, consciente de que tendría que echar a correr. Le tendí la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—¡Hay una cueva en esta dirección! —vociferó por encima del rugido del firmamento en llamas.

—¡Deberíamos ir montaña abajo! —grité yo.

—Conozco estos bosques —insistió—. ¡Sígueme!

Ascender bajo una tormenta de fuego iba contra toda lógica, pero me mordí la lengua y lo seguí.

Nos resguardamos en la cueva justo cuando apareció la segunda bola solar, que giró en espiral hacia nosotros. El impacto sacudió la montaña. Yo me acuclillé a la entrada de la gruta, conteniendo el aliento, incapaz de mirar a otra parte una vez que me supe a salvo.

Millones de puntos de luz iluminaron el cielo. Centelleaban y caían a tierra en una lluvia tan densa como el agua. No había visto tanta luz junta desde los Diecisiete Días.

—Es hermoso —musité sobrecogida.

Parecían bengalas. Fuegos artificiales.

—Hermoso pero peligroso —convino Wesley, y posó la mirada en mí más tiempo del necesario.

Las chispas seguían precipitándose sobre el bosque, cada vez más pequeñas y dispersas hasta quedar reducidas al tamaño de la llama de una cerilla.

Guardamos silencio. Yo procuraba no mirar su arma. La mantenía enfundada, pero mi sevil, quemado y retorcido, había quedado totalmente inservible. Si decidía matarme, no podría defenderme.

El cielo se aquietó un instante. Luego, tan repentinamente como había llegado, el fuego se extinguió y comenzó la lluvia. Un chaparrón gris y torrencial que convirtió el bosque carbonizado en una ceniza húmeda. Caían goterones del tamaño de carámbanos que taladraban la tierra.

—Si no fuera por la lluvia, Inglaterra estaría en llamas —comentó el sargento Wesley mientras se quitaba la chaqueta.

Hizo una mueca de dolor cuando retiró la tela de la quemadura en carne viva, allí donde la bola de fuego le había rozado el brazo.

Ahugué un grito.

—Parece doloroso.

—Lo es.

Al recordar la tela de cuadros que había encontrado, la saqué de mi zurrón y la expuse a la fría lluvia.

—¿Puedo?

Me acerqué a él. El sargento Wesley tendió el brazo, pero aferró la pistola con la otra mano. Le vendé la quemadura con el paño húmedo. Él apretó los dientes sin quejarse. Cuando le hice volver el brazo para asegurar la venda, reparé en el tatuaje que llevaba en el antebrazo: la espada y el sevil cruzados de la Nueva Guardia.

Hice el nudo rápidamente, con la mirada gacha.

—Gracias —dijo.

—De nada —me apresuré a responder—. Usted también me ha ayudado.

Nos quedamos mirando la lluvia, de nuevo en silencio. Cuando mudó en una fina llovizna, abandonamos el refugio de la cueva. Wesley echó a andar entre los árboles caídos. El aire olía a lluvia sobre madera quemada.

—Cuidado —me advirtió mientras pasábamos de lado junto a un precipicio.

—Tranquilo, no pasa nada —repuse, aunque mirar abajo me mareaba.

—Ven —dijo tendiéndome la mano.

Acepté la ayuda de mala gana. Cerró sus dedos en torno a los míos y me guio con cuidado, sin soltarme durante todo aquel descenso precario.

Cuando dejamos el barranco atrás, aflojó la mano y yo dejé caer la mía a un

costado. Un cuervo echó a volar por el gris y solitario cielo. Era el primer animal que veía en todo el día. Contemplamos el perezoso vuelo del pájaro, que planeaba en círculos por encima de las ramas más altas de un árbol. El sargento Wesley sacó la pistola y apuntó, pero en vez de disparar, volvió a bajar el arma.

—¿Por qué no lo ha matado? —pregunté.

—Está sobrevolando el nido —musitó—. Les lleva comida a sus polluelos —lo miré sorprendida—. Hay que dejar que críen algunos pájaros si queremos tener más alimento algún día. Ya encontraremos otra cosa.

Seguimos andando colina abajo a la luz gris del mediodía. Era sorprendente la rapidez con la que la bola de sol había aparecido para luego extinguirse poco después. Me pregunté si habría atrapado a algún soldado y qué habría sido de mí de haber estado sola.

De repente, el sargento me cogió del brazo y se llevó un dedo a los labios. Agucé los oídos y lo escuché también: el roce de unos pasos ligeros que se movían por detrás de los árboles. Me protegió con su cuerpo y sacó la pistola, presto a disparar.

Un zorro apareció por detrás de unas matas, seguido de su cachorro. Elegantes y silenciosos, nos miraban con una mezcla de curiosidad y miedo. En cierta ocasión, paseando a solas por los bosques de Escocia, un zorro me había seguido entre los arbustos. Quedaban tan pocos que lo consideré una pequeña señal de buena suerte.

El sargento Wesley se volvió hacia mí.

—No había visto un zorro desde que tenía seis o siete años.

Negué con la cabeza.

—Yo pensaba que estaban todos muertos.

—Quizá solo se escondían.

—Es probable que la bola solar los haya hecho huir de sus madrigueras —asentí.

Dejó la pistola en el suelo y se arrodilló con la palma de la mano extendida mientras les murmuraba que no tuvieran miedo.

Yo me arrodillé a su lado. Todavía llevaba en la bolsa el tentempié que me habían dado por la mañana. Arranqué un trozo de patata y lo deposité en el suelo, como una ofrenda de paz.

La madre se acercó despacio seguida por su cachorro, que caminaba junto a ella. Se detuvieron a menos de un metro y nos observaron con cautela.

—No pasa nada —dije con suavidad, y empujé la patata hacia ellos.

Debían de estar famélicos, porque la devoraron de inmediato. Cuando hubieron terminado, se aproximaron aún más con movimientos lentos y silenciosos.

Tendí la mano y toqué la cabeza de la cría. Ella cabeceó. Luego me olisqueó la palma. Me reí y le acaricié el pelaje recio y rojizo, entre las orejas. El zorrillo torció la cabeza a un lado como un gato, disfrutando del contacto.

Miré al sargento Wesley, atónita por que se hubieran acercado tanto, por que

hubieran comido de nuestra mano tan tranquilos. Por primera vez desde la muerte de mi padre, albergué algo parecido a la esperanza.

En aquel instante un destello surcó el aire. La madre, inmóvil, me miró con los ojos abiertos de par en par. Antes de que me diera tiempo a reaccionar, una segunda flecha derribó a la cría, que cayó muerta junto al cuerpo de su madre.

—¡Justo en el blanco!

De pie tras un árbol podrido, Portia bajó su arma.



Portia caminó hacia nosotros arco en mano, sonriendo.

—Lamento haber interrumpido vuestro pequeño paseo por la naturaleza, pero es que siempre he querido una estola de zorro.

Me quedé mirando los cadáveres de los animales. Tenían los ojos vidriosos, las flechas plateadas clavadas en sus pequeños cuerpos. Hacía solo un momento estaban vivos, formaban parte de este mundo.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó el sargento Wesley, enfadado.

—Supervivencia del más apto —Portia arrancó las flechas de los animales muertos. Luego se limpió la sangre en sus pantalones de montar, exhalando un suspiro al mismo tiempo—. La cría no me dará para una estola, pero no podía dejarla viva, ¿verdad? ¿Qué hijo quiere seguir vivo cuando su madre ha muerto?

El sargento Wesley se quedó mirándola con los ojos entornados, furioso.

—Eso no era necesario, Portia.

—Nada es necesario —se rio ella—. Y, por cierto, ¿qué haces con mi nueva recluta?

Se volvió hacia mí y levantó el arco en un solo movimiento, tan súbito que de repente vi su flecha apuntando al centro de mi frente. Contuve el aliento, petrificada.

—En cuanto a ti, recién llegada, te dije que no te metieras en líos —clavé los ojos en su dura mirada y ella dejó pasar unos instantes para acobardarme—. Quizá debería ahorrarnos problemas a ambas y dispararte aquí mismo. El típico accidente de caza.

—Ya basta —le espetó el sargento Wesley—. No digas tonterías.

Con un resoplido que le alborotó el flequillo, Portia bajó el arco.

—Tranquilo, Wes. Antes tenías sentido del humor.

—Además, ¿qué haces aquí? ¿Me estabas siguiendo? —el sargento apretó los labios.

Ella aguardó un momento antes de esbozar una sonrisa que dejó al descubierto su dentadura blanca y perfecta.

—No seas tan engreído. No te estaba siguiendo a ti, sino a los zorros.

—Muy bien, pues —repuso él, enfadado—, si no te importa llevarte tus cadáveres contigo...

Portia cogió los zorros muertos por las colas, los dejó caer en su zurrón y se lo echó al hombro.

—Te veo en la habitación, Polly.

Pronunció mi nombre con sorna antes de volverse a mirarme una última vez.

El sargento Wesley la siguió con la vista hasta que su figura se perdió entre los bosques.

Se levantó el viento, que hizo revolotear las cenizas como fantasmas oscuros; luego cesó. El firmamento tenía un color plomizo, como el metal de un arma.

Él habló por fin.

—Siento lo de Portia —se disculpó—. No siempre ha sido así. Antes era... —se interrumpió como buscando la palabra adecuada— distinta.

—Parece que la conoce desde hace mucho —respondí con cautela.

—Sí, hace mucho. Y no pierdo la esperanza de recuperar a la antigua Portia.

Conocía la sensación. El deseo, la espera.

—Le entiendo.

Me miró como si me animara a continuar.

—Era mi hermano. Estaba... enfermo —proseguí sin entrar en detalles—. Yo me aferraba a la esperanza de que mejorase. Aunque sabía que su enfermedad no tenía cura, seguía esperando.

Recordé la certeza que albergaba de que algún día Jamie podría correr y jugar como un niño normal.

El sargento Wesley alzó la vista de repente con expresión apurada. Abrió la boca como para hablar, luego la cerró.

—¿Qué? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Nada. Se hace tarde. Deberíamos volver.

Rápidamente me guio a través del bosque por un sendero que yo jamás habría encontrado. Había oscurecido casi por completo cuando vimos las llamas de una fogata elevarse entre los árboles y oímos el humo transportado por el aire.

—Toma —me tendió una paloma que había matado en el camino de vuelta—. Recuerda las reglas.

—Gracias, sargento.

—Por favor —me pidió—, llámame Wesley. De nada. Será mejor que sigas sola a partir de aquí.

Se dio media vuelta y yo trastabillé hasta el campamento, donde Tub inspeccionaba las presas que llevaban las reclutas. Yo le mostré la paloma que Wesley me había dado. Cuando me vieron, las otras chicas guardaron silencio. Tub

miró a Portia y luego a mí.

—¿Has cazado una paloma? —preguntó Portia con los ojos entornados. Asentí—. ¿O la ha cazado Wesley en tu lugar? —añadió con una sonrisa sarcástica.

—Mira, cógela —dije derrotada, y le lancé el ave muerta. Ella la cogió al vuelo con expresión sorprendida—. Te la puedes quedar. No tengo hambre.



Aquella noche, en la habitación de las chicas, me quedé mirando mi cama. Habían dejado allí los cadáveres de los zorros. La sangre de las heridas empapaba la manta verde oscuro.

—Un regalito.

Una voz a mi espalda rompió el silencio. Cuando me di la vuelta, Portia y Tub salieron de entre las sombras.

—¿Sabes coser? —me preguntó la sargento con su sonrisilla burlona—. Estoy buscando a alguien que me haga mi estola de zorro.

—Y una chaqueta para mí —añadió Tub. Me llevé la mano a la boca, a punto de vomitar. La madre y su cachorro muertos yacían en mi cama, hediondos, con pequeñas moscas negras en las orejas y los ojos.

Tiré los cadáveres, pero el olor a muerte persistió y me acompañó toda la noche.



Desde el camión que se alejaba del palacio por la carretera desierta, me quedé mirando los campos. Nos habían dicho que íbamos a saquear un pueblo llamado Mulberry. Yo no hice preguntas. A esas alturas, había aprendido la lección. Habían pasado tres días desde que Portia dejara los zorros muertos en mi cama y desde entonces había procurado cruzarme con ella lo menos posible. El mantra que había inventado aquella primera noche en el campamento me era más útil que nunca. *Tranquila. No hagas preguntas. Ten paciencia.* Con todo y con eso, notaba su mirada fija en mí día y noche.

A la luz de la luna que brillaba en el firmamento, vi unos edificios sin ventanas rodeados de altas alambradas. Me volví hacia el soldado que estaba a mi lado. Tenía los ojos castaños y no debía de pasar de los quince años.

—¿Sabes para qué se usan esos edificios? —le pregunté en voz baja.

El chico escudriñó en la oscuridad.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Nunca los había visto.

Junto a cada edificio habían excavado una trinchera y después la habían rellenado de tierra. Pegué la cara al cristal. Sobresaliendo de la tierra me pareció ver una mano humana.

Apoyé la frente en las rodillas, mareada por el miedo. Debía de ser allí donde enterraban los cadáveres de los prisioneros. ¿Habrían arrojado los cuerpos de mis hermanos a aquel montón de arena sucia? ¿Sería aquella la mano de Mary o de Jamie?

Los pesados camiones circularon por destartaladas autopistas a lo largo de muchos kilómetros y luego se desviaron por carreteras secundarias flanqueadas de hierbajos. Por fin frenaron tan de golpe que nos precipitamos hacia delante.

Estábamos ante una casa pintada de blanco cuyo tejado de chamiza parecía una gorra marrón. Las luces de las velas titilaban al otro lado de las ventanas. Por un camino de guijarros, bajo la pérgola del jardín delantero, se accedía a una entrada en forma de arco. Atisé una pequeña tarima y un estanque. Al ver el buzón rojo de la

puerta, comprendí dónde nos encontrábamos.

El sargento Fax nos obligó a bajar de los camiones y nos ordenó a gritos que enfiláramos el sendero del jardín. Abrió de una patada la puerta de la casa, que rebotó contra la pared, y nos hizo entrar.

Forcé a mis pies, izquierda, derecha, a cruzar el umbral de la casa de las dos mujeres que me habían criado. Nada más entrar, noté el aroma a té, tostadas y pudin de tapioca. Me recordó a mi infancia. Accedimos a una salita acogedora, donde dos ancianas descansaban ante un pequeño hogar encendido. Un gato gris alzó la vista desde el brazo de una butaca.

Aunque llevaba años sin verlas, reconocí a Nora y a Rita al instante. Ellas no podían identificarme así disfrazada, con el uniforme de la Nueva Guardia y aquella expresión entre rabiosa y angustiada. Tenía el corazón en un puño. En otro tiempo, aquellas damas me habían bañado, me habían dado de comer, me habían narrado cuentos junto a la cama. Y allí estaba yo, con el arma en ristre.

Parecieron confusas cuando alzaron la vista de los libros que tenían abiertos en el regazo.

—Hemos venido a buscar la corona real —bramó el sargento Fax con el cuello hinchado—. Sabemos que está escondida aquí.

El cuchillo resbaló de mi mano apenas unos milímetros mientras discurría a toda prisa. ¿De verdad la corona real estaba allí? Y de ser así, ¿quién le había proporcionado la información a la Nueva Guardia? La única persona que podía saberlo era Mary, y ella jamás habría puesto en peligro a Nora y a Rita. A no ser que no hubiera tenido elección. Me di la vuelta, sin poder soportar la idea de que mis hermanos estuvieran vivos pero sometidos a horribles torturas.

Para sorpresa de todos, Rita sonrió al sargento Fax y luego a los soldados que se habían distribuido por la salita. Llevaba un jersey y una rebeca de color lavanda con unos pantalones a juego. Vi un bastón de madera tallada apoyado en el sofá, fotografías de amigos y familiares colgadas en las paredes. Reconocí una en la que aparecíamos Mary y yo merendando junto al estanque de Hyde Park.

Retrocedí un paso por detrás de la fila de soldados para reducir las posibilidades de que me reconocieran. Agaché la cabeza y clavé la vista en la alfombrilla ovalada tejida a mano.

—Lo siento mucho, señor, pero no puedo darle la corona de Windsor —respondió Rita con tranquilidad—. No la tengo, y aunque la tuviera, no soy quién para entregarla.

—Me parece que no me ha oído —repitió el sargento, que arrojaba las palabras como ladrillos—. Le he ordenado que me la entregue.

Rita sonrió con serenidad y se puso en pie con las manos entrelazadas ante sí. Nora la miró con expresión inquieta.

—Tal vez sea usted quien no ha entendido mi respuesta. He dicho que lo siento mucho pero que no puedo entregarle la corona. En cambio, sí puedo ofrecerle una taza de té, y da la casualidad de que acabo de sacar del horno una bandeja de pastas con queso Cheddar.

Un rumor de risas ahogadas se extendió por el cuarto. Incluso Wesley, de pie junto a la puerta, hacía esfuerzos por no sonreír.

Se escuchó un tiro, seguido de un grito. El sargento Fax había disparado al gato que dormitaba en la butaca de Nora. La sangre salpicó la cara y las manos de la mujer. Se me revolvió el estómago.

—¡Basta de cháchara! ¡Entréguenme las joyas o correrán la misma suerte que el gato!

Nora se echó a temblar violentamente. Sin pararme a pensar, me abrí paso para ayudarla, pero Wesley me cogió por la muñeca para detenerme.

—No te muevas —me ordenó con su tono de sargento.

Respiré hondo por la boca para tranquilizarme.

Rita le devolvió la mirada al sargento Fax. Tras ella, el fuego del hogar ardía en silencio.

Nora alzó la vista hacia su amiga. Su rostro había perdido el color y las lágrimas le caían por las mejillas.

—Por favor, Rita, entrégales la corona —suplicó con voz queda.

Parecía incapaz de moverse. Seguía sentada en la butaca mientras el gato se desangraba a su lado.

Sin pronunciar palabra, Rita hizo lo que le pedía la otra. Se dirigió al dormitorio como en trance. Allí, a juzgar por el ruido, abrió una caja fuerte. Cuando regresó, llevaba en las manos una caja de madera tallada con una cerradura de plata. Me entraron ganas de echarme a reír. El símbolo de la monarquía británica estaba escondido en una casa de campo protegido tan solo por dos ancianas. Me pregunté si mi padre, imaginando que a nadie se le ocurriría buscarlas allí, había decidido ocultar las joyas al comprender cuán poderoso se estaba volviendo Cornelius Hollister.

El sargento Fax arrancó la caja de las manos de la mujer, cogió la llave y la abrió. Tras inspeccionar los compartimentos del interior, sacó la pieza principal del tesoro, la corona de los Windsor que Hollister necesitaba para proclamarse rey.

Aunque primero tendría que eliminar a la línea de sucesión.

Fax levantó el arma y apuntó a la cabeza de Nora. Ella cerró los ojos.

—Adiós, Rita —susurró. Tenía la piel de los párpados tan fina y arrugada como el papel de seda.

Me imaginé a mí misma sacando el cuchillo del cinturón y rajando el grueso cuello del sargento Fax. Cuando yaciera agonizando, le diría que su jefe, Cornelius Hollister, jamás llegaría a lucir la corona porque no le pertenecía.

—¡Deténgase! —ordenó firmemente una voz.

El sargento Fax volvió la cabeza. Wesley se abrió paso a duras penas entre el pelotón de soldados. El otro bajó el arma y lo miró.

—No malgaste la munición con ellas. Ya tenemos lo que hemos venido a buscar.

Tras un silencio largo y tenso, el sargento Fax asintió. Los soldados se dieron media vuelta para salir en formación, con Wesley en cabeza.

Las tropas cruzaban la puerta y avanzaban con paso firme por el sendero de grava. Yo me disponía a seguir a la fila cuando alguien me cogió por el hombro.

El sargento Fax señaló con un gesto una pintura al óleo que representaba unos bosques frondosos y una catarata.

—Coja ese cuadro de la pared.

—¿Yo? —pregunté estupefacta.

—¡Sí, usted!

Tenía tan cerca su cara encarnada que una gota de saliva me salpicó en la mejilla. Hice una mueca de asco.

—Sí, señor —respondí haciendo el saludo militar.

Me volví hacia la pintura. Observé a Nora de reojo, que seguía sentada en su butaca. Se hubiera dicho que estaba petrificada, convertida en estatua de mármol.

Noté sus ojos fijos en mí cuando crucé la salita hasta la pared de detrás del sofá. Los tonos verdes y azules del cuadro se concretaron, y comprendí que tenía delante una reproducción de la cascada y los antiguos bosques de Escocia donde mi hermana y yo habíamos aprendido a saltar al agua. Las imágenes parecieron cobrar vida mientras las miraba; noté la brisa, aspiré la fragancia de la hierba, oí el rugido del agua e incluso nuestros propios gritos alborozados cuando saltábamos desde el acantilado.

—¡Es para hoy! —me gritó el sargento Fax.

Cogí el marco y lo descolgué mientras otros soldados saqueaban todo aquello que podían transportar: la mesa, las sillas, los platos.

Al darme la vuelta, vi que Nora me observaba con curiosidad, como si mi cara le sonara de algo pero no me supiera ubicar.

—Lo siento —murmuré, y eché un vistazo al sargento Fax para asegurarme de que no me había oído. Luego me marché.

En el interior del camión, los soldados descorcharon las botellas de licor que acababan de robar. Entonaron el himno de la Nueva Guardia y se dedicaron a recordar los momentos estelares de aquel ataque y de otros cometidos en el pasado, mientras se pasaban las botellas y brindaban, como si robarles sus bienes a dos ancianas indefensas fuera una hazaña memorable. Rechacé el whisky que me ofrecían y miré atrás por última vez. La casita, con aquel hilillo de humo que salía por la chimenea, parecía sacada de un libro ilustrado infantil.

Me clavé las uñas en la palma de la mano, solo para recordarme a mí misma que todavía era capaz de sentir algo. Había hecho sufrir a las viejecitas más dulces del mundo, a dos mujeres que nos habían ofrecido a mis hermanos y a mí el cariño de una madre cuando la nuestra murió.

El camión traqueteó por caminos de tierra y luego por carreteras asfaltadas. La luna brillaba pálida en el firmamento, las estrellas, desvaídas. Kilómetros y kilómetros de campos se extendían ante nosotros como el mar. Me sentía vacía por dentro, incapaz incluso de llorar.

Un ruido por encima de mí me sacó de mi estupor. Cuando alcé la vista, vi que Wesley se deslizaba en el asiento vacío que había junto al mío.

—Polly —me dijo en un tono irritado.

—¿Qué quiere? —le pregunté, enfadada.

Desvié la vista para que no advirtiera que estaba llorando.

—Lo de esta noche no puede repetirse. ¿No sabes lo peligroso que es desobedecer a un oficial?

Escuché mi propio hipido y noté el aire nocturno, frío y húmedo, en los pulmones. ¿Qué sentido tenía echarse a llorar después de todo lo que había pasado? Se me saltaban las lágrimas, pero apreté los puños y contuve el aliento mientras me recordaba a mí misma lo mucho que odiaba a todos los integrantes de la Nueva Guardia.

—No puedo creer lo que les han hecho a... —reparé en el lapsus justo antes de pronunciar los nombres—. ¿Quién se ha creído que es el sargento Fax para tratar así a unas ancianas, matar a su gato y llevarse sus pertenencias?

Temblaba de la indignación.

Wesley miró a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba nuestra conversación. Me rodeó los hombros con el brazo intentando tranquilizarme.

—Polly, una sola metedura de pata y estás perdida, ¿no te das cuenta? Estoy intentando ayudarte —susurró mientras los camiones se detenían.

Nos apeamos ante la verja del palacio, donde Portia, Tub y unos cuantos oficiales más aguardaban para descargar los objetos de valor que habíamos robado. Wesley los saludó con un gesto de la cabeza y luego echó a andar hacia su escuadrón para acompañarlo al barracón. Portia, sin embargo, se quedó donde estaba, taladrándome con su mirada fija. De la misma manera que un búho, quieto como una estatua, miraría a su presa desde una rama.



Cuando entré en el dormitorio, supe al instante que algo iba mal. Todas las chicas, con excepción de Vashti, estaban sentadas en corro, pero no se veían cartas. Noté una extraña tensión en el ambiente.

—No sé qué pensar de ti —empezó a decir Portia despacio, como saboreando la dulzura de cada palabra—. No has empezado a coser mi estola de zorro... y no creo que sepas coser siquiera. Jamás en tu vida has hecho tareas domésticas. Igual hablas con acento escocés que con el tonillo de una niña bien londinense.

Esto último lo dijo en un tono agudo y nasal, imitando mi voz, y se oyó una carcajada general. Cuando siguió hablando, bajó la voz una octava.

—En serio, no sé qué ve el sargento Wesley en ti. Ha ido detrás de las reclutas nuevas otras veces, pero nunca como ahora.

La escuché sin pestañear siquiera. No me atrevía a cambiar el peso de pierna, ni a apartar la vista. Tenía el corazón a punto de estallar.

Tub se colocó junto a Portia.

—¿Eres una espía de la resistencia?

La sargento puso los ojos en blanco y se acercó más a mí. Me cogió la cara por la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos.

—Dudo mucho que tenga luces suficientes como para ser una espía. Solo es una niña tonta, incapaz de seguir la más sencilla de las instrucciones.

De nuevo, todas se echaron a reír. Se aproximó aún más y me apretó la barbilla con fuerza mientras me susurraba al oído, tan cerca que nadie la oyó sino yo.

—Dime qué haces aquí.

—He venido a combatir al lado de la Nueva Guardia —repuse en voz alta.

—¿De verdad? Y entonces ¿por qué vacilaste cuando tuviste que matar a aquel soldado de la resistencia, en la noche de exterminio? ¿Acaso estás de su lado o solo eres una cobarde?

—He venido a combatir al lado de la Nueva Guardia —repetí sin inmutarme.

Portia dejó caer la mano.

—Pues demuéstralo.

Retrocedí un paso.

—¿Qué?

—¡Demuéstralo!

Portia se levantó la manga derecha. En la cara interior del antebrazo llevaba tatuados el sevil y la espada cruzados.

Sin darme tiempo a reaccionar, Tub y June me apresaron. June me hundió la rodilla en la espalda mientras Portia, a su lado, me cogía las muñecas con una mano y me las ataba con fuerza.

A empujones, me llevaron a los lavabos. Se me saltaron las lágrimas cuando la sargento cogió unas tijeras largas de un estante.

Me agarró por la nuca. Yo procuré no gritar; no quería darle ese gusto. Noté el frío del metal contra el cuero cabelludo y oí los chasquidos antes de ver los mechones de mi propia melena cayendo a las baldosas del baño, alrededor de mis rodillas.

Portia me obligó a levantarme y me puso frente al espejo.

—¿Qué te parece?

Me habían rapado tan a conciencia que la piel de la cabeza asomaba a través del pelo.

Muertas de risa, con la cara roja, Tub y June se sujetaban la barriga.

—Me parece que el sargento Wesley no coqueteará más contigo —se mofó Portia.

Cuando me miré al espejo, lo que más me chocó no fue aquel pelo tan corto y desigual, sino la expresión de desamparo que tenían mis ojos. Me había convertido en una sombra de mi antiguo yo.

—Me encanta —dije volviéndome hacia Portia y las demás—. Me hacía falta un corte de pelo.

Aquel sarcasmo solo sirvió para enfurecer a la sargento aún más. Roja de rabia, arrugó su preciosa cara.

—Todavía no he acabado —escupió—. June, sujétala.

Me empujaron al suelo con tanta fuerza que me golpeé la cabeza contra el mármol. June me aprisionó los hombros y Tub se sentó sobre mis piernas; su enorme peso me impidió moverme. Pateé y me retorcí con todas mis fuerzas, pero June sacó su sevil y lo sostuvo contra mi pecho, de tal modo que si me movía un solo milímetro, la hoja me cortaría la piel. Con las manos pegadas a los costados, apreté los puños.

De reojo vi a Portia de pie junto al hornillo de carbón de la caldera. Enderezó el gancho de una percha y lo colocó bajo los carbones.

—Por favor, soltadme —supliqué. Me horrorizó el tono desesperado de mi propia voz, pero no podía evitarlo—. Por favor, dejadme ir.

—¡Sujetadla! —gritó Portia.

Miraba los carbones al rojo con una avidez aterradora, las llamas reflejadas en las negras pupilas de sus ojos. Sonrió encantada.

Los ojos no, recé. Por favor, que no me dejen ciega.

Sacó el metal incandescente de entre los carbones y lo sostuvo delante de mi cara.

—Que no se mueva —ordenó—. Si me equivoco, tendré que volver a empezar.

Portia se arrodilló a mi lado con el alambre al rojo en la mano.

Primero noté el calor, como cuando pones el dedo sobre una llama. Luego, cuando apretó el metal contra mi mejilla, noté la horrible quemazón en la piel. Di un respingo, me retorcí para liberarme, pero solo conseguí que Tub volviera a golpearme la cabeza contra el suelo. El dolor se extendía por todo mi cuerpo, más espantoso que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Oí unos chillidos; debían de ser míos. La habitación se tiñó de rojo y luego se oscureció. Lo último que escuché fueron las risotadas de las chicas.



El dolor me despertó.

Me encogí al notar algo parecido a unas agujas calientes que me penetraran la piel de la mejilla. Volví la cabeza para apoyar la cara contra el mármol, pero el frío apenas me alivió. Temblorosa, inspiré profundamente varias veces, sin atreverme a abrir los ojos. Casi sin fuerzas, me incorporé y me apoyé en el lavamanos.

Bajo mi ojo derecho, las llagas dibujaban la tosca figura de un sevil y una espada cruzados.

Me habían marcado a fuego el símbolo de la Nueva Guardia.

Toqué la herida en carne viva y ahogué un grito de dolor.

Ni aun estando a solas en el cuarto de baño iba a darle a Portia ese gusto. No le mostraría el punto débil que tanto buscaba en mí.

Cogida a la pila, recuperé el equilibrio. Tenía que marcharme, aquella misma noche. Si me quedaba allí más tiempo, si seguía adelante con aquella misión desesperada, me matarían. Intenté abrir la puerta, pero no pude.

Me habían encerrado.

Inspiré varias veces para no ceder al pánico, y miré a mi alrededor buscando una salida. No sabía bien cuánto tiempo llevaba inconsciente, pero estaba segura de que Portia acabaría por volver. En la pared sur había un ventanuco redondo tras el cual se veían las copas de los árboles y la noche cerrada. El cristal era grueso y tenía una malla de metal incrustada. Por si fuera poco, el baño estaba en un tercer piso. Si saltaba, tendría suerte si sobrevivía a la caída.

Levanté el caldero del infiernillo con dificultad y lo estampé contra el cristal. Sin aliento, me encogí cuando el fuerte choque resonó por el baño. Al ver que no acudía nadie, golpeé el cristal una y otra vez hasta que solo quedó la malla metálica.

La fui arrancando con las manos, y cuando conseguí un agujero lo bastante grande como para pasar, salí por la ventana. En el alféizar, aferrada a la moldura de piedra con los dedos ensangrentados, comprobé la distancia que me separaba del suelo. No soplaba el viento y la negrura de la noche se desplegaba en el cielo como

un charco de tinta, sin una sola estrella en el firmamento. La única luz visible procedía de una fila de antorchas que se movían bajo la ventana; soldados de patrulla. Me eché hacia atrás para ocultarme entre las sombras, mareada por el dolor y el miedo.

Oí un goteo a mi izquierda. Al buscar qué lo producía, distinguí el brillo de una tubería de cobre bajo una gruesa enredadera. Habían instalado aquellas cañerías hacía poco para recoger el agua potable de la lluvia que caía del tejado. No creía que fuese lo bastante fuerte como para soportar mi peso, pero tendría que intentarlo. Me incliné cuanto pude, pero las enredaderas quedaban fuera de mi alcance.

Inspiré hondo e intenté calcular la distancia. De repente, se me resbalaron los dedos y caí de la repisa.

Sin hacer caso de lo mucho que me dolían las manos, sembradas aún de trozos de cristal y de malla, me cogí a las enredaderas para evitar la caída. Apoyé los pies contra la pared, buscando un punto de apoyo. Por fin encontré un hueco entre las piedras y las gruesas hiedras. Me aferré, haciendo verdaderos esfuerzos por no gritar de dolor.

Así, centímetro a centímetro, fui bajando por la cañería como si fuera una barra de bomberos hasta llegar al suelo al fin.

Pegada a la pared del palacio, miré en ambas direcciones. La alambrada se erguía a unos tres metros de donde yo estaba. Me haría daño si saltaba por encima del alambre de espinos, pero tampoco cabía por la parte inferior. Tendría que dirigirme a los bosques. Me até los cordones de las botas y eché a correr hacia la oscuridad impenetrable de los árboles secos.

Casi había cruzado el terreno que me separaba del lindero cuando una figura se materializó ante mí y me derribó.

—¡Las manos a la espalda! —gritó una voz ronca de hombre.

Me pisó el cuello, haciendo que la carne tierna de la herida rozara contra la tierra. Un segundo soldado provisto de una antorcha se acercó y me ató las manos. Hice un gesto de dolor al notar la cuerda, pero me aseguré de no decir esta boca es mía.

El primer soldado, un sargento, me empujó de mala manera para que me diera la vuelta.

—¿Cómo te llamas? —me espetó.

—Es una fugitiva —dijo el guardia joven mientras me retorció las muñecas con crueldad.

Guardé silencio.

—Levántate —ordenó el sargento.

Me obligó a incorporarme y me empujó hacia delante.

Azuzándome con los seviles, me forzaron a avanzar por los jardines del palacio hasta el inhóspito terreno que llevaba a los campos de exterminio. Aquellos sonidos

que tanto me habían horrorizado —los gritos de agonía, el tintineo de las cadenas— aumentaban de volumen conforme nos aproximábamos. Cuando llegamos a la puerta, vi una larga fila de gente con grilletes en los tobillos que entraba en el campamento arrastrando los pies. Un soldado les iba entregando una pala a cada uno.

¿Por qué no emplean las palas como armas?, pensé. Sin embargo, aquellos prisioneros eran puro pellejo.

Derrotados, remolcaban las palas tras de sí. No les quedaban fuerzas para luchar.

—¡Cavad! —gritó un soldado.

Caminando por detrás de la fila, golpeaba a los más lentos con la hoja plana del sevil. El sonido del metal contra los cráneos resonaba en la noche. Horrorizada, vi que el soldado ponía en fila a los prisioneros y les disparaba en la cabeza, uno detrás de otro. Cayeron en las fosas como piezas de dominó.

Al comprender lo que ocurría, me llevé la mano a la boca. Aquellos hombres acababan de cavar sus propias tumbas. Si cruzaba aquella entrada, nunca volvería a salir.

Un soldado de guardia vigilaba la puerta del campo de exterminio. Parpadeé deslumbrada por la luz de una linterna de carbón. Estaba segura de que la vista me engañaba. Era Wesley. Me miró a los ojos y enseguida los desvió.

—Barth y Harbor —les dijo a mis acompañantes—, ¿no os tocaba guardia en la puerta principal?

—Traemos a una fugitiva —repuso el sargento Barth.

—Yo me ocuparé de ella —ordenó sin mirarme siquiera—. Vuelvan a sus puestos.

—Señor.

Los soldados lo saludaron al modo militar y salieron corriendo hacia el palacio.

Cuando se fueron, me soltó los hombros y me obligó a mirarlo. Yo no alcé la vista, pero sus ojos me taladraban como el alambre de la percha. Jamás en mi vida me había sentido tan avergonzada... de mi aspecto, de las decisiones que había tomado, de lo tonta que había sido al pensar que podía presentarme allí y matar a Cornelius Hollister como si nada. Lo único que había conseguido era su marca grabada a fuego en la piel.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó con suavidad—. ¿Ha sido Portia?

Yo no contesté. Se me saltaron las lágrimas.

—Camina deprisa y no digas nada —ordenó Wesley mientras me empujaba para que avanzara.

La alambrada del campo de exterminio se recortaba abrupta contra la luz de la luna. Me detuve y me di la vuelta para encararlo.

—¿Cómo te puedes mirar al espejo, colaborando con este ejército? —le pregunté con voz temblorosa, mirándolo a los ojos—. Si vas a matarme, hazlo ya.

Él me obligó a seguir caminando.

—¿No me has oído? —siseó—. Te he dicho que no hables. Continúa andando.

Los rayos de luna se reflejaron en sus angulosos pómulos e iluminaron las cuencas oscuras de sus ojos.

Habíamos dejado atrás el campamento y avanzábamos entre las sombras hacia un edificio de hormigón sin ventanas.

—¿Adónde me llevas? —pregunté con los dientes apretados.

Se detuvo y procedió a desatar las cuerdas que me sujetaban las muñecas.

—¿No me llevas al campo? —no entendía nada.

Se sacó una segunda pistola del uniforme y me la puso en la mano.

—¿Sabes disparar?

—Sí.

—La recámara está llena. No la sueltes. Si nos separamos y los Merodeadores te encuentran, dispárales. No titubees o te matarán ellos a ti.

Asentí como en trance y cerré la mano sobre la culata. Con un gesto de dolor, probé a poner el dedo en el gatillo.

—Te voy a llevar a un lugar seguro, pero tendremos que atravesar los bosques primero —prosiguió Wesley—. Debemos ser cuidadosos y muy silenciosos. Si me sorprenden ayudándote a escapar, nos matarán a los dos.

Me quedé mirándolo. Quería confiaren él, pero ¿y si me estaba tendiendo una trampa muy retorcida?

—¿Por qué me ayudas?

Su mirada se perdió en la distancia, hacia donde se encontraba el campo de exterminio.

—Tú no eres la única de por aquí que tiene secretos, Eliza.



Me quedé de piedra al oír mi verdadero nombre. Un búho ululó en lo alto, encaramado a la rama seca de un árbol, quieto como una estatua. Todo sucedía a cámara lenta, como si el mismísimo tiempo hubiera perdido un tornillo.

—Sabes quién soy —dije con una voz casi inaudible.

La brisa nocturna me hizo estremecer. La oscuridad era tan completa que apenas podía ver a Wesley.

—Sí.

—¿Lo sabe alguien más?

—No, que yo sepa.

Retrocedí un paso.

—¿Y cómo...? ¿Cuándo...? —negué con la cabeza antes de hacer la pregunta que me obsesionaba desde hacía semanas—. ¿Por qué no me delataste aquella noche en palacio?

Él asintió, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Te miré a los ojos y... no pude hacerlo —se interrumpió, como tropezando con las palabras—. Por favor, confía en mí.

Recordé todas las veces que me había tenido a su merced, desarmada. Si hubiera querido matarme, a esas alturas ya lo habría hecho. Por fin, asentí.

—¿Adónde vamos? —pregunté todavía aturdida mientras recorríamos el prado.

—Ya lo verás —repuso lacónico.



En el interior del bloque de hormigón, los caballos de guerra de Cornelius Hollister se agitaban tras los gruesos barrotes de sus cuadras. Eran un palmo más altos que cualquier caballo normal y tenían los ojos inyectados en sangre. Nerviosos, coceaban el suelo con sus cascos herrados de acero. También empujaban las rejas con la cabeza, con tanta fuerza que algunos se habían despellejado la cara hasta dejar el

hueso a la vista.

Wesley ensilló una yegua blanca y negra mientras yo aguardaba oculta entre las sombras de la entrada, haciendo guardia. Las sillas y las riendas, tan imponentes que más parecían armaduras que arneses, colgaban de postes sujetos a la pared. Pensé en Jasper y me estremecí. A diferencia de él, aquellos animales habían sido entrenados para la guerra, golpeados nada más nacer. Eran fieras, máquinas de matar.

Cuando vi que Wesley le ponía a la yegua un bocado de castigo, protesté.

—¡No le pongas eso! —susurré enfadada—. Le dolerá.

—Ya lo sé —asintió con pesar—, pero no reaccionan a los bocados normales.

Condujo al enorme caballo al exterior y, una vez en el patio, me ayudó a montar.

—Se llama Calígula —me informó—. Es uno de los más rápidos.

Se sentó delante de mí y al instante Calígula salió al galope por los campos. Me cogí a la cintura de Wesley con fuerza.

En cuanto nos internamos en el bosque, la yegua adoptó un galope corto que le permitía evitar con facilidad las raíces y los troncos caídos. Los sonidos de la noche llenaban el silencio que reinaba entre nosotros. Con un chirrido apenas audible, una familia de murciélagos pasó volando como una pequeña tormenta negra.



Tras lo que me pareció una hora entera, Calígula llegó a la orilla de un lago plateado, que bordeó cuidadosamente a un trote ligero. Wesley frunció el ceño con desconcierto.

—Qué raro —musitó—. Nunca antes había visto esta clase de aguas.

—Se parece a un lago de Escocia en el que nadábamos de pequeñas —comenté al recordar el lugar donde Mary, Polly y yo habíamos pasado tantos días de verano, sin ninguna preocupación. Nos llevábamos la comida, jugábamos al aire libre y nos zambullíamos desde una rama que asomaba sobre el agua. Jamie se sentaba envuelto en una manta porque tenía frío incluso al sol. Desde allí, llevaba la cuenta de las veces que nos tirábamos cada una.

—Vamos a parar aquí —propuso Wesley—. De todos modos necesitamos agua —desmontó y ató las riendas de la yegua a una rama—. Además, tenemos que lavar esa herida —añadió antes de echar a andar por el sendero.

Creí ver una onda en el agua, pero desapareció antes de que pudiera estar segura. ¿Habría sido un pez? Llevaba años sin ver peces. Podría atraparlo y asarlo después en una hoguera. Cuando era pequeña, el padre de Polly, George, me enseñó a pescar con arpón. Seguí a Wesley hasta la orilla del lago por si atisbaba algún otro movimiento en el agua. Al acercarme, advertí que el líquido tenía un color plata extraño y hermoso; reflejaba la luz como desde dentro.

Él se arrodilló y unió las manos para beber. De repente, supe por qué el agua

despedía ese fulgor plateado. Por una décima de segundo, sentí la tentación de dejarlo beber. Un solo trago bastaría para envenenarlo, y yo aún no sabía si podía confiar en él, ni siquiera adónde me llevaba.

—Espera..., ¡no bebas! —le grité en el último momento—. ¡El agua está contaminada de mercurio! Si bebes, morirás. Ni siquiera deberíamos estar respirando aquí tan cerca.

Wesley retrocedió al instante. Se quedó mirando el veneno plateado con los ojos abiertos de par en par. Al llegar a la orilla, distinguí algo que la oscuridad no me había dejado ver: los cadáveres de criaturas acuáticas deformes que flotaban en aguas poco profundas. Peces con aletas en vez de ojos, ranas sin ancas, anguilas con cabezas en ambos extremos.

Miré al otro lado del lago. Escondidos entre las zarzas estaban los restos incendiados de una fábrica con un enorme logotipo: CX. Era una de las miles de plantas de Chemex, donde antes de los Diecisiete Días se fabricaba de todo, desde champú y fertilizante hasta nubes tóxicas. A consecuencia de la destrucción, las sustancias químicas nocivas se habían filtrado y habían contaminado kilómetros y kilómetros de territorio a la redonda.

—Y yo que pensaba que era el agua más hermosa que había visto en mi vida —se estremeció Wesley—. Habría bebido si no me hubieras avisado —alzó la vista—. Gracias.

—Cómo no —respondí avergonzada de haber pensado siquiera en dejar que bebiese—. Gracias por... —habría querido decirle «perdonarme la vida», pero me lo pensé mejor y dije—: Por guardar mi secreto.

Miré el lago. Wesley tenía razón. Era el agua más hermosa que había contemplado jamás. Hermosa, aunque letal. Como tantas otras cosas de este mundo.



La herida de la cara me seguía molestando, pero el dolor de las manos era un suplicio. La sangre manaba de las heridas allí donde tenía alojados trozos de cristal y de malla. Llevábamos cabalgando casi una hora desde que dejamos atrás el estanque de mercurio. No iba a aguantar mucho más.

—Ya casi hemos llegado —anunció Wesley, como si me hubiera leído el pensamiento.

Se inclinó a la izquierda y apartó una gruesa mata seca para dejar a la vista un estrecho sendero que discurría entre las espesas zarzas. Calígula lo siguió cuidadosamente, exhalando nubecillas de vapor al respirar aquel aire helado.

En el claro que se abrió ante nosotros, distinguí una cabaña de piedra con el tejado de chamiza. Tenía las paredes cubiertas de musgo, la pintura de la puerta pelada y los marcos metálicos de las ventanas poblados de zarzas y telarañas.

—¿No vive nadie aquí? —pregunté con voz queda.

Había oído decir que los Merodeadores buscaban casas aisladas donde encerrar a sus prisioneros para poder comérselos más tarde, una especie de despensas siniestras.

—No hay nadie. Es segura —me tranquilizó Wesley.

Con todo y con eso, mientras él ataba a Calígula a un poste y le traía un cubo de agua del pozo de piedra, yo empuñé la pistola sin hacer caso del dolor.

—¿Cómo sabías que aquí había una casa? ¿Y por qué estás tan seguro de que no hay nadie dentro?

—Nadie más conoce su existencia.

Wesley se sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta delantera. Yo lo seguí con paso inseguro.

En el interior de la cabaña hacía frío. El aire olía a humedad y a tierra mojada. Me quedé de pie en la pequeña sala de estar, donde había un sofá de dos plazas estampado en rosa y dos sillas de mimbre encarados a un hogar de piedra. Wesley se agachó para encender la vela que descansaba en la mesa baja. Unas cuantas polillas revolotearon en torno a la llama, peligrosamente cerca.

—Voy a encender la chimenea —declaró—. Hace frío aquí.

Crucé las manos ante mí, nerviosa por encontrarme en los bosques en plena noche. Miré las ventanas y la puerta. Los cristales se podían partir de un golpe, la puerta, de unos cuantos hachazos. Seguía con la pistola en la mano casi para sentirme acompañada, igual que un niño se aferra a la mano de su madre.

—Puedes soltar la pistola si quieres —señaló mi mano—. No te voy a hacer nada. Vacilé un momento antes de dejarla sobre la mesa.

—Ya lo sé.

Y entonces me di cuenta de que lo pensaba de verdad. Estaba a salvo en su compañía.

—Es que tengo miedo de que nos sorprendan los Merodeadores.

Wesley me miró con desconfianza, como preguntándose si le decía la verdad.

—No van a venir. Te lo prometo.

Me senté en aquel sofá viejo y miré a mi alrededor, por si los muebles me daban alguna pista de dónde estábamos. Unas bonitas vigas de cerezo cruzaban el techo y una alfombra ovalada de aspecto cálido cubría el suelo. En las ventanas colgaban unas cortinas polvorientas, de color amarillo pálido y rematadas con puntillas. Distinguí también, en el círculo de luz que proyectaba la vela, rositas en el mantel.

—¿De quién era esta casa? —pregunté.

—De mi madre —repuso mientras alimentaba el fuego con ramillas y palos. Aguardé a que siguiera hablando, pero cambió de tema—: Deberías lavarte esos cortes. Calentaré agua. Busca un poco de sal en los cajones de la cocina.

Cuando volví a la sala con un salero, Wesley había traído otro cubo del pozo y

estaba calentando agua en una cazuela al fuego. Las llamas proyectaban sombras rojas y amarillas que bailaban por el cuarto. Pese a llevar años deshabitada, aquella casa parecía un lugar cálido y acogedor.

—¿Tú leías los libros del Conejo Perico cuando eras pequeño? —le pregunté—. Esta casa me recuerda a esos cuentos; a la madriguera de los conejitos.

—Me alegro.

Esbozó una sonrisa. Me di cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír.

—Cambias mucho cuando sonríes —dije con voz queda.

Sus ojos se posaron en los míos, y los dejó allí un momento antes de bajar la vista hacia mis manos ensangrentadas.

—Ven aquí —me indicó por gestos que me sentara en la alfombra, delante del fuego—. Te va a escocer, pero es la única manera de desinfectar esos cortes.

Vertió sal en el agua caliente y se acuclilló a mi lado. Me rodeó las muñecas con los dedos y hundió mis manos en la cazuela. Ahugué un grito de la impresión. Cerré los ojos, tratando de bloquear el dolor. Conforme el agua iba enrojeciendo y los trozos de cristal y de metal se desprendían de mi piel, empecé a ser demasiado consciente de la presencia de Wesley arrodillado a mi lado, del cosquilleo que me provocaba su aliento en la oreja.

Se levantó de repente.

—Quédate aquí. Veré si encuentro algo para comer.



Después de rebuscar un poco, Wesley volvió con varias latas de sopa de verduras.

—Están caducadas, pero no creo que se hayan estropeado aún —comentó en voz baja. Echó a un lado la cazuela de agua para colocar una lata sobre la llama. Cuando la hubo calentado, sirvió el líquido en dos cuencos de madera.

Me protegí las manos con las tiras de sábana que Wesley había cortado, animada al ver las heridas tan limpias, y di un sorbo al caldo caliente directamente del cuenco. Recobré fuerzas de inmediato.

Él había puesto a calentar otro cazo de agua limpia con sal. Cuando rompió a hervir, hundió una tira de tela.

—Bien —dijo—. Ahora la quemadura.

Se acercó a mí y, con sumo cuidado, me limpió la quemadura con el paño caliente.

—No puedo creer que Portia te hiciera esto —musitó.

Yo guardé silencio un instante y luego comenté con tranquilidad:

—Estuvisteis juntos, ¿verdad?

Wesley se echó a reír con carcajadas tristes y amargas mientras negaba con la cabeza. Me miró a los ojos.

—Portia y yo nunca hemos estado juntos —negó despacio—. Eliza, es mi hermana.

Abrí la boca por la sorpresa. De repente, caí en la cuenta del idéntico color verde de sus ojos, el cabello color miel, los pómulos altos. No podía creer que no lo hubiera advertido antes.

—Pero sois tan... distintos.

Él volvió a aplicarme el paño.

—De niños, éramos inseparables. Por desgracia, tras la muerte de mi madre, Portia cambió.

Miré a mi alrededor, atando cabos al fin. Aquella casa era lo único que le quedaba de su madre.

—Lo siento —atiné a decir.

—Portia pensó que mi madre nos había abandonado, pero no fue así. Nunca nos abandonó —su semblante se endureció—. Mi padre la mató e hizo que pareciera un suicidio.

Lo miré de hito en hito, sorprendida por su sinceridad. No podía imaginar cuán horrible debía de ser —verdaderamente impensable— saber que tu padre había matado a tu madre. Me dio la espalda y apretó los puños con tanta fuerza que cuando abrió las manos, tenía las palmas llenas de puntos rojos.

—Pero ¿por qué? —susurré sin poder evitarlo.

—Mi madre... averiguó cosas sobre él —se puso a hurgar el fuego y las llamas mudaron a un rojo violento—. Vengo aquí de vez en cuando, a pensar y a estar solo. Portia nunca lo hace. No estoy seguro de que recuerde la casa siquiera. Lo siento —se interrumpió—. No debería contarte todo esto.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Posé mi mano sobre la suya. Emanaba un aire de tristeza, la misma que me embargaba a mí. El tipo de pesar que se apodera de ti en la infancia y ya nunca te abandona.

—¿Se lo contaste a alguien? —le pregunté con voz queda.

—No, ni siquiera a Portia. Mi padre habría ido a la cárcel y nos habríamos quedado solos. Quería ahorrarle el mal trago a mi hermana, pero...

Dejó la frase a medias y se quedó mirando el fuego.

—Cuánto lo siento —repetí—. Debió de ser una decisión muy difícil.

—¿Sabes qué es lo más raro? —hablaba con amargura—. Sigo queriendo a mi padre, aun sabiendo lo que hizo. Y al mismo tiempo lo odio, por ser quien es y por lo que le hizo a Portia.

No dije nada.

—Me dolió la pérdida de mi madre, pero para Portia fue peor. Ella pensó que nuestra madre no la amaba lo bastante como para seguir cuidando de ella. Cuando

murió, fue a la granja donde tenía a sus conejitos y les rompió el cuello a todos. Así nació la nueva Portia —entrelazó las manos y las apretó—. Tenía ocho años.

En silencio, miré el fuego y pensé en mis propios hermanos. Me pregunté dónde los habrían enterrado. ¿Estarían ya en el cielo con mis padres? Al pensar en todo lo que mi familia había pasado, el dolor, el sufrimiento y el miedo, el impulso de vengarme del responsable de tanto horror renació dentro de mí.

—¿Tú sabes dónde está Cornelius Hollister?

Wesley alzó la vista y me miró con desconfianza.

—En la Torre de Londres. ¿Por qué?

—Mató a mi madre y a mi padre —repuse con suavidad—. Seguramente también a mi hermana y a mi hermano. Me ha arrebatado todo cuanto amaba.

Él se miró las manos con expresión sombría.

—¿Te haces acaso una idea de cuántos soldados lo protegen? ¿De la cantidad de armas que tienen?

—Sí —asentí—. Sé que moriré en el intento. Estoy dispuesta a ello.

—¿Es que no lo entiendes? —exclamó llevado por la frustración—. ¡Quiere acabar con toda tu familia! Si mueres, se proclamará rey.

—¿Y no es eso lo que tú quieres? —erguí la espalda y me quité el paño de la mejilla—. Por mucho que me hayas perdonado la vida, seguimos estando en bandos contrarios. No se me ha olvidado.

—No estamos en bandos contrarios —protestó en voz baja.

—Mientras pertenezcas al ejército de Hollister, estaremos en bandos opuestos.

—¡No tengo elección!

—Siempre tenemos elección —negué con la cabeza—. Ahora entiendo lo duro que es pasar hambre y frío, lo he experimentado. Pero si de verdad no crees en su causa, ¿no podrías haber buscado otra solución para Portia y para ti?

—No es eso, tú no... —se interrumpió—. Por favor, prométeme que no te escaparás para embarcarte en una misión suicida.

Nuestros ojos se encontraron y por una vez no aparté la vista. En cambio, me dediqué a observarlo al fulgor de las llamas. Algo había cambiado en él. La máscara imperturbable del soldado había caído para revelar a un chico triste y solitario. Miré los rizos suaves de su pelo, que brillaban como oro viejo, los centelleantes ojos verdes, las anchas espaldas.

Debía de parecerle tan fea, con el pelo rapado y la marca roja en la mejilla... Me tapé la cara con las manos.

—Por favor, para —le supliqué—. Yo no...

—Eliza —me interrumpió. Posó sus manos en las mías y, despacio, me obligó a apartarlas del rostro. Luego me levantó la barbilla para mirarme a la trémula luz—. Eres hermosa.

Se acercó más a mí. Noté su aliento en mis labios, cálido y suave. Luego nuestras bocas se rozaron. Despacio, desplazó las manos desde mis mejillas hasta la nuca, y apoyó los dedos en el hueco de mi cuello, justo en el nacimiento del pelo.

Dudó un instante, y supe que me concedía la oportunidad de apartarme. Le respondí acercándome más y abriendo la boca para devolverle el beso, consumida por un ansia extraña y convulsa. En aquel momento, todo desapareció. La marca en la mejilla, el signo de la Nueva Guardia, la impaciencia que me corroía por dentro al saber que Cornelius Hollister vivía en la Torre de Londres. Lo único que importaba estaba allí, tendido contra las almohadas, en aquel beso que se prolongaba mientras el fuego se convertía en brasas y poco a poco se enfriaba.



Wesley me rodeó con sus brazos como envolviéndome en un nido cálido.

—Es tarde —dijo—. Deberías dormir. Quédate con el dormitorio; yo dormiré aquí —señaló el sofá con un gesto.

Yo asentí, pero en realidad no quería separarme de él.

—¿Vienes conmigo?

Se levantó y me acompañó al cuarto. Yo me tendí bajo las mantas sin quitarme el uniforme y lo atraje hacia mí. Colocó un candil en la mesilla de noche y redujo tanto la llama que la habitación se quedó a oscuras. Al acomodarse, me rodeó la cintura con los brazos en ademán protector. Su piel desprendía un aroma dulce y fresco, como el agua. Cerré los ojos, fingiendo por un momento que aquello podía durar, que nos quedaríamos así para siempre, juntos al calor de aquel hogar en medio de un bosque envenenado.



Me incorporé sobresaltada, casi sin aliento. Estaba despierta, pero los restos de la pesadilla aún persistían, arremolinándose en los rincones oscuros de mi mente. Mary y Jamie atrapados en una celda de acero, donde los torturaban unos hombres vestidos con batas blancas. Yo corriendo por un laberinto, oyendo sus voces pero incapaz de llegar hasta ellos.

Me había despertado en mitad de la noche y Wesley seguía durmiendo a mi lado, con la cabeza apoyada en la almohada que compartíamos, el cabello ondulado echado sobre la frente, brillante como delicados hilos de plata a la luz de la luna. Me incliné para besarlo en la mejilla.

—Adiós —susurré.

Al alejarme de la cama, noté el escozor de una lágrima perdida. Esperaba con toda mi alma que no se despertase, que ninguna otra imagen emborronara aquel último recuerdo.

En la chimenea aún quedaban algunas brasas. Busqué la vela a tientes y la encendí con un rescoldo agonizante. A la luz mortecina, me até las botas a toda prisa y me abroché el abrigo del uniforme. La pistola seguía en la mesa redonda en la que la había dejado. Me la metí en el bolsillo.

Me asomé por la puerta del dormitorio una última vez. Estaba poniendo a Wesley en peligro al dejarlo allí sin un caballo, pero tenía su arma para protegerse y conocía bien los bosques. Cuando despertase, ya habría salido el sol y podría volver al campamento con seguridad. Me obligué a mí misma a mirar a otra parte mientras abría la puerta principal.

Soplaba el viento frío y húmedo que precede al alba. Antes de partir, besé la pared, junto a la puerta. Era una superstición heredada de mi abuela. Siempre decía que si besabas una puerta antes de marchar, volverías sana y salva. Esperaba, por imposible que pareciera, poder regresar allí algún día con Wesley.

Miré la noche oscura y fría con la esperanza de encontrar cuando menos una estrella para orientarme, pero no vi ninguna. La yegua dormía de pie, atada al poste,

una sombra negra recortada contra un cielo impenetrable. Miré temerosa su enorme envergadura y cogí un puñado de hierbajos del suelo.

—Toma, Calígula —murmuré tendiéndole la hierba y alargando la mano para acariciarle el hocico.

Retrocedió ante el contacto de mi mano, corcoveando y bufando con los dientes al descubierto. Me eché a un lado. La cadena que tenía al cuello tintineó cuando tiró de ella buscando liberarse.

Inspiré hondo. Montaba a caballo desde que sabía andar, pero jamás había visto uno como aquel, entrenado para la destrucción.

—¡Chist! —siseé a la vez que cogía las bridas y tiraba de ellas con firmeza para mirar a los ojos del animal.

La yegua se quedó quieta, y por un momento me pareció que conectábamos, pero luego dio un tirón tan rápido que las bridas se me deslizaron de entre las manos. El cuero me arrancó las vendas y se me reabrieron las heridas.

Miré aquellos ojos oscuros. Wesley había conseguido dominarla a base de fuerza, pero yo carecía de aquel poder. Me acerqué a ella haciendo ruidillos tranquilizadores y, con cuidado, le quité el cabezal. Escupió el bocado y me observó con una expresión casi de curiosidad.

—Solo tú y yo, Calígula —musité—. ¿Me puedes ayudar a llegar a Londres?

Se quedó inmóvil y me miró de hito en hito mientras yo me encaramaba a su lomo con ayuda del poste. A falta de riendas, me agarré con fuerza a la crin.

Esperaba que mi peso bastara para dirigirla. En cuanto notó mi presencia, salió al galope tan repentinamente que casi me tira de la silla.

No llevaba mucho rato cabalgando cuando lo poco que quedaba del sol salió por el este. Las ramas peladas de los árboles se recortaron contra un manchurrón grisáceo algo más brillante que aquel telón oscuro. De momento no necesitaba más. Azucé a la yegua con la pierna izquierda para que torciera a la derecha, hacia el semicírculo gris que asomaba por el horizonte.



Poco rato después trotábamos por el arcén de una autopista. Le indiqué a Calígula que se detuviera y entorné los ojos para poder leer de lejos las pintadas descoloridas. En el hormigón de la calzada abundaban las grietas y los baches, las líneas amarillas convertidas en trazos borrosos. Me encontraba en la autovía que conducía a Londres, pero no era seguro cabalgar por un lugar tan expuesto. Las fuerzas de Hollister patrullaban las vías principales para capturar a los viajeros solitarios y a los refugiados de las ciudades saqueadas.

Procuré no mirar los coches esparcidos por la autopista, con esqueletos aún sentados al volante, y pequeños cuerpos de niños acurrucados en los asientos traseros.

Aquellas personas iban de viaje cuando las sorprendieron los Diecisiete Días. No tuvieron ninguna oportunidad.

Sonó un traqueteo a lo lejos. Me bajé de Calígula y la llevé hacia los árboles. Escondida, me asomé apenas para averiguar quién se aproximaba. A una gran distancia de donde me encontraba, apareció una gran nube de soldados a caballo. Al oler mi miedo, Calígula relinchó con suavidad, pero le di unas palmadas y la hice callar entre dientes.

Había cientos de jinetes. El ejército era un borrón gris a lomos de sus caballos de guerra, y detrás avanzaban los animales de repuesto y los camiones diésel. Sentados en lo alto de los vehículos, los guardias esgrimían los seviles y apuntaban las pistolas en todas direcciones. Cuando la caravana llegó a mi altura oí los horribles gritos de los prisioneros, que golpeaban los costados metálicos de los camiones en un vano intento de escapar del destino que los aguardaba en los campos de exterminio.

Cuando se perdieron de vista y regresó el silencio, apoyé la cabeza un momento contra el cuello de Calígula. Al hacerlo, aspiré su cálido olor de animal. Wesley me había rescatado del campo de exterminio; le debía la vida. Fogonazos de la noche que habíamos compartido desfilaron por mi pensamiento: la caricia de sus labios, el calor de sus brazos contra mi cuerpo, el sonido grave de su voz. Por alguna razón me parecían recuerdos muy lejanos, pero me dieron las fuerzas que necesitaba para proseguir. Alimentaron mi convicción de que aún existía amor en aquel mundo lúgubre y de que seguiría existiendo cuando yo ya no estuviera.

Palpé el arma que llevaba prendida al cinto para comprobar que seguía bien sujeta. Los bosques ofrecían mayor seguridad que la carretera, de modo que opté por cabalgar por el lindero, siguiendo la dirección de la autovía. Dejé que Calígula pastara un poco más y luego volví a montarla.

—¡A Londres! —exclamé.

Echó las orejas hacia atrás, casi como si me hubiera entendido, y luego emprendió la marcha.



Las nubes de hollín y ceniza se cernían sobre la ciudad como un velo. Una gran bandada de palomas revoloteó en lo alto. Cabalgando por el distrito NW30, los cascos de Calígula resonaban huecos en las calles desiertas. Reparé en el silencio y la oscuridad de las ventanas, y comprendí que el ejército de Hollister ya había pasado por aquella zona; los habitantes debían de haber sido capturados; los hogares, saqueados. Procuré avanzar pegada a las sombras mientras pasábamos ante hileras y más hileras de hogares carbonizados.

Clavado a una fachada clausurada vi un cartel con el rostro de una niña de cabello castaño. Llevaba un vestido marinero, el pelo suelto sobre los hombros, las manos

entrelazadas en el regazo con actitud recatada. Tenía la tez blanca y las mejillas sonrosadas.

**SE BUSCA VIVA
ELIZA WINDSOR
FIJA TÚ LA RECOMPENSA**

Me acerqué al cartel y me quedé mirando los ojos de la muchacha, brillantes y llenos de esperanza. La fotografía era de hacía unos años. Me la habían tomado en una sesión privada; no habíamos distribuido retratos de la familia real desde la muerte de mi madre. Mi padre pensó que estaríamos más seguros si la gente no tenía presente nuestro aspecto, y de todos modos no había mucho dinero para imprimir grandes cantidades de fotografías. Observé el retrato. Aquella persona feliz y protegida no se parecía en nada a mí. Estaban buscando a una chica que ya no existía.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Oí unos agudos gritos de mujer procedentes de un parque cercano. Dudé, queriendo intervenir pero desesperada por llegar a la torre cuanto antes.

—¡Por favor, no! —siguió chillando, y luego, en un tono aún más estridente—: ¡Auxilio!

Taloneé a Calígula para que avanzara y saqué la pistola. Como mínimo tenía que intentarlo.

Mientras nos acercábamos, los gritos cesaron. Un silencio vacío y gélido se apoderó del lugar. Hice recular al caballo, reacia a entrar en el parque. Pensar en lo que le podía haber pasado a aquella mujer me ponía los pelos de punta. Había tenido la oportunidad de ayudarla, pero era demasiado tarde.

Incluso durante los Diecisiete Días, Londres tenía equipos de emergencia para auxiliar a quienes lo necesitaban, pero todos —la policía, los bomberos, los hospitales— habían desaparecido.

Cabalgué hasta el anochecer. Por fin, los lúgubres torreones de la Torre de Londres se recortaron contra el firmamento. Por encima de todos ellos, como un cuchillo que hendiera el horizonte, se erguía la Torre de Acero. Una corriente eléctrica capaz de matar a una persona al menor contacto había protegido en su día aquella cárcel sin ventanas. Pero la corriente, como cualquier otro sistema de seguridad, había desaparecido. Al acercarme más, advertí que una fila de soldados custodiaba la torre, plantados en torno al foso seviles en ristre. En algún lugar del interior estaba Cornelius Hollister.

Llegamos al foso que rodeaba la torre y dejé a Calígula al amparo de las sombras de un paso subterráneo. No tenía nada para atarla, pero le quité la silla y la froté rápidamente con la misma manta sudadera. Arrugué la nariz al notar el hedor salobre del agua estancada del foso. Saqué un poco del pienso que había cogido para la yegua

y se lo dejé amontonado.

—Por favor, quédate, Calígula —le dije—. Te necesito.

La miré a los ojos, suplicándole que no se marchara. Ya no los tenía inyectados en sangre, sino grandes y castaños.

Inspiré profundamente y me calé aún más la gorra del ejército para ocultar mis ojos. Alisé el uniforme, me apreté el cinturón, abotoné la chaqueta y me hice un lazo doble en las botas. Me quedé mirando mi propio reflejo en el agua del foso. La quemadura de mi cara brillaba roja e inflamada incluso con aquella luz mortecina. Froté la pared con los dedos para recoger algo de hollín y me lo pasé por la herida con una mueca de dolor. Quedó oscura y sucia. Más parecida a una magulladura.

Cualquiera me habría tomado por una de ellos.



Negras nubes de hollín flotaban en el cielo de la ciudad cuando la luz del día cedió el paso al ocaso. El sonido de una manivela resonó tras la pared de la fortaleza. Estaban bajando el puente levadizo y los soldados se disponían a hacer el cambio de guardia, justo a su hora. Me coloqué en posición de salida y estiré un poco mis cansados músculos con una sonrisa amarga.

Me había pasado todo el día acechando la torre y había memorizado cada centímetro de los jardines, del foso, de la muralla que la rodeaba. Sabía a qué hora bajaban el puente. Si me daba prisa, podría alcanzar a los soldados que se disponían a entrar, unirme a ellos y llegar a las cocinas sin llamar la atención. Una vez allí, seguiría a la persona que le sirviera la comida a Hollister.

Tal vez nadie supiera con exactitud dónde se alojaba, ni siquiera sus seguidores, pero los rugidos de mi estómago me aseguraban que todo el mundo tiene que comer antes o después.

Eché a correr hacia la muralla de la torre, agachada, confiando en que la oscuridad creciente camuflara mi avance. Me detuve un momento a la sombra del muro para recuperar el aliento y secarme el sudor de la frente. Dos filas de soldados marchaban acompasadas hacia el puente levadizo. Cuando hubo pasado el último de los guardias, me uní a la fila, con la cabeza gacha y siguiendo su paso.

Mientras cruzaba el puente que conducía a la torre, me estremecí. Aquel lugar siempre me había producido escalofríos, desde mi primera visita en la infancia. El tajo, las incontables marcas del hacha en la piedra, las huellas de sangre que cientos de lluvias no habían podido borrar. Recordé las cámaras de tortura, donde tantos prisioneros inocentes habían padecido atrocidades... y seguían padeciéndolas. Me pregunté si sus gritos pasarían desapercibidos, si serían ignorados como los de la mujer del parque. Sabía que aquellos chillidos me perseguirían en mis pesadillas.



Una vez dentro, no me costó nada encontrar la cocina. Seguí el aroma de los fogones y a los soldados hambrientos. Sin levantar la vista, me puse al final de la cola y arrastrando los pies crucé un umbral de piedra. Palpé el arma que llevaba escondida bajo la chaqueta. Una campana resonó por los oscuros pasillos de la Torre de Acero y una voz gritó desde arriba:

—¡Hora de alimentar a los prisioneros!

La fila de soldados fue entrando en la lóbrega cocina de las mazmorras. Grandes calderos de hierro burbujaban sobre las llamas. Sobre una gran superficie de madera, una fila de cocineros cortaba cabezas y patas de ratas y ratones, troceaba serpientes y ranas, los desollaba y arrojaba los restos a los pucheros. En el suelo, junto a la chimenea, las ratas correteaban de lado a lado de su jaula en un frenético intento de escapar a su destino.

En la otra punta de la cocina, en cambio, los cocineros preparaban un festín. Distinguí, dispuestos en bandejas de plata, quesos y frutas, panes recién horneados y una torre de trufas de chocolate. Incluso había botellas de champán puestas a refrescar en cubiteras. Yo ni siquiera sabía que existiesen aún semejantes manjares. Estuve a punto de marearme. En todo el día solo había comido un puñado de semillas y una galleta rancia que había encontrado en el bolsillo de la chaqueta. ¿Todo aquello era para Hollister? Recordé las palabras que había pronunciado antes de matar a mi padre: «Porque mientras Inglaterra se muere de hambre, vosotros os dedicáis a celebrar bailes». Al ver aquel festín, lo odié más que nunca.

—No mires tanto, que se te está cayendo la baba —me dijo la chica que tenía al lado.

Asentí y clavé la vista al frente, donde una anciana de cabello blanco y cejas enmarañadas revolvía en los calderos con un enorme cucharón.

—Llenen los cuencos. ¡Lleven la comida a las celdas uno a nueve! —gritó.

Me entraron arcadas cuando la vi abrir la parte superior de la jaula e introducir en ella un brazo delgado como una rama. Como quien coge una manzana de un árbol agarró una rata chillona por la cola y la dejó caer en la caldera hirviente con piel y todo.

A la zaga de los soldados, imité cada uno de sus movimientos: cogí una bandeja, llené un vaso de agua gris y rellené una escudilla con aquel guiso repugnante. Adopté una expresión dura, indiferente, manteniendo la vista alejada de los pies de rata y la cabeza de ratón que flotaban en el cuenco de mi bandeja. En fila, los soldados subieron las escaleras. Yo aferraba la bandeja con fuerza mientras seguía temblorosa a la chica que tenía delante.

Ella se detuvo un momento y miró a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie nos oía. Luego acercó sus labios a mi oído. Tenía mal aliento.

—Si quieres comer algo bueno, búscame luego —me informó dándose

importancia—. Te conseguiré alguna cosa... a cambio de un precio.

Esbozó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes amarillentos.

Eché un vistazo a su bandeja. No llevaba un cuenco lleno de caldo como los demás, sino una bonita taza rosa que contenía una mezcla de hierbas: capullos de rosa, lavanda, anís y algo más, una flor amarilla que no supe identificar.

—Qué bien huele ese té —dije en voz baja.

Me pregunté por qué no llevaba lo mismo que los demás. ¿Acaso era ella la encargada de servir a Hollister?

—Puede que huelga bien, pero este brebaje es mortal. Es el té de su alteza real —pronunció las últimas palabras con retintín y luego escupió al suelo para remarcar su desprecio—. La reina —estuve a punto de dejar caer la bandeja por la impresión. Mary estaba viva—. Dicen que la debilita —prosiguió con una sonrisa maliciosa—. Por lo visto, ha dado algunos problemas, pero esto le quita todas las tonterías.

—¿Y si no se lo bebe? —pregunté en tono indiferente, procurando que mi voz no delatara el horror que me embargaba.

—Ah, ya lo creo que se lo bebe. Si no lo hace, azotan al príncipe —se burló.

Intenté reírme con ella, pero solo proferí una tos seca. Discurrí a toda velocidad mientras hacía esfuerzos por recuperarme. ¡Jamie y Mary vivían, y estaban allí! Ya me ocuparía de Hollister más tarde. Traté de recobrar la compostura mientras pensaba en mis hermanos, allí encerrados. Me necesitaban. Tenía que verlos cuanto antes.

Golpeé la barandilla con la bandeja para que el líquido se derramara por la escalera.

—¡Huy! —exclamé—. ¡Qué torpe soy!

La chica puso los ojos en blanco.

—Será mejor que limpies ese estropicio antes de que la señora Caldwell lo vea —dijo, y continuó subiendo las escaleras.

Aguardé unos instantes antes de dejar la bandeja en el suelo y seguir a la muchacha por la escalera de caracol. Las paredes eran de acero; mi reflejo, una sombra oscura y borrosa. Había celdas en todos los pisos. Tras los barrotes, separados por poco más de un centímetro, se atisbaba a presos enfermos y agonizantes. La mayoría gemía y suplicaba agua. Los que yacían en silencio me entristecieron aún más.

Mientras caminaba de puntillas tras la joven de la taza rosa, sentí que el odio que me inspiraba Cornelius Hollister se condensaba en mi interior como un alambre de púas que me royera las entrañas. La escalera ascendía en una espiral interminable. Al cabo, divisé el final. Arriba solo se veía una celda.

Me quedé en el piso inferior y aguardé a que la muchacha volviera a bajar con la bandeja vacía. Me agazapé entre las sombras hasta que sus pisadas resonaron varios niveles más abajo. Entonces seguí subiendo, con el corazón más desbocado a cada

paso, hasta detenerme a la puerta de la celda.

Mirando por una rendija de los barrotes de metal, vi a Jamie tendido en un camastro y a Mary sentada a su lado, de espaldas a mí. Desde ese ángulo, no la reconocía. Solo cuando oí aquella voz tan dulce que animaba a Jamie a comer, supe que era ella. Estaba tan delgada y demacrada como la anciana de la cocina. Los huesos de los hombros se le marcaban a través de su andrajoso vestido rojo. Sobresaltada, comprendí que era el mismo vestido que llevaba en el Baile de las Rosas.

Le pasó el brazo a Jamie por detrás de la cabeza para darle de comer a cucharadas. Yo me quedé allí mirando, conteniendo las lágrimas, queriendo decir algo pero incapaz de pronunciar una sola palabra. Miré la celda. Había una mesita de madera con una baraja de cartas, una tetera y una taza. Junto a la tetera distinguí una servilleta arrugada, manchada de sangre.

Con la nariz pegada al pequeño hueco de los barrotes, vi que Mary se alejaba de Jamie y se tapaba la boca con la mano. Una tos cavernosa sacudió todo su cuerpo. Apoyando la mano en la pared, sin destaparse la boca, se recompuso despacio. Sus movimientos me recordaron a los de mi abuela poco antes de morir.

Cogió disimuladamente la servilleta de la mesa y se secó la sangre de la mano. Advertí que no quería que Jamie la viera.

—¡Mary, Jamie! —los llamé con voz ahogada.

Mi hermana se volvió a mirarme con expresión hostil y comprendí que no me reconocía. De repente, me invadió la timidez. Me avergonzaba la marca de la mejilla, el pelo rapado.

—Mary —susurré—. Soy yo, Eliza.

Sus ojos se fueron iluminando a medida que el reconocimiento asomaba a su semblante.

—Pensábamos que habías muerto —dijo con voz ronca mientras las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas.

Quise tocarla y intenté introducir los dedos entre los barrotes, pero solo pude meter el meñique. Mary me lo apretó con fuerza y lo besó.

Jamie se acercó también. Con la punta del dedo, le acaricié la mejilla. Su cuerpecito era puro hueso. Intenté disimular la impresión que me causaba, pero saltaba a la vista que se encontraba en las últimas.

—¿Le están dando la medicina?

Mary negó con la cabeza.

Era sorprendente que hubiera durado tanto. Mi hermano me miró en silencio, con sus ojos azules sobresaliendo de las órbitas.

Me saqué el arma de la chaqueta.

—Mary —le ordené a toda prisa—, coge esta pistola. La próxima vez que esa

chica os traiga la comida, máatala. Te pones su ropa y escapáis.

—Eliza —Mary volvió a mover la cabeza con desaliento—, no cabe entre los barrotes.

Comprendí horrorizada que tenía razón. La única apertura, una ranura para la comida al pie de la puerta, estaba cerrada con llave, y no había modo humano de pasar el arma por los estrechos huecos que separaban los barrotes.

Mary me observó con inquietud mientras yo, frenética, hacía esfuerzos por introducir el arma por la rendija, como si fuera cuestión de encontrar la posición adecuada.

—Déjalo —movió la cabeza de lado a lado—. Lo hemos intentado todo.

—Alguien viene —nos interrumpió Jamie con los ojos muy abiertos por la inquietud.

El sonido de unas pisadas contra el acero resonó más abajo.

—¡Eliza, corre! ¡Escóndete! —me susurró Mary, aterrorizada.

—¡No! No volveré a separarme de vosotros.

Me di la vuelta y adopté una postura defensiva apuntando con la pistola ante mí. Si iba a morir, lo haría luchando por la vida de mis hermanos.

—¡Eliza! —siseó Mary—. ¡Vete! Así no vas a arreglar nada. Aunque mates a esos guardias no podrás salir de aquí.

No le hice caso.

Mary se irguió cuanto pudo. Siempre había sido autoritaria, pero podía imponer mucho respeto si se lo proponía.

—Como reina, te lo ordeno.

Me volví a mirarla con incredulidad.

—Mary... —empecé a decir.

—No hay tiempo, Eliza —me espetó—. Te lo ordeno —dijo de nuevo—. No pienso verte morir.

Asentí, con el corazón tan encogido de amor y tristeza que creí que se me rompería allí mismo, y me metí la pistola en el bolsillo. Justo entonces, un guardia llegó a lo alto de las escaleras.

Giré sobre mis talones y eché a correr por el pasillo.

—¡La tengo! —gritó corriendo a su vez—. ¡Por aquí! ¡Se ha ido por aquí!

Di vueltas y más vueltas por aquel laberinto de pasillos y celdas de acero con la esperanza de dejarlo atrás, pero sus pasos me perseguían por cada esquina. Todos aquellos pasadizos se parecían tanto que producían claustrofobia; veía mi reflejo borroso en las paredes conforme avanzaba. Prisioneros demacrados me miraban desde sus jaulas con ojos enajenados por la tortura y el aislamiento. Las voces de los guardias se multiplicaron. Llegaban por todas direcciones, como un eco que reverberara en los corredores metálicos.

Entonces, el pasillo llegó a su fin. Me detuve y miré a mi alrededor, frenética. Estaba atrapada. Palpaba las paredes buscando una salida cuando noté una corriente de aire frío en la piel. Alcé la vista y distinguí una estrecha trampilla en el techo. Estaba muy alta, pero no tenía otra opción. Me agaché y salté para alcanzarla.

Conseguí asir el borde de la abertura con una mano, pero se me cayó la pistola del bolsillo. Maldije por no haber cerrado la cremallera. Estaba mirándola, planteándome si bajar a buscarla, cuando oí unos pasos al final del pasillo.

Me cogí con la otra mano y me di impulso para subir al tejado con los brazos temblando del esfuerzo. La trampilla era muy pequeña, tanto que mi cuerpo apenas cabía por la abertura. Uno de los bordes de acero me arañó la espalda a través de la chaqueta como un cuchillo. Sentí un dolor espantoso, pero no me detuve. Si el espacio era demasiado estrecho incluso para mí, el guardia no podría pasar. Tenía un minuto como mucho antes de que los soldados alcanzaran el tejado por las escaleras.

—¿Eliza?

Me di la vuelta.

Wesley corrió hacia mí y me abrazó con fuerza. Enseguida me alejó de sí para mirarme a los ojos. ¿Cómo había llegado allí?

—Sabía que harías algo así. Te dije que me lo prometieras —parecía tan triste que me dolió haber traicionado su confianza—. No tenemos mucho tiempo. Debes esconderte, ¡ya!

Miré a mi alrededor. No había nada en el tejado, ningún lugar donde ocultarse.

—Wesley, están vivos —se me quebró la voz al decirlo—. Por favor, ayúdame a rescatar a Mary y a Jamie.

Había estado a punto de conseguirlo..., no podía renunciar. Él, sin embargo, no me escuchaba. Había abierto la portezuela que daba acceso al tejado desde la última planta. Lo oí gritar:

—¡No la veo por aquí! ¿Seguro que no está en el nivel cincuenta y nueve?

Yo me agaché. Maldije la ausencia de escondrijos y mi torpeza al perder el arma. De repente, docenas de soldados irrumpieron en el tejado. Yo solo tenía ojos para uno.

—Vaya, ya lo creo que está aquí —se regodeó una voz que yo conocía muy bien. Cornelius Hollister me saludó con su sonrisa malvada y avanzó hacia mí con la lentitud de un depredador—. Eliza Windsor.

Cegada por la luz de una linterna que me enfocaba a los ojos, di un paso hacia atrás.

—¡No te muevas! —gritó Portia—. O te meto un tiro en la frente. Y te aseguro que lo estoy deseando.

Deslumbrada, entorné los ojos. Tenía delante a Cornelius Hollister. A su lado, Portia me apuntaba con una pistola. Me arriesgué a dar otro paso hacia atrás, para

alejarme de ellos, de la pistola. Noté que mis piernas chocaban con algo. Una barandilla.

—¿La mato? —preguntó Portia, que se había vuelto hacia Hollister.

—¡No, Portia! —Wesley se acercó a ella rápidamente para obligarla a bajar el arma—. Viva es más valiosa —prosiguió en un tono rudo—. Tiene información muy importante para nosotros. Información vital.

Escudriñé el semblante de Wesley en busca de algún tipo de pista sobre si hablaba en serio, pero las sombras lo velaban.

—Tu hermano tiene razón —asintió Hollister—. Gracias por encontrarla. Yo jamás la habría reconocido con ese aspecto tan horrible.

Portia se rio con ganas del comentario. Hollister rodeó a Wesley con el brazo y le frotó el pelo con afecto.

Al comprender lo que estaba viendo, me aferré a la barandilla que tenía detrás.

Cornelius Hollister era el padre de Wesley y de Portia.

Eso era lo que había intentado decirme Wesley en la cabaña cuando afirmó que no tenía más remedio que pertenecer a la Nueva Guardia.

Cornelius Hollister era el hombre que había asesinado a su madre cuando ella había averiguado quién era en realidad. Al verlos a los tres juntos, sentí náuseas.

Había besado a Wesley. Había confiado en él. En lo más profundo de mi corazón, incluso había creído amarlo.

Al hijo del hombre que había matado a mis padres ante mis propios ojos, que había encarcelado a mis hermanos.

Al enemigo.

Recordé la barandilla que tenía detrás. Estaba en el borde del tejado.

La sonrisa de Hollister emitió un destello cuando él echó a andar hacia mí. De reojo, vi el agua oscura que se agitaba debajo. Me cogí a la barandilla con la mano derecha y me incliné hacia atrás.

Él llegó a mi altura.

—Por fin tengo a la que faltaba.

Su mano trató de asirme, pero resbaló. Con los ojos cerrados, yo acababa de saltar desde el tejado.



¿Cemento o cuchillo? Aquellas fueron las palabras que me vinieron a la mente mientras caía a plomo hacia el agua. A medida que Mary y yo nos hicimos mayores y más temerarias, empezamos a saltar al lago desde los peñascos en vez de desde las ramas. El dolor del impacto dependía de cómo entraras en el agua: si te sumergías recta como un cuchillo, no notabas nada, pero si te zambullías mal, tenías la sensación de caer sobre cemento.

Dando vueltas en el aire, fui cubriendo la distancia que separaba la barandilla del foso. A unos tres metros del agua, me puse recta como un palo, estiré los brazos ante mí, pegué la barbilla al cuello y me preparé para la zambullida. Por desgracia, la velocidad de la caída me descolocó y acabé aterrizando de pie, directa al fondo lodoso.

Bajo aquel agua turbia, la oscuridad era completa. No alcanzaba a ver la superficie. Me asusté. Tenía la sensación de que los pulmones me iban a estallar. Algo semejante a una mano húmeda me rozó la mejilla y grité, o más bien traté de gritar, porque la boca se me llenó de agua. ¡Culebras de cloaca! Pateando con frenesí, me impulsé con los brazos para alcanzar la superficie. Emergí por fin, jadeante, aspirando una bocanada de aire tras otra como si me hubieran dado de comer tras muchos días de ayuno. Nadé hasta la orilla del foso y palpé las piedras en busca de algo, lo que fuera, donde agarrarme, pero me resbalaba con el limo verde que cubría el muro.

Me quedé flotando en el agua, sin dejar de patear y sacudir los brazos para alejar a las serpientes. Una particularmente enorme se me acercó como una flecha para morderme el cuello. Las culebras de cloaca se parecían a las sanguijuelas; se te pegaban a la piel y te chupaban la sangre. Lancé un grito que resonó entre las paredes del foso mientras la ahuyentaba.

El puente descendió sobre el agua y los soldados salieron corriendo, apuntándome con sus pistolas. Miré a mi alrededor horrorizada, aún enzarzada en la lucha con las culebras. Podía esconderme bajo el puente levadizo, pero no tardarían mucho en

deducir dónde me había metido.

Tendría que darles lo que querían. Agité los brazos como si me estuviera ahogando, chapoteé y me hundí. Luego volví a salir, aspiré aire y me sumergí otra vez. Cerré los ojos mientras me dejaba llevar al fondo lodoso. Una vez allí aguanté la respiración y esperé. Con los pulmones ardiendo, seguí aguardando en el fondo, sin hacer el menor movimiento para que la superficie se quietara.

Por fin empecé a nadar con cuidado hacia el oxidado hierro de los mecanismos del puente. Una vez allí, saldría a respirar. Contuve el aliento y emergí.

Temblando como una hoja, me cogí a la barra de acero. Por suerte, los soldados armaban tanto escándalo que no me oyeron respirar con fuerza. Allí no podían verme. Estaba a salvo, aunque solo momentáneamente. Un haz de luz recorrió el agua. Las linternas de los guardias.

—¿Dónde está? —gritó una voz—. ¿Se ha ahogado?

—¡Izad el puente!

Oí el chirrido metálico cuando la rueda empezó a girar. Apenas tuve tiempo de pensar. La ropa me pesaba como si fuera de plomo y sabía que estaba perdiendo sangre por el corte que me había hecho en la espalda con la trampilla. Jamás en la vida me había sentido tan agotada. Me rompía el corazón pensar en Wesley, allí de pie junto a su malvado padre, en Mary y Jamie, que seguramente serían ejecutados por mi culpa. Una parte de mí quería hundirse en el foso para siempre. Imaginé la paz que sentiría si me dejara llevar ingrávida por aquel agua lodosa.

Justo entonces, un breve centelleo de luz iluminó de refilón un agujero abierto en el muro, bajo el puente levadizo. Estiré las manos, pero no pude asirme. El puente comenzó a subir; no tardarían mucho en verme. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedaban, tendí los brazos y me metí en el túnel justo cuando el puente terminaba de alzarse.

—¡Encontradla! ¡La quiero viva! —gritó la inconfundible y siniestra voz de Hollister a sus guardias—. ¡Arriad los botes, ahora!

Las luces de las linternas iluminaron el agua mientras los soldados saltaban a las barcas. ¿Adónde llevaría aquel túnel? ¿Podría llegar al otro lado sin ser descubierta?

—No está aquí, señor —informó uno de los soldados—. Debe de haberse ahogado.

—¡Prended el foso! —chilló Hollister—. ¡Hay que obligarla a salir!

Los guardias vertieron gasolina en el agua, donde se quedó flotando como charcos viscosos. A través del túnel, alcancé a oler los gases tóxicos. Alguien, seguramente Hollister, tiró una antorcha encendida al foso. El combustible prendió al instante, como una flor, y las rojas lenguas de fuego corrieron por la superficie en todas direcciones.

El túnel era tan estrecho que tenía que avanzar a rastras. El humo apenas me

dejaba respirar. Me cubrí la nariz y la boca con la camisa y seguí reptando, tan deprisa como pude, lejos del humo y de las llamas, hacia las profundidades de aquel conducto negro como boca de lobo.



Por fin, la oscuridad del túnel empezó a ceder. Recorrí lentamente los últimos metros que me separaban del final. El pasadizo desembocaba en la calle y me arañé las manos contra el asfalto al caer. El aire olía a humo y seguía oyendo los gritos de los soldados. Apoyé la cabeza contra el suelo, demasiado agotada para moverme. La ropa, empapada y fría, se me pegaba al cuerpo. La herida de la espalda me escocía horriblemente, pero nada me dolía tanto como saber que había dejado atrás a mis hermanos.

A mi izquierda oí como un traqueteo y algo parecido a un gruñido grave. Me incorporé y escudriñé la oscuridad que me rodeaba.

Dos ojos grandes y brillantes me devolvieron la mirada.

—¿Calígula? —pregunté, incapaz de creer que me hubiera encontrado.

Me olfateó y golpeó el asfalto con los cascos como pidiendo que me levantara.

Despacio, presa de un terrible dolor de cabeza, me levanté.

Hice un gesto de dolor al subir a su lomo desensillado. Para mi sorpresa, no se agitó cuando monté.

—Por favor, Calígula, llévame a casa —le pedí con voz quebrada—. Llévame a Escocia.

El sonido de su galope corto sobre el asfalto me reconfortó. Cuando pensé que nos habíamos alejado lo suficiente, miré por encima del hombro. A mis espaldas se erguía la torre, rodeada de llamas rojas. El fuego se alzaba del foso iluminando a los soldados con un fulgor rojizo.

Besé la punta de mis dedos magullados y soplé en dirección a Mary y a Jamie.

—Volveré a buscaros —prometí al borde de las lágrimas.



Me estremecí. Tenía la ropa empapada pegada a la piel y la espalda me daba dolorosos latidos. Mientras avanzaba, la calle se emborronaba por momentos. Hice esfuerzos por evocar el mapa de Escocia que decoraba la pared del despacho de mi padre. Había estado allí toda la vida, pero solo atinaba a recordar una serie de líneas sinuosas y el recargado marco de color marrón.

Miré el cielo en busca de la Estrella Polar. Allí estaba, en el lugar de siempre. Era un consuelo pensar que, a pesar de lo mucho que había cambiado el mundo, las estrellas seguían siendo las mismas. Si usaba el cielo para orientarme, seguro que acabaría encontrando la vieja carretera que conducía a Escocia.

—El viaje será largo —le dije a Calígula al tiempo que le daba unas palmadas en el cuello.

Recorrimos las calles entre restos de basura arrastrados por el viento: un paraguas roto que giró peligrosamente hacia nosotros, sucios trozos de papel. Me escocían los ojos por la ceniza. Calígula siguió galopando por autopistas ruinosas y agrietadas, dejando atrás los chalets de las afueras de Londres, los desolados centros comerciales y los aparcamientos tan parecidos a cementerios, llenos de coches oxidados y sus conductores muertos hacía años.

En un viejo cartel indicador leí: «Escocia, 600 km». Cálidas lágrimas surcaron mis mejillas y las estrellas parecieron alargarse en lo alto, emborronadas. Rememoraba una y otra vez lo sucedido aquella noche. No podía creer que hubiera encontrado a Mary y a Jamie, solo para fallarles. También era incapaz de asimilar que el objeto de mis fantasías asesinas fuera el padre de Wesley. Me mareaba al pensarlo, y me quedé mirando la noche gélida mientras el viento soplaba a mi alrededor.

El frío se me metió en los huesos. Temblaba tan violentamente que no conseguía mantenerme erguida. Guie a Calígula hacia los bosques que flanqueaban la carretera. Necesitaba descansar.

Tenía las piernas tan flojas que al apearme del caballo caí como una marioneta rota. Empecé a ver puntos negros. No sabía si nos habíamos alejado mucho de la

autopista, pero rogué en silencio que fuera suficiente. Me aovillé sobre un montón de ramas y mantillo, tapada con la helada chaqueta de la Nueva Guardia. La prenda estaba tan mojada que no me sirvió de nada. Me soplé los dedos entumecidos para calentarlos. Calígula agachó las patas delanteras y se tendió a mi lado. Me acurruqué junto a ella, agradecida por el calor de su cuerpo. Por fin, gracias a Dios, el sueño me venció.



Abrí los ojos de golpe. Algo se movía entre las ramas.

Agucé los oídos, súbitamente despierta. No habría sabido decir cuánto tiempo había dormido, pero el día aún no despuntaba.

Permanecí inmóvil, aguardando a que quienquiera que fuese diera otro paso.

Había pasado el tiempo suficiente en los bosques de Escocia como para reconocer los sonidos de algunos animales. Los ratones y las ardillas se movían con rapidez, correteando de escondrijo en escondrijo. En cierta ocasión, paseando con Bella, vi protegida por un árbol a un oso pardo que avanzaba perezoso por la foresta con paso lento y pesado. Las pisadas que estaba oyendo no eran delicadas como las de un zorro ni torpes como las de un oso. Eran inconfundiblemente humanas.

Me pegué a Calígula. Su enorme cuerpo ascendía y descendía con cada respiración. El crujido de los pasos sobre las ramas secas sonó a pocos metros de donde estábamos.

—Huelo a caballo —dijo un hombre.

—Yo huelo a ser humano —comentó otro de voz ronca, más profunda que la del primero.

Me quedé allí tendida, muy quieta. Si no hacía ningún ruido, quizá se marcharan.

Los pasos se acercaron aún más. Noté que a Calígula se le aceleraba el corazón, pero no se movió. Seguramente advertía mi miedo.

Oí que se alejaban un poco y me arriesgué a echar un vistazo por detrás del caballo para ver dónde estaban. Sin hacer el menor ruido, rodé a un lado.

En el bosque reinaba el silencio. Exhalé un suspiro de alivio.

—¡Aquí está mi presa! —gritó el hombre de la voz grave por encima de mí.

Alcé la vista y lo vi a mi lado blandiendo un hacha. Grité, paralizada de miedo, incapaz de apartar los ojos de aquella hoja reluciente.

Justo cuando dejaba caer el hacha, Calígula se incorporó de golpe con un relincho tan potente que cualquiera lo habría tomado por una manada entera de leones.

—Pero ¿qué diablos?

Asustado, el hombre trastabilló hacia atrás y dejó caer el hacha a tierra. La yegua lo embistió, empujándolo con fuerza contra un árbol. Con el cuello torcido en un ángulo antinatural, el cuerpo sin vida del hombre cayó al suelo. Yo contemplaba la

escena estupefacta. Nunca había visto a un caballo de guerra en pleno ataque.

Saliendo de la oscuridad, el segundo hombre se abalanzó sobre mí con un grito.

Sus ojos despedían un brillo salvaje cuando abrió la boca, donde una fila de clavos de metal encajados en la encía reemplazaban a los dientes. Clavos para masticar carne humana. Cogí el hacha y la abaté sobre él sin pensármelo dos veces.

La hoja le atravesó un costado y su cuerpo hediondo cayó sobre mí. Un chorro de sangre caliente manó desde su pecho a mi hombro. Me lo quité de encima y me quedé allí de pie mirando el cadáver, incapaz de reaccionar.

—Calígula —llamé al animal mientras me tambaleaba hacia delante.

No veía a la yegua por ninguna parte. Apoyé la espalda contra el árbol, sin fuerzas para pensar siquiera por dónde empezar a buscarla.

Entonces oí el sonido de sus cascos acercándose entre los árboles.

—Buena chica —murmuré cuando llegó a mi altura.

Me encaramé a su lomo y, consciente de que no podría dormir más aquella noche, echamos a andar.



Justo cuando las primeras luces grises del alba empezaban a asomar, llegamos a un pueblo sumido en el silencio. Tiré de la crin de Calígula con suavidad para obligarla a reducir el paso mientras pasábamos junto a una serie de tiendecillas: una panadería, una sastrería, una ferretería. El campanario de una iglesia de madera blanca apuntaba al cielo como unas manos unidas en ademán de oración. Aquella aldea era un oasis, aparentemente a salvo de la destrucción de Cornelius Hollister.

Reinaba la quietud en las calles y no se veían luces encendidas en aquellas casas con tejado de paja. Puesto que las gentes seguían durmiendo, me pareció seguro llevar a Calígula a beber al pozo que había visto en lo alto de la colina. Bajé el balde y saqué un cubo de agua fresca. Tenía muchísima sed, pero dejé que la yegua bebiera primero. Llevaba muchas horas andando y tenía la piel húmeda de sudor.

Cuando hubo terminado, saqué un segundo cubo de agua para mí. Tenía un sabor tan puro... Me dejé caer al suelo. Las piernas me temblaban del esfuerzo de cabalgar durante tantas horas. Las heridas de la espalda me escocían, y tenía unas profundas marcas rojas en los brazos. Levantándome la camiseta, torcí la cabeza para mirar de reojo la herida que tanto dolor me producía. Ahogué un grito. Tenía un corte muy profundo por encima de la columna vertebral. Recordando lo que había dicho Wesley sobre limpiar las heridas antes de que se infectasen, hundí el balde una vez más y vertí agua limpia sobre los cortes. No bastaría, pero si conseguía llegar a Balmoral, la madre de Polly me aplicaría algún ungüento.

Recordé mi primer encuentro con Polly. Mary y yo buscábamos moras por el jardín cuando vi a una niña desaliñada que se acercaba a nosotras. Llevaba dos cestas llenas de suculentas bayas.

—¿De dónde las has sacado? —le preguntó Mary, y comprendí que tenía miedo de que no hubiera dejado ninguna.

—Las he encontrado —repuso Polly con una sonrisa contagiosa que dejaba a la vista un hueco entre sus palas.

Tenía el pelo liso de un castaño rojizo, grandes ojos verdes y un montón de pecas

por la nariz.

—Bueno, pues como mi padre es el dueño de estas tierras, nos pertenecen —la regañó Mary en su tono más repipi.

El rostro de la niña se apagó. Se quedó mirando las cestas con tristeza.

—Es que mi madre quería hacer mermelada.

—No te preocupes —me apresuré a decir mientras reprendía a Mary con la mirada—. Te las puedes quedar, pero enseñanos dónde las has encontrado.

Polly nos llevó a su escondrijo secreto. La seguimos bajo las ramas de unos pequeños manzanos y vadeamos un arroyo de agua helada. Al poco, apartó unas ramas llenas de espinas y nos enseñó un gran zarzal atestado de moras maduras.

Pasamos la tarde cogiendo bayas y picoteando alguna que otra. Luego acompañamos a Polly a su casa, donde su madre nos enseñó a hacer mermelada de moras. Desde aquel momento, nos hicimos inseparables. Pasamos el resto del verano juntas y mantuvimos el contacto durante el curso escolar. Nos escribíamos todas las semanas y nos enviábamos regalos. Tuve la sensación de que todo aquello había sucedido hacía un millón de años.

Cuando una luz tenue se filtró entre las nubes e iluminó el pueblo, desperté de mi ensueño. Uno a uno, los faroles se fueron encendiendo en las casas. Vi a dos hombres que empujaban un carro hacia el mercado. Por agradable que fuera estar en un pueblo libre de la violencia de Hollister, me sentía muy débil y debía ocuparme de mis heridas.

—¿Lista, Calígula?

La yegua levantó la cabeza del cubo vacío y caminó hacia mí. Intenté subir a su lomo, pero ni siquiera podía darme impulso. Coloqué el balde boca abajo y lo utilicé como estribo. Al moverme, el dolor de la espalda se extendió hacia el pecho y las costillas. Procuré no prestarle atención.

Calígula emprendió la marcha a un trote lento y uniforme por una carretera que se internaba en las colinas, junto a campos baldíos y esqueléticos árboles. Oí pájaros a nuestro alrededor, pero no eran las aves de mi infancia. Los ruiseñores, los arrendajos y las golondrinas habían desaparecido hacía tiempo. Tras los Diecisiete Días, los cuerpos de los pajarillos muertos salpicaron las calles durante meses. Solo las aves carroñeras habían sobrevivido: los cuervos, las palomas y los buitres.

Seguimos avanzando a lo largo de varias horas. Con cada bache, todo mi cuerpo se estremecía de dolor. Por fin reconocí un recodo del camino. Solo nos quedaban un par de kilómetros por recorrer. Pronto vería la casa de piedra con postigos verdes donde vivían Polly y su familia. Me imaginé a los perros holgazaneando en las escaleras del jardín delantero, donde su madre cultivaba rosas y narcisos.

—¡Es allí mismo! —grité.

Calígula, advirtiendo mi entusiasmo, aceleró el paso.

Escudriñé ansiosa la colina, pero en el lugar donde debería haber estado la casa de Polly solo se veían unos cimientos renegridos y una chimenea de ladrillos cubierta de cenizas.

Estaba demasiado anonadada como para llorar, demasiado atónita como para sentir nada que no fuera un profundo vacío. Enseguida comprendí la verdad. La Nueva Guardia había ido a buscarme y había matado a Polly y a su familia. Tres personas más, tres seres humanos a los que yo había amado con ternura, habían perdido la vida por mi culpa.

El castillo de Balmoral, en cambio, seguía en su sitio en lo alto de la colina, con las paredes chamuscadas y cubiertas de hollín.

Me asaltaron muchísimos recuerdos: Mary y yo de niñas, corriendo por el jardín con vestidos vaporosos para darles la bienvenida a mis padres; jugando al corre que te pilló por aquellos pasillos oscuros; pescando en el arroyo con Polly y su padre. Cerré los ojos e intenté ahuyentarlos. ¿Cómo era posible que nuestras vidas hubieran tomado un rumbo tan extraño? ¿Cómo había cambiado todo tan de repente?

Quise ver los establos, aunque me temía lo que iba a encontrar allí. Me preparé para lo peor, pero de todos modos reuní fuerzas para obligar a Calígula a seguir avanzando sobre la hierba seca que rodeaba el castillo y luego por el camino enfangado que conducía a las cuadras. Al pasar por delante miré por las ventanas de las caballerizas. No había ningún caballo en el interior y los campos también estaban desiertos. ¿Nos habían robado los animales o habían tenido la suerte de escapar?

—¡Jasper! —grité, e intenté silbar sin éxito.

Inspiré profundamente y volví a probar mientras oteaba los prados y rezaba para que Jasper acudiera al galope. Me quedé allí mirando hasta que la hierba y el cielo se fundieron. Ni rastro de Jasper. Ni rastro de Polly.

No quedaba nada.

Desmonté agotada y dejé a Calígula pastando en el prado.

—Eres libre —le susurré. Levantó la cabeza y me miró a los ojos. Luego frotó el hocico contra mí—. Nadie volverá a ponerte un bocado de castigo. Estos campos te pertenecen. Puedes recorrerlos en libertad —apreté la frente contra su cabeza—. Espero que vivas mejor aquí.

Le solté el cuello y eché a andar despacio hacia el castillo. El camino enfangado daba a un sendero de pizarra que concluía en la amplia escalinata de entrada. En lo alto de las escaleras, las puertas de madera estaban cerradas.

Al mirar atrás una última vez, descubrí que Calígula me había seguido y me miraba desde el camino.

—¡Vete!

Sorprendida, descubrí que tenía el rostro bañado en lágrimas. Agité la mano pero el animal se quedó allí, mirándome.



El frío se había apoderado del interior del castillo. El suelo estaba cubierto de cristales rotos que brillaban como trozos de hielo a la tenue luz de los ventanales. La gran lámpara de araña que durante siglos había iluminado la entrada del castillo yacía rota en millones de añicos sobre el suelo de mármol. También los retratos de la familia real que adornaban las paredes estaban rajados a la altura de la garganta, como si hubieran degollado a mis antepasados. Los jarrones, las obras de arte, los espejos, los cuadros..., todo estaba destruido. Por lo menos, la hermosa escalinata seguía allí, aunque también estropeada por el incendio.

Quise revisar la casa entera para comprobar qué quedaba en pie, pero temblaba de fiebre. Cada oleada de calor aumentaba después la sensación de frío. Derrotada por el peso de mis propias extremidades, me cogí a la barandilla y me obligué a remontar las escaleras. Notaba como si me rastrillaran la espalda y me acordé de lo que las chicas de la Nueva Guardia le habían hecho a Vashti.

Me aferré a la chamuscada baranda para no perder el equilibrio. Solo quería tumbarme en mi cuarto, en mi cama. Mi mente febril no atinaba a pensar en ninguna otra cosa. De modo que seguí subiendo, peldaño a peldaño. El suelo parecía moverse bajo mis pies. Estaba mareada, como a bordo de un barco en un mar embravecido.

Para cuando llegué a la puerta de mi habitación, avanzaba a cuatro patas. Habían derribado el armario. La madera oscura estaba hecha trizas; las sábanas, tiradas por el suelo. Aun así, la camita redonda de Bella seguía en el rincón, todavía con la forma de su cuerpo impresa, y mi propio lecho endoselado estaba casi intacto. A pesar de todo, en aquella habitación me sentía en casa. A diferencia de mi madre y de mi padre, que ya no eran sino recuerdos, aquel espacio, aquel castillo, seguiría existiendo y nos sobreviviría a todos. Tal vez algún día otra chica se pondría mis vestidos, abriría el joyero que me había pertenecido desde los seis años y vería a la bailarina girar en el interior.



De repente, la cabeza me pesaba demasiado como para mantenerla erguida. Me eché hacia atrás y dejé que golpeará en el suelo de madera. Allí tendida, miré mi cama, lamentando no tener fuerzas para llegar hasta ella. A la luz de los ventanales, me vi las heridas del brazo con más claridad. Distinguí unas vetas rojas, hinchadas y purulentas, que se ramificaban. Infección. Cerré los ojos y me sumí en un sueño inquieto, plagado de horribles pesadillas.

Me desperté y, en mi delirio, creí oír voces en el vestíbulo, el sonido de unos pasos. La puerta de la habitación chirrió al abrirse. No sabía cómo se las había ingeniado Cornelius Hollister para encontrarme tan deprisa, pero en aquel momento deseaba morir. Me quedé allí tendida, incapaz de moverme, con los ojos cerrados.

—Eliza, ¿eres tú?

Abrí los ojos para averiguar quién se inclinaba sobre mí. La melena lisa, las pecas, los ojos verdes, muy abiertos por la sorpresa.

—Polly —suspiré.



Ardiendo de fiebre, recuperaba la consciencia y volvía a perderla. Alguien me había llevado a la cama y me administraba cucharadas de agua. Al principio pensé que Polly y yo estábamos bailando bajo la lluvia y que sacábamos la lengua para atrapar los goterones. Entonces vi su rostro flotando ante mí, con el ceño fruncido por la preocupación, y recordé.

Una mujer de voz suave y manos delicadas estaba con ella. Sostenía mi cabeza sobre su regazo para darme un poco de caldo, pero yo no podía tragar. Llegó un hombre con un abrigo oscuro, un médico; llevaba un pequeño botiquín en la mano. Se sentó en la cama y me tomó la temperatura en la axila, igual que hacía mi madre cuando yo era niña.

—Cuarenta y un grados —dijo en tono grave—. Necesitamos antibióticos para combatir la infección.

—¿No deberíamos trasladarla? —preguntó Polly con voz angustiada.

—Está demasiado débil para moverla —repuso él.

Un grupo de personas lo rodeó. Hablaban en tono bajo y solemne. Dado que la Nueva Guardia había asaltado los hospitales y las farmacias, el médico no sabía dónde conseguir la medicina que me hacía falta. Vi que Polly salía corriendo de la habitación y perdí el conocimiento.

El delirio me servía de evasión. Recuerdos felices inundaban mi mente, tan vívidos que llegaba a oír la voz de mi madre, a aspirar el aroma de su esencia de rosas. Noté el suave pelaje de Bella, el contacto húmedo y frío de su hocico en mi mano. Sin embargo, cuando me asaltaban los temblores, llegaban también las pesadillas. Mary convertida en un esqueleto tras los barrotes, Jamie agonizando a solas en el camastro de la celda, la mirada vidriosa de mi padre cuando se desangraba en el suelo del salón de baile.

Me desperté gritando.

—Eliza, todo va bien —decía Polly mientras me refrescaba la frente con un paño húmedo.

La habitación se perfiló ante mí y volví a echarme sobre la almohada. Los latidos de mi propio corazón me martilleaban los oídos.

—¿Qué ha dicho el médico? —pregunté.

Al ver que mi amiga no respondía, supe que no habían encontrado los antibióticos.

—Estamos haciendo todo lo posible. He ido al mercado esta mañana —advertí por su tono de voz que Polly se había echado a llorar—. El señor Seabrook, el farmacéutico, dice que a lo mejor sabe dónde encontrarlos. Volveré mañana por la mañana. Mi madre ha estado en el pueblo preguntando a todo el mundo, por si a alguien le queda algo en el botiquín.

Asentí, pero cualquier movimiento, por pequeño que fuera, me provocaba dolor de cabeza. A nadie le quedaría antibiótico.

—¿Hollister ha saqueado los hospitales?

—Sí —asintió Polly solemnemente—. Incluso había soldados suyos en la plaza del mercado esta mañana. Uno de ellos me ha estado siguiendo.

—No podemos luchar contra ellos —dije casi sin voz—. Tienen armas y munición...

Los temblores volvieron a empezar y me tendí, incapaz de pronunciar una palabra de tanto como me castañeteaban los dientes.

Polly me miró, esforzándose por ocultar su preocupación, con la naricilla arrugada en un gesto que adoptaba cuando estaba a punto de echarse a llorar. Me arropó hasta la barbilla y, tendiéndose a mi lado, me envolvió en un abrazo para calentarme.

Oí el chirrido de la puerta y el médico entró.

—Necesita descansar, Polly —la regañó con dulzura.

Ella se incorporó y se alejó.

El médico caminó hacia mí. Llevaba en la mano un jarabe de color ámbar, que interrumpió los temblores y me ayudó a dormir. Noté que me abría la boca con las manos para verter el jarabe por mi garganta. El sopor me envolvió como un manto. Intenté llamar a mi amiga, pero me venció el sueño.

Cuando desperté, los padres de Polly y el médico estaban sentados a la cabecera de mi cama. Clara me apretaba las manos ligeramente, como hacía mi madre. Me sonrió con tristeza. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¿Cómo te encuentras, Eliza? —me preguntó el médico.

Intenté responder, pero casi no podía abrir la boca. Asustada, miré al doctor, luego a Clara y, por último, a George, que estaba sentado con las manos entrelazadas en el regazo, mirando al suelo.

—El tétanos provoca parálisis en la mandíbula —me explicó el médico cuando vio que yo no podía hablar.

—Lo siento muchísimo, Eliza —dijo Clara inclinándose sobre mí—. Hemos buscado en todas partes y hemos preguntado a todo el mundo. George ha cabalgado durante días por las aldeas y los pueblos vecinos, pero a nadie le queda nada.

Las lágrimas inundaban sus ojos mientras hablaba. Supe, sin necesidad de oír una palabra más, que estaban allí para decirme que iba a morir.

—La infección se ha extendido —informó el médico.

Si hubiera podido abrir la boca, me habría echado a reír. Había saltado de lo más alto de la Torre de Acero y ahuyentado a un montón de culebras de cloaca. Me había arrastrado por un túnel prácticamente en llamas y cabalgado durante más de quinientos kilómetros a pelo. Sin embargo, iba a morir por culpa de una vieja trampa infectada de tétanos.

—Enterradme junto a mi madre —quise decir.

Deseaba que me envolvieran en gasa y me colocaran en la tierra al lado de mi madre. Imaginé que allí abajo, con los huesos en contacto, sería casi como volver a entrelazar las manos.

Cerré los ojos y me preparé para otra ronda de temblores. El somnífero que el médico me había administrado aliviaba el dolor, pero me impedía comer, y notaba los ángulos de mis propios huesos contra el colchón. Un rayo de sol atravesó las cortinas caladas que llevaban toda la vida en mi habitación.

—A lo mejor tiene sed —se inquietó Clara, y se colocó a mi lado en la cama, con mi cabeza entre los brazos.

Me administró varias cucharadas de agua alternada con manzanilla. Noté cómo la infusión se deslizaba por mi garganta hasta el estómago vacío.

—Hace un día precioso —dije tan claramente como pude, pero las palabras sonaron confusas, como un murmullo. Clara me entendió.

—Hace un día precioso —asintió.

Cuando salió, dejó la ventana entornada para que entrara el aire fresco. Olía casi como el mar, una brisa fresca del rocío pero también caldeada por el sol. La respiré despacio por la nariz. Llevaba respirando toda la vida, pero nunca me había dado cuenta de cuán dulce era el aire. Y quizá se debiese al delirio, pero lo cierto era que alcanzaba a distinguir incluso el suave aroma de las flores. Recordé entonces el estampado floral del sofá de Wesley, donde nos habíamos besado a la inquieta luz del fuego. En cuanto la imagen asomó a mi mente traté de ahuyentarla; no quería desperdiciar mis últimas horas de vida pensando en él.

Perdí el conocimiento, y medio soñé, medio recé por Mary y Jamie. Esperaba que su muerte a manos de Hollister fuera lo más rápida e indolora posible. Rogué que Polly y su familia no tuvieran que sufrir algún día por haberme ayudado. Y aunque estaba a punto de morir, deseé que alguien matara a Hollister o que una gigantesca bola solar se abatiera sobre él y su ejército y los abrasara. No moriría en paz sabiendo

que seguía vivo.

Al cabo de un rato, noté la mano fresca de Polly en mi frente.

—No pasa nada, Eliza.

—Polly, has sido la mejor amiga que nadie podría soñar —musité a través de mi boca cerrada—. Te quiero muchísimo.

Cerré los ojos, satisfecha de haber podido pronunciar mi último adiós.



No pude dormir. Sacudida por los temblores y la fiebre, yacía en la cama, con los ojos abiertos pero sin ver apenas nada. Al atisbar la línea de luz gris que entraba por la ventana entornada comprendí que había sobrevivido un día más.

Unos fuertes golpes resonaron en la casa.

Polly estaba tendida a mi lado, con el brazo alrededor de mi cintura. Se incorporó de golpe y miró a su alrededor. Su madre, que dormitaba en el sillón del rincón, se despertó asustada.

—¿Quién llamará a estas horas de la noche? —se preguntó.

Apartó la cortina de la ventana para atisbar el exterior.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? —gritó a la oscuridad.

Nadie le respondió, solo el repicar de unos cascos contra el camino de piedra, cada vez más débiles.

—Será mejor que baje a mirar —decidió George. Tenía la voz cansada, abatida.

—Te acompaño —se ofreció Polly, pero le apreté la mano. Quería que estuviera conmigo. Tenía miedo de quedarme sola, de morir sola. Ella me entendió y volvió a acostarse a mi lado.

Unos minutos más tarde, George entró a toda prisa.

—Alguien ha dejado un paquete en la puerta —nos comunicó sin aliento.

Tendió el bulto que llevaba en las manos.

—¿Qué es? —preguntó Clara.

Cogió la vela de la mesilla de noche para examinarlo. Era un pequeño fardo envuelto en papel marrón y atado con un cordel. Oí el crujido del papel mientras lo desenvolvía. Luego, en silencio, acercó el contenido a la luz titilante. Abrí los ojos con esfuerzo. Clara tenía en la mano lo que parecía un frasco de cristal.

—¿Qué dice, mamá? —preguntó Polly con impaciencia.

—Penicilina... Tomar tres veces al día durante cuatro semanas.

—¿El medicamento? —exclamó mi amiga emocionada—. ¡Es el medicamento! Alguien del pueblo debía de tener algo guardado.

—¿Han dejado una nota? —quiso saber Clara.

Polly miró en el interior del envoltorio.

—No.

Su madre pareció perpleja.

—¿Habrá sido el señor Seabrook? Esta mañana ha dicho que intentaría conseguir algo.

—No nos preocupemos ahora de su procedencia —interrumpió George en tono apremiante—. Hay que machacar las píldoras cuanto antes para mezclarlas con leche. Si no, no se las podrá tragar.

Polly se sentó a mi lado y me ayudó a incorporarme mientras su padre me metía en la boca cucharadas de leche mezclada con algo amargo. Después de tantos días sin comer, me costaba tragar. Polly advirtió mis dificultades y dejó caer algo de agua en mi boca, lo cual me ayudó un poco.

—Los antibióticos tienen un tiempo de caducidad muy corto —comentó George mientras vertía más leche en la cuchara—. Recemos para que no sea demasiado tarde y la medicina haga efecto.



Al principio, el médico me visitaba tres veces al día. Me administraba las píldoras por la mañana, a mediodía y por la noche. Siempre que venía me tomaba la temperatura y, en todas las ocasiones, asomaba una sonrisa a su rostro por lo demás severo. Los temblores cedieron pronto, así como los sudores. Por fin, los músculos de mi boca perdieron la rigidez y pude volver a hablar. Las líneas rojas de la infección que se extendían hacia mi corazón se fueron borrando hasta quedar reducidas a unas leves cicatrices en los brazos y la espalda.

Cuando hubo transcurrido una semana entera sin que me subiera la fiebre, el médico empezó a acudir cada dos días, solo para asegurarse de que comía. Dijo que había perdido casi una cuarta parte de mi peso. Tenía los músculos tan débiles que no me dejaban andar sola por miedo a que me cayese.

Polly no se separaba de mi lado. Me traía bandejas de comida, gachas con miel que su padre había sacado de la colmena y crema de su vaca lechera. Para comer, me preparaba un caldo con todo aquello que podía encontrar, una zanahoria o una patata, y me lo servía con un platillo de moras. Yo seguía sin tener mucho apetito, pero hacía un esfuerzo por comer para complacer a mi amiga. Polly daba saltos de alegría cada vez que le devolvía un plato vacío. Y despacio, por partes, le fui contando lo sucedido desde que me despedí de ella el verano anterior. Aún no le había hablado de Wesley; aquellos recuerdos todavía me dolían demasiado. Me pregunté si alguna vez tendría el valor de hacerlo.

—Es lo peor que le puede pasar a una persona, Polly —le dije. Físicamente, me

encontraba mucho mejor, pero me sentía incapaz de superar lo sucedido aquella noche en la torre—. Los tenía tan cerca..., nos tocamos las manos a través de los barrotes de la celda. Y luego tuve que dejarlos allí. A veces creo que debería haberme quedado. Como mínimo, así habríamos muerto todos juntos...

—¡No, Eliza! —se enfadó Polly—. Deja de hablar así. Hiciste cuanto pudiste por salvarlos, y lo intentaremos de nuevo.

—Es muy peligroso —empecé a decir a la vez que negaba con la cabeza, pero ella me interrumpió.

—Las fuerzas de la resistencia se están agrupando desde hace un tiempo. No son muy numerosas, pero crecen día a día. Nadie se cree lo que dice Cornelius Hollister —Polly hizo una pausa y luego bajó la voz—. La noche en la que sus tropas incendiaron nuestra casa, estuvo aquí, vertiendo gasolina con ellos. Por suerte, el vigilante apostado en el pueblo nos advirtió de lo que pasaba. Gracias a eso pudimos escapar antes de que llegaran.

—¿Y no han regresado desde entonces? —le pregunté.

—No... Aún no, por lo menos.

—Bueno, pues estoy segura de que no tardarán en volver, sobre todo si descubren que estoy aquí.

Polly asintió.

—Por eso debemos asegurarnos de que no lo descubran.

—¿Las tropas de la resistencia tienen armas? ¿Munición?

Polly hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Alguna cosa tenemos, pero necesitaríamos más. La munición escasea. Sin embargo, lo más importante es que la gente se está organizando. El herrero del pueblo está fabricando espadas y porras inspiradas en los modelos medievales... La gente se entrena siempre que tiene ocasión.

—La Nueva Guardia posee pistolas y seviles, munición en abundancia, caballos de guerra y uniformes —recordé con desaliento—. En caso de confrontación, no tenemos ni una posibilidad.

Su semblante se apagó. No quería destruir sus esperanzas, pero tenía que saber a qué nos enfrentábamos.

—El mayor problema es la magnitud de su ejército. Ya sabes que invade los barrios y toma prisioneros, pero también obliga a hombres y mujeres a luchar en su bando. Si se niegan, los envía a los campos de exterminio, donde los hace trabajar hasta que ya no le resultan útiles. Y entonces... —recordé lo que había visto en la horrible noche de mi huida y me estremecí— los obliga a cavar sus propias tumbas y luego los ejecuta.

Polly parecía horrorizada.

—Tienes que descansar —se apresuró a decir—. Y tanto hablar de los campos de

exterminio no te hace ningún bien.

Me recosté contra las almohadas mientras ella salía de la habitación de puntillas. Tenía razón; debía concentrarme en recobrar las fuerzas. La luz de primera hora de la tarde entraba por los cristales proyectando una sombra color lavanda sobre la cama. Sabía que debía estar agradecida de seguir viva, pero algo había cristalizado en mi interior. Todo había salido mal, había fracasado en todo cuanto había intentado. Me quedé mirando las grietas del techo. De niña, cuando miraba las líneas en zigzag, me imaginaba un conejo, la luna, casas, árboles. En aquellos momentos, solo veía grietas.



Habían transcurrido algunas semanas desde que recibiera la misteriosa donación de penicilina y por fin volvía a sentirme yo misma. En cierto sentido, aquel parecía un verano más. Polly y yo nos pasábamos todo el día juntas mientras me iba reponiendo poco a poco. Por la mañana paseábamos por el jardín. Luego, al caer la tarde, leíamos junto al fuego. Sin embargo, no podía dejar de pensar, cada minuto del día, en Mary y Jamie, prisioneros en la torre. Esperaba que siguieran vivos y que no los hicieran sufrir.

Una mañana, cuando bajamos a desayunar, encontramos a Clara y a George sentados a la mesa de la cocina, tomando té y comiendo tostadas de pan integral con un poco de puré de moras. Clara troceaba zanahorias y patatas de aspecto rancio y las arrojaba a una olla para preparar un guiso.

—¿Cómo van a sobrevivir las tropas con esto? —se preguntó abatida.

George sacudió la cabeza de lado a lado, sin molestarse en levantar la vista del antiguo rifle de caza que intentaba reparar. En otro tiempo, colgaba en la pared del despacho de mi padre como objeto decorativo. Al verlo me invadió una profunda tristeza. Echaba muchísimo de menos a mi padre.

Me senté junto al fuego mientras Polly vertía agua para preparar el té. Miré a mi alrededor y me fijé en los platos amontonados, los sacos de harina y azúcar vacíos, los cajones desiertos. La cocina siempre había sido mi habitación favorita. Era tan acogedora; fuera cual fuese la época del año, siempre ardía un fuego en el hogar. Yo pensaba que si el castillo estuviera vivo, la cocina sería el corazón.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —me preguntó Clara con cautela.

—Mejor, creo.

Notaba en la espalda el agradable calor del fuego. Moví los hombros y estiré el cuello. Aún tenía los músculos débiles, pero al menos ya no me dolían.

Clara alzó la vista, intercambió una mirada con su marido y asintió.

—Eliza —empezó a decir George mientras dejaba sobre la mesa la llave inglesa y el perno que estaba usando para reparar el rifle—, tenemos que hablar contigo.

—Estábamos esperando a que te sintieras mejor —terció Clara. Miró un instante a su marido con ademán dubitativo y luego volvió a posar los ojos en mí—. Me rompe el corazón tener que decirte esto, pero no creemos que sea seguro que sigas aquí. Hemos buscado una familia que te acoja, un lugar donde estarás a salvo.

—¿Una familia que me acoja? —repetí con un nudo en el estómago.

—El señor y la señora Keats, de Gales. Eran viejos amigos de tu padre; a lo mejor te acuerdas de ellos. A menudo visitaban a tu familia en Londres.

—¿Me tengo que ir? ¿Me enviáis a Gales? —miré a Clara y luego a George—. Por favor —supliqué—. Esta es mi casa. Es cuanto me queda de mi pasado.

Clara negó con la cabeza.

—Eliza, ya sé que es duro, pero es la única manera de que estés a salvo. Si Cornelius Hollister te captura y te mata, la línea sucesoria de los Windsor se truncará y él se proclamará rey. No podemos permitir que eso suceda.

El corazón me dio un vuelco cuando comprendí lo que implicaban sus palabras.

—Quieres decir que... —tragué saliva—. ¿Mary y Jamie han muerto?

—No, no, no sabemos nada de ellos. Y mientras no nos informen de lo peor, daremos por supuesto lo mejor. Estoy segura de que siguen vivos. No obstante, tenemos que mantenerte a salvo —sonrió y me apretó los hombros para tranquilizarme, pero yo sabía que no me estaba diciendo lo que pensaba de verdad, sino más bien lo que yo quería oír—. El general Wallace te escoltará a Gales con un batallón de la resistencia para mayor seguridad.

—Pero no puedo esconder la cabeza —protesté mientras una lágrima me caía por la nariz y se estrellaba en la mesa de la cocina—. Ya he perdido demasiado. Este lugar es el único vínculo que conservo con el pasado.

—¡También tienes tu vida! —exclamó George—. Y eso es lo que queremos proteger —se interrumpió. Cuando siguió hablando, lo hizo con más suavidad—. Tu padre era un buen hombre. Siempre nos trató bien, como si fuéramos parte de la familia. Le prometí que haría cuanto fuera necesario para protegerte, y eso es lo que voy a hacer.

Clara me tomó de la mano.

—Aquí no estás segura, Eliza, y tampoco es seguro para nosotros albergarte. Volverán a buscarte.

Asentí. Tenían razón, desde luego. Si la Nueva Guardia me encontraba allí, Polly y su familia serían asesinados. No podía poner en riesgo sus vidas.

—¿Cuándo me marchó?

Se hizo un silencio. Clara y George intercambiaron una mirada. Por fin, él dijo:

—El general Wallace te acompañará esta noche, después del ocaso. Por tu seguridad, es mejor que viajes al amparo de las sombras.

—Esta noche —repetí con voz apagada—. Muy bien. Tenéis razón, será mejor

para todos.

Polly me rodeó con el brazo, pero su gesto hizo que me sintiera peor. Me obligué a mí misma a beberme el té y apurar la tostada, mientras pensaba en lo duro que sería despedirme de ella de nuevo. ¿Volvería a ver alguna vez los lugares y a las personas a las que amaba? ¿O viviría en el exilio por siempre?

Cuando hube terminado, me levanté y llevé la taza al cubo que usábamos para fregar.

—Voy arriba a preparar algunas cosas para el viaje.

—Te acompaño —propuso Polly levantándose al tiempo de la mesa.

—Prefiero estar a solas un rato, si te parece bien.

Mientras subía las escaleras, me di cuenta de que estaba pensando en mi infancia. Cuando éramos pequeñas, Mary y yo cogíamos dientes de león en las colinas, soplábamos las semillas y las veíamos alejarse flotando. Me dije que mi familia se había disgregado como aquellas semillas. Yo sería la siguiente en partir.

Los suelos de piedra resonaron bajo mis pies cuando recorrí el castillo por última vez. Le dije adiós a la sala azul con la chimenea de mármol de cuya repisa colgábamos los calcetines en Navidad. Me despedí del cuarto de los niños, donde supe por primera vez que Jamie estaría muy enfermo toda su vida. Pisé por última vez la sala de fumar, con su friso de madera. Visité el salón de baile y también la salita de té, con aquellas molduras que siempre me habían recordado un pastel. Por fin, me dirigí al despacho de mi padre.

Cuando abrí la puerta, distinguí el polvo suspendido en los rayos de sol que se proyectaban desde la ventana a la mullida alfombra oriental. El escritorio de mi padre seguía en el lugar de costumbre, con la silla echada hacia atrás como si acabara de levantarse.

Cuando vivía, a mi padre le encantaban las antigüedades. Tenía una colección de pequeños coches de carreras, una vieja cámara de fotos forrada de piel junto a una caja de rollos de película precintada, varios casetes, teléfonos móviles y una colección de soldaditos de plomo. Mary y yo siempre nos burlábamos de él, poníamos los ojos en blanco y lo llamábamos anticuado.

El cuarto olía a una mezcla de piedra, tabaco y madera, un aroma que siempre asociaría a mi padre. Se me saltaron las lágrimas. Nunca había estado allí a solas. Me pregunté si me estaría mirando, si sabría hasta qué punto lo echaba de menos, cuánto lo necesitaba.

Besé la pared de su oficina y subí las escaleras. Noté la corriente de aire que soplabla en los pasillos.



—¿Eliza? —Polly se asomó por la puerta de mi habitación. Yo ni siquiera estaba

haciendo el equipaje. Ociosa, me limitaba a mirar por la ventana—. Ha salido el sol —comentó en tono inseguro—. ¿Quieres que salgamos? Quizá te ayude a sentirte mejor.

Toqué el antepecho de la ventana y miré la pintura desconchada.

—Bueno.

En el exterior, el sol caldeaba los senderos fangosos. Despacio, en silencio, recorrimos un camino que los coches habían transitado en otro tiempo. Pasamos junto a los restos del manzanal, con sus árboles desnudos y yermos, las ramas recortadas contra el cielo como esqueletos. Aunque no habían vuelto a crecer manzanas desde los Diecisiete Días, el aroma de la fruta persistía como un fantasma obstinado.

—Polly —dije sin aliento, y me detuve a mirar.

En una zona de tierra, a un lado de la carretera, había brotado un arbolillo. Me incliné para examinar el pimpollo más de cerca. Era un tronco suave y delicado que se dividía en dos ramas delgadas de las que nacían hojas en forma de corazón.

Polly se agachó a mi lado con una expresión sorprendida. Noté que las lágrimas me inundaban los ojos. Lágrimas de esperanza.

Tras los Diecisiete Días, innumerables especies vegetales habían desaparecido de la faz de la tierra. Mi madre fue quien más lo lamentó; siempre le habían encantado las plantas. El día de su muerte, mientras merendábamos en el jardín, me dijo:

—Espero que algún día, a lo largo de tu vida, las hojas verdes vuelvan a brotar.

Fue uno de los últimos deseos que expresó.

Esbocé una sonrisa, feliz de que el anhelo de mi madre se hubiera cumplido. Luego recordé a Mary y a Jamie y mi sonrisa se desvaneció. Como si me hubiera leído el pensamiento, Polly tomó mi mano y la apretó.

Justo en aquel momento, oímos un ruido extraño a lo lejos. Parecía el traqueteo de unos neumáticos contra el asfalto, solo que nadie tenía combustible para poner un coche en marcha. Polly y yo nos quedamos heladas; nos miramos aterrorizadas.

El rumor aumentó de volumen, cada vez más próximo. No era un camión, comprendí, sino un grupo de caballos que empezaba a asomar por el recodo. Era un escuadrón de soldados de Hollister.

Contemplamos atónitas las filas aparentemente interminables de hombres y mujeres de uniforme, armados con seviles, que cabalgaban por los sinuosos caminos secundarios. Marchaban tan acompasados que recordaban a una serpiente gigantesca. Aquellos no eran reclutas recientes sino el grueso del ejército, con caballos, armas nuevas y uniformes limpios. Polly palideció.

—Machacarán a las fuerzas de la resistencia en un abrir y cerrar de ojos —se lamentó sin poder apartar la vista, con una mezcla de miedo y de respeto en el semblante.

Sin darme tiempo a reaccionar, Polly se plantó ante mí de un salto y me empujó a

un zarzal. Yo me tambaleé entre los arbustos; la maraña me impedía hacer cualquier movimiento. Pensé que mi amiga se ocultaría conmigo, pero se quedó allí, junto a la carretera, mirando hacia delante como si tal cosa. Tres jinetes se habían separado del resto y se dirigían hacia nosotras.

—Polly, ven aquí —susurré, pero ella me pidió por gestos que me callara.

Los caballos se acercaban. Yo me agazapé en el espacio libre que quedaba entre las ramas más bajas, cogida a la planta con tanta fuerza que mis nudillos palidecieron. *Por favor, no le hagáis daño, por favor, no le hagáis daño*, rogué en silencio. Quizá pasaran junto a ella sin decirle nada, tomándola por una chica del pueblo de camino a casa.

El traqueteo perdió intensidad y comprendí que los soldados no iban a pasar de largo. No les veía las caras, solo alcanzaba a atisbar las patas musculosas de los caballos, que estampaban en el suelo las herraduras claveteadas de sus cascos. Polly seguía allí, muy quieta. Distinguía sus piernas delgadas y la parte trasera de sus pantalones cortos; también su mano, que temblaba nerviosa con un puñado de ramas a la espalda.

—¿Vives aquí? —oí preguntar a uno de los jinetes.

—Sí —repuso Polly en tono apocado—. Vivo algo más arriba, en Balmoral. Estaba cogiendo leña para la cocina.

—¡Habla alto y claro cuando te dirijas a nosotros, niña! —le espetó un segundo soldado—. ¿Conoces acaso el paradero de la princesa Eliza?

Polly guardó silencio.

—¡Contesta! —gritó el soldado malcarado al mismo tiempo que esgrimía el sevil.

Con rapidez y sin previo aviso, lo blandió y la abofeteó en la cara con la hoja plana. La fuerza del golpe tiró a Polly hacia atrás. Aterrizó en el suelo, a menos de un metro de donde yo estaba. Se quedó sentada allí, con la mano en la mejilla y mirándolos fijamente, sin decir nada.

—Ya basta —ordenó otro soldado. Al oír su voz, perdí el aliento. Hablaba en un tono mucho más amable que el primero—. A ver, ¿has visto a Eliza Windsor o tienes información de su paradero?

Tuve que hacer esfuerzos para no salir a mirar a Wesley. Quería verlo una vez más a la luz del día y preguntarle por qué no me había dicho la verdad sobre su familia. Preguntarle por qué se había quedado junto a su padre en aquel tejado cuando podría haber acudido a mi lado.

Polly se levantó. Desde mi escondrijo, vi las palmas de sus manos ensangrentadas por la caída.

—Si nos proporcionas alguna pista que nos ayude a encontrarla, Cornelius Hollister te recompensará con dinero o comida, lo que prefieras —la informó Wesley.

Polly asintió.

—¿Eso es un sí? —preguntó el primer soldado con severidad.

—Sí —contestó Polly con voz queda.

—¿Sí sabes dónde está la princesa? —repitió el jinete. El caballo se agitó y él tiró de las riendas para aquietarlo—. ¡Dínoslo! No tenemos todo el día.

La mano de Polly tembló con ademán nervioso cuando balbuceó:

—Eliza Windsor, la princesa de Inglaterra...

Me incorporé, a punto de apartar las ramas y entregarme yo misma.

—... está enterrada junto a su madre en el Cementerio Real de Londres.

Se hizo el silencio entre los jinetes. Solo se oía el tintineo de las riendas de los caballos, que se agitaban sin moverse del sitio.

—¿Está muerta? —preguntó el soldado, como decepcionado—. La necesitamos viva. ¿Cómo lo sabes? ¿Estás segura?

—Sí —musitó Polly bajando la vista—. Falleció de una infección de tétanos y de fiebres. Encontraron su cuerpo en la carretera a Balmoral. Supongo que quería llegar a su casa antes de morir. Mi padre fue uno de los que ayudaron a transportar su cuerpo a Londres para el entierro. Dicen que estaba en los huesos, casi irreconocible —concluyó con voz grave y triste.

Los caballos, que coceaban con nerviosismo, levantaban nubes de polvo. Oí que los jinetes hablaban entre ellos, pero Wesley guardó silencio.

—Bueno, entonces no hay necesidad de seguir por este camino —dijo al fin en un tono poco expresivo—. Ya nos hemos llevado del castillo todo lo que valía la pena, de modo que podemos unirnos a la octava división para saquear Newcastle.

Oí que los caballos daban media vuelta y el sonido de sus cascos se perdía en la distancia, en dirección a la carretera del norte.

—¡Polly! —salí con dificultad de entre las ramas y corrí a abrazarla—. ¡Gracias! Qué valiente has sido. Me has salvado la vida.

Me quedé mirando la marca roja que tenía en la cara, donde el soldado la había golpeado. Estaba pálida y en estado de *shock*.

Nos sentamos un minuto en el murete de piedra para recuperarnos.

—Ese soldado, el rubio —empecé a decir como quien no quiere la cosa, mientras me acariciaba la cicatriz de mi propio brazo—, ¿te ha parecido disgustado cuando le has dicho que había muerto?

Polly me miró con extrañeza.

—Eliza —dijo despacio—, ha venido a capturarte.

—Ya —me sorprendió sentir una punzada de dolor—. Tienes razón.

Me levanté y eché a andar por el camino para ocultar las lágrimas que acudían a mis ojos. Me ponía enferma que el mero sonido de su voz, su sola proximidad, me hiciera llorar. Después de todo lo que había pasado, me odiaba a mí misma por seguir preguntándome si realmente había llegado a sentir algo por mí.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Polly acercándose.

Me volví a mirarla y asentí, parpadeando para contener las lágrimas.

—No quiero marcharme —dije con sinceridad.

Polly miró al suelo.

—Yo tampoco quiero que te vayas.

—Detesto tener que huir sabiendo que existe la posibilidad de que mis hermanos sigan vivos, de poder rescatarlos.

—Te comprendo —asintió Polly—, aunque debes confiar en mi padre, debes confiar en mí, cuando te decimos que haremos cuanto esté en nuestra mano por salvarlos. Pero primero hay que salvarte a ti.

En aquel momento oímos a nuestra espalda un ruido procedente de los bosques. Nos escondimos tras el murete y escuchamos unas fuertes pisadas que se acercaban hasta detenerse. Sonó un fuerte chasquido como de ramas que se partían.

Despacio, me incorporé una pizca y miré por encima del muro. Un caballo alto, blanco y negro, hozaba entre los árboles cerca del lindero del bosque.

—¡Calígula!

Salté el murete y corrí hacia la yegua. Al pasar las manos por su crin enmarañada, noté que una lágrima de alegría me caía por la mejilla. Por raro que fuera, se había quedado allí cerca, como si me estuviera esperando.

Aquella noche, cuando abandonase Balmoral, no lo haría sola. Me llevaría a la yegua a Gales y adondequiera que fuese después.



Cuando nos acercamos al castillo a lomos de Calígula, Polly y yo vimos a cientos de hombres y mujeres en el exterior. Eran las tropas que George había reunido por los pueblos vecinos. Algunos portaban las armas forjadas por el herrero que Polly había mencionado, otros llevaban arcos, flechas y espadas caseros. Iban ataviados con sus propias ropas, ni de lejos los uniformes de brillantes botones de latón que lucía la Nueva Guardia. Mientras le pedía a Calígula que se detuviera, el corazón me dio un vuelco. Eran poquísimos en comparación. El día empezaba a declinar y el aire húmedo anunciaba lluvia. Dentro de una hora me pondría en camino.

Pensé en el largo viaje que me depararía la noche hasta llegar a Gales. Era un trayecto peligroso. Tal vez nos cruzásemos con bandidos, Merodeadores y, lo peor de todo, soldados de Hollister. Nada nos garantizaba que fuéramos a llegar vivos. Pese a todo, como mínimo, tendría a Calígula para hacerme compañía.

En la escalinata del castillo, sobresaliendo por encima del gentío, estaba el general Wallace. Había envejecido mucho desde la última cena oficial en el palacio de Buckingham. La caída del gobierno y la muerte del rey le habían pasado factura; su pelo se había tornado gris plata y tenía grandes ojeras oscuras bajo los ojos.

Cuando nos vio, el general dio un paso adelante para recibirnos.

—Princesa —me saludó con una inclinación de cabeza—, lo lamento muchísimo.

Clara apareció a su lado y yo me bajé de Calígula antes de correr hacia ella. El miedo me aceleró el corazón.

—¿Qué es lo que lamenta? —pregunté con voz entrecortada.

La madre de Polly me envolvió en un abrazo. Sus lágrimas me humedecieron el pelo y la espalda de la camisa.

—Acaban de anunciar... Han dicho en la radio...

Se tapó la cara y se echó hacia delante, deshecha en sollozos, mientras George se precipitaba hacia ella con una radio desvencijada en la mano.

—Cornelius Hollister ha anunciado que tus hermanos serán ejecutados el domingo que viene por la mañana —proclamó con solemnidad.

—No puedo creer que vaya a vivir para ver esto —musitó el general para sí—. El fin de la casa de Windsor.

Una lágrima perdida escapó de sus ojos. Todos en el ejército lloraban y gritaban, agitaban los brazos; todos excepto yo.

Yo permanecía inmóvil como una estatua detrás de Calígula, que me protegía de las miradas de la multitud. Tenía los ojos clavados en la radio, incapaz de dar crédito a lo que oía. Lágrimas, gritos... Cualquiera cosa habría sido mejor que quedarme allí petrificada imaginando a mi hermana y a mi hermano pequeño con las sogas al cuello, colgados contra el cielo de Londres ante miles de espectadores.

Polly me rodeó con los brazos y me apretó con fuerza.

—Yo tengo la culpa —lloró—. Les he dicho que habías muerto. Pensé que nos dejarían en paz, pero lo he empeorado todo...

—Solo pretendías ayudar. No sabías lo que pasaría.

Abracé el cuerpo tembloroso de Polly tratando de consolarla.

Seguí mirando la radio mientras oía al locutor recitar la lista de ciudades, pueblos y aldeas que el ejército de Hollister ya había conquistado. Clara y George atrajeron la atención de Polly y le indicaron por gestos que me llevara al otro lado del castillo. La mujer nos tendió un pequeño fardo de cosas que había preparado para el viaje: ropa de abrigo y un par de bocadillos para mí y para el general.

—Eliza —decía George—, hacemos esto por tu seguridad.

Asentí.

—Ya casi ha oscurecido —dijo Polly entre lágrimas.

Clara posó su mano en mi hombro.

—Allí tienen ropa y comida. Las cosas están mejor en Gales.

Volví a hacer un gesto de asentimiento mientras me mordía el labio. Al alzar la vista, vi que el general se acercaba a mí, ataviado con el uniforme del ejército y acompañado de su caballo. Llevaba dos pistolas.

—Lo lamento muchísimo —repitió—. Estuve presente en los bautizos de los tres. Vuestro padre fue un buen hombre —movió la cabeza de un lado a otro antes de alzar la vista al cielo del ocaso—. Deberíamos irnos ya. Tenemos un largo camino por delante.

Asentí una vez más. Habría querido decir algo, pero había perdido la voz.

Polly me abrazó con tanta fuerza que trastabillé hacia atrás. Clara y George fueron los siguientes en despedirse, pero yo no podía mirarlos a los ojos. Las dos personas a las que de verdad deseaba decir adiós ni siquiera estaban allí. Para cuando llegara a Gales, habrían muerto.

Monté a Calígula. Desde aquella gran altura, alcanzaba a ver la totalidad de las tropas de la resistencia, que partían como en desbandada.

—Y ahora ¿qué harán? —le pregunté al general.

—Se rendirán. Esas personas tienen niños y ancianos de los que cuidar. No van a sacrificarse en vano —me miró con tristeza—. Siento que todo haya acabado así, princesa. Ni en mis peores pesadillas habría podido imaginar que viviría para ver el día en el que Inglaterra quedaría en manos de un dictador.

Contemplé al ejército que se disgregaba. Hombres y mujeres lloraban y se despedían entre abrazos. Había atisbado la última esperanza de Inglaterra, pero se había disipado. Estaba asistiendo al fin cuando en verdad nada había comenzado. Nos estábamos rindiendo al reinado de terror de Cornelius Hollister.

Bregando por contener las lágrimas, tomé las riendas de la yegua. Comprendía a aquellas personas. ¿Cómo iban a arriesgar sus vidas, si ni siquiera yo estaba dispuesta a exponer la mía? Por más que quisieran liberar Inglaterra, deseaban más seguir viviendo. Querían compartir los años que les quedaban con sus seres queridos, con sus familias. Yo ansiaba lo mismo, más que ninguna otra cosa. Sin embargo, una voz en mi interior gritaba: «Esto no es el fin». Todavía no.

Miré a los cansados ojos del general.

—Con todo mi respeto, general, no puedo seguir sus órdenes. No me marcharé a Gales. Me quedaré y lucharé aunque tenga que hacerlo sola.

Polly ahogó un grito. El general arrugó la cara con expresión preocupada.

—¡Eliza, tienes que irte! —protestó Clara—. ¡Solo así estarás a salvo!

—¡No tengo que hacer nada! —exclamé. Recordé cómo Mary, plantada ante mí en la Torre de Acero, había tomado una decisión difícil cuando yo no era capaz de hacerlo—. Mis hermanos están presos, lo cual me convierte en la reina en funciones. No acepto órdenes de nadie. A partir de ahora, vosotros decidís. Podéis luchar a mi lado o podéis rendiros al enemigo.

Antes de que nadie pronunciara otra palabra, taloneé a Calígula y galopé en dirección a la muchedumbre. Eché los hombros hacia atrás y me planté ante el gentío, dificultando así su marcha.

—¡Por favor! ¡Esperad! Sé que corremos grandes riesgos, pero, por favor, os lo suplico, no os rindáis ahora.

A medida que me acercaba, la multitud comenzó a murmurar. Los susurros pronto se convirtieron en exclamaciones.

—¡Es Eliza Windsor! —me señaló una mujer desde el gentío.

—¡La princesa!

—¡Está viva!

—Estoy viva —grité—, y no me sentaré a mirar cómo destruyen mi querido país. ¡Si vosotros estáis dispuestos a luchar, yo también! —miré a los ojos a varias personas: una madre con una niña pequeña, un padre con dos hijos—. Me disculpo ante el pueblo de Inglaterra, que se moría de hambre en las calles mientras nosotros, en palacio, conservábamos aún reservas de alimentos. Deberíamos haberos invitado a

entrar, deberíamos haber compartido hasta el último bocado —tragué saliva e hice una pausa para escrutar los rostros de la muchedumbre, que no apartaba los ojos de mí—. Os ruego que perdonéis a mi familia. Os ruego que me perdonéis. No sabía lo que era pasar hambre, carecer de un techo, estar sola, pero ahora lo sé, y lucharé para asegurarme de que ningún ciudadano de Inglaterra vuelva a quedarse sin alimento o abrigo.

El gentío guardaba silencio. Mis ojos paseaban inquietos de rostro en rostro. Al dejar de hablar, empecé a notar el martilleo de mi corazón.

—¡Yo estoy dispuesto a enfrentarme a ellos! —gritó un hombre, un viejo granjero—. Incendiaron mi casa con mi mujer durmiendo dentro; la asesinaron.

Otras personas relataron los crímenes que el ejército de Hollister había cometido contra sus familias, hasta que la multitud al completo prorrumpió en gritos.

—¡Si la princesa se une a las tropas —exclamó el general, ya a lomos de su caballo—, yo también!

Rugiendo enardecido, el ejército al completo sacó sus armas y las enarboló.

—Es posible que seamos pocos y que nuestras armas sean viejas, pero tenemos la verdad y la bondad de nuestro lado —grité—. El deseo de vivir en un mundo mejor. Aquellos que quieran unirse a nosotros que vayan a buscar lo necesario y que regresen con las primeras luces. ¡Al alba partiremos hacia Newcastle!



El cielo amaneció de un color ceniciento. Mientras nos preparábamos para la batalla, los soldados decían adiós a sus seres queridos. Una madre llorosa se despedía de su hija con un beso. Un padre casi anciano le entregaba a su hijo adolescente su viejo cuchillo de caza.

Me embargó una alegría egoísta cuando vi a Eoghan, nuestro antiguo capataz de los establos. Desde la muerte de su mujer, hacía varios años, se ocupaba él de sus dos hijos. Me entristeció ver que se los encomendaba a la abuela mientras él se disponía a arriesgar su vida en la batalla, pero agradecía contar con una cara amiga.

Una pequeña figura a lomos de una yegua alazana galopó hacia mí.

—¿Qué haces aquí, Polly?

—Voy contigo —declaró.

—Polly...

—También es mi país, Eliza. Quiero luchar.

Cabalgó hacia la cabeza de las tropas, donde se congregaban los hombres más fuertes. No me hizo ninguna gracia. Se la veía tan indefensa, una niña menuda sobre una yegua delicada. Inspiré profundamente mirando al cielo. *Por favor, que no le pase nada, recé. Por favor, que no le pase nada.*



Avanzamos en la oscuridad, contra el aire fresco de la madrugada, en dirección a la ciudad de Newcastle. Era la población con más minas de carbón en funcionamiento de todo el país y estaba ubicada en un puerto fluvial estratégico. Sin ella, nos explicó el general, a Hollister le costaría mucho más conquistar el norte.

Sabíamos que su ejército era numeroso, pero contábamos con el elemento sorpresa. No podían imaginar cuánto había crecido nuestro ejército, la cantidad de nuevos reclutas que se nos habían sumado al alba a las puertas del castillo, ansiosos por unirse a la lucha. Con todo y con eso, cuando me volví a mirar las tropas que

cabalgaban a la zaga, lamenté no contar con más hombres y mujeres en nuestras filas.

Calígula galopaba en cabeza y el general nos seguía de cerca. Habíamos trazado la ruta, los pueblos, las posadas y los pozos donde podríamos repostar y abreviar a los caballos. Aunque estaba haciendo buen día, las noches seguían siendo frescas y la temperatura cayó con rapidez en cuanto bajó el sol.

Sabía que el enemigo nos superaba en número, pero tenía fe en las tácticas del general. Había enviado guerrilleros para tender una emboscada a la primera línea de la Nueva Guardia, con la esperanza de debilitar sus fuerzas significativamente antes de la batalla de Newcastle.

Al salir de un paso subterráneo, cerca del pueblo de Baddoch, vimos un grupo de jinetes en la carretera. Tiré con fuerza de las riendas de mi yegua mientras el ejército reducía el paso a su vez.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Eoghan, que había avanzado hasta ponerse a mi altura.

—No lo sé, pero dispóngase a luchar.

El hombre escudriñó la oscuridad. Solo se veían las amarillas llamas de los faroles a lo lejos.

—Preparen las armas —gritó el general, y un ruido de pistolas amartilladas, espadas desenvainadas, flechas cargadas resonó en la noche.

Yo empuñé mi espada con firmeza.

Mi fuerza radicaba en mi montura, pero ante una barricada de jinetes no sabía qué táctica adoptar. ¿Debía lanzar las tropas contra ellos u optar por un enfoque más pacífico?

Eoghan cabalgaba despacio a mi lado, empuñando su pistola.

—Yo la cubro —dijo volviéndose hacia mí.

—Y yo a usted —repuse, aunque no las tenía todas conmigo.

A medida que nos acercábamos a aquel grupo de jinetes tan numeroso, me preparé mentalmente para lo peor.

—Al primer disparo, al primer movimiento ofensivo, cargamos contra ellos —nos instruyó el general con voz grave.

—Quédese atrás —me ordenó Eoghan.

Tiré de las riendas de Calígula para que el capataz y el general se adelantasen.

—¿Quién va? —gritó el general.

Un amago de inquietud le crispó la voz.

—Venimos a unirnos a las tropas de la resistencia —respondió una figura.

Forcé la vista para ver en la oscuridad y creí distinguir a un hombre con barba a lomos de un caballo oscuro.

—¿Vienen a unirse a la resistencia? —repitió el general—. ¿Tienen armas?

—Las que hemos podido reunir —repuso el hombre—. Algunos tenemos pistolas.

La mayoría, porras de metal soldado y algunas cañerías de plomo.

Me acerqué a la primera línea y miré al grupo de nuevos reclutas.

—Cualquier ayuda será bienvenida. Por favor, únanse a nosotros.

Las tropas prorrumpieron en vítores cuando los nuevos reclutas se sumaron a las filas. El ejército había aumentado considerablemente. Obligué a Calígula a dar media vuelta para buscar a Polly. Quería ver la expresión de alegría en su rostro. Con la llegada de aquellos nuevos voluntarios, la resistencia casi se había duplicado.

Estaba atrapada en un embudo de gente. Calígula se abrió paso con facilidad hacia ella. La saqué de allí y me incliné para abrazarla. Al hacerlo, noté una vez más cuán menuda era. Se le marcaban las costillas a través de la camiseta. Me vino a la mente la horrible imagen de un sevil abatiéndose sobre ella. Hubiera dado algo por tener algún tipo de armadura con la que protegerla.

George cabalgó hacia ella.

—Mira todo esto, papá —dijo con una sonrisa de orgullo en el semblante.

Él le devolvió la sonrisa, pero saltaba a la vista que no le hacía ninguna gracia que su hija y yo participáramos en el combate.

—Silencio, por favor —pidió el general. Los soldados se hicieron callar unos a otros—. Aquellos de ustedes que no posean armas ni caballos —prosiguió— pueden unirse a los guerrilleros, cuya misión será distraer y dividir al enemigo siempre que puedan. Utilicen cuanto tengan a mano, cuerdas, piedras, seviles robados, pero sobre todo el cerebro. Agradecemos mucho su gesto, pero los guerrilleros corren gran peligro y quiero que sean conscientes de los riesgos antes de unirse a nosotros. A diferencia de Hollister, no obligamos a nadie a alistarse en nuestro ejército.

La multitud lanzó vítores de nuevo. Todos y cada uno de los hombres y mujeres del nuevo grupo permanecieron a nuestro lado.



Sucedió lo mismo en todos los pueblos y ciudades por los que pasamos a lo largo del trayecto hacia el sur. El viejo cuartel de Blackburn nos proporcionó cientos de soldados, quizás un millar, todos a caballo, con pistolas y fusiles. En el pueblo de Clavern, la gente era demasiado joven o demasiado vieja para luchar, pero nos recibieron apostados a un lado de la carretera para tendernos paquetes de comida y cantimploras de agua mientras aplaudían a nuestro paso. Nuevos reclutas se nos unían en el centro de las ciudades, en las áreas de servicio, en los cruces y bajo los puentes, a veces en parejas, en grupos de cuatro o hasta de veinte. La resistencia aumentaba por momentos.

En la tercera mañana, los arcos metálicos del puente de Tyne —una obra de ingeniería que, sorprendentemente, había sobrevivido a los Diecisiete Días— se perfilaron contra la luz plomiza. Habíamos llegado a Newcastle. Miré por encima del

hombro los semblantes de aquellos hombres y mujeres rebosantes de determinación y unidos en una sola causa, y me pregunté si nos estaríamos dirigiendo a nuestra muerte.

Una vez que las avanzadillas hubieron inspeccionado los alrededores de la ciudad y las carreteras que desembocaban en Newcastle, donde nos enfrentaríamos al ejército de Hollister, el general Wallace anunció que nos dividiríamos en cuatro grupos. Rodearíamos la ciudad y atacaríamos al mismo tiempo, al sonido del cuerno.

—Carguen las pistolas y empuñen las espadas —nos instruyó—. Muévanse con rapidez, el factor sorpresa es nuestra mejor baza.

No por casualidad, Eoghan estaba en el mismo grupo que Polly y yo. Rápidamente, ascendimos la colina que dominaba la ciudad. En lo más alto, Eoghan me tendió unos prismáticos. Divisé a los soldados de Hollister; la mayoría dormía, mientras que unos pocos avivaban los fuegos y preparaban el desayuno. Estaban desarmados y sus caballos todavía se encontraban amarrados. Calígula se agitó bajo mi peso, como si presintiera que se avecinaba la batalla.

—¡Chist! —le susurré, y le acaricié el cuello para tranquilizarla.

En aquel momento sonó el cuerno. Era la hora de ponerse en marcha.

Inspiré profundamente, aflojé las bridas y empuñé con fuerza el pomo de la espada. Eoghan asintió y salimos al galope como un solo jinete. De repente tuve la sensación de que formaba parte de algo más grande que yo misma, de que una corriente implacable me arrastraba. Vi sorpresa —y miedo— en los rostros de nuestros enemigos, que corrían a buscar sus armas mientras nuestras tropas invadían su campamento como una ola.

Unos cuantos encontraron los rifles y empezaron a disparar. Una bala zumbó en el aire a pocos milímetros de mi cabeza y estuvo a punto de arrancarme la oreja. Pegué el cuerpo a la crin de Calígula. Apenas distinguía sus cascos. Cuando nuestro ejército alcanzó a las tropas enemigas, el caos se apoderó del campamento.

Calígula y yo nos movíamos como una sola criatura. Acostumbrada a cargar conmigo tras nuestro largo viaje a Escocia, estaba tan atenta al menor de mis movimientos que parecía capaz de leerme la mente. Sabía en qué dirección girar y cuándo detenerse, lo que me proporcionaba gran libertad para manejar la espada, que empuñaba con mi derecha.

Yo daba mandobles a diestro y siniestro, consciente en todo momento de la presencia de Eoghan a mi izquierda y de Polly a mi derecha. El capataz disparaba de maravilla. Cuando abatía a un soldado se apoderaba de su arma, y había reunido ya una buena colección de seviles y pistolas.

Miré hacia las tiendas, donde el ejército de Hollister continuaba sumido en el caos. Casi todos los caballos de guerra seguían amarrados; con tanta armadura y arreo de castigo, los soldados no habían tenido tiempo de ensillarlos. Se me ocurrió una

idea: liberarlos. De ese modo, Hollister se quedaría sin caballería. Además, aquellos caballos merecían vivir como Calígula, libres de todo aquel tormento.

La yegua parecía reacia a avanzar hacia ellos, pero hizo lo que le pedía y bordeó el muro donde estaban alineados. Me apeé y fui extrayendo estaca tras estaca, arrancándolas de la tierra como raíces. Los caballos relincharon mientras escapaban en todas direcciones. Uno de ellos, blanco como la nieve y con los ojos inyectados en sangre, se dio media vuelta para encararse con un soldado que corría hacia él con los arreos en la mano y lo pisoteó hasta matarlo.

Justo entonces, uno de los soldados galopó hacia mí pistola en ristre. Levantó el cañón para apuntarme a la frente. Yo esgrimí la espada, pero comprendí que me habría disparado antes de que pudiera atacarlo; estaba muy cerca.

Todo sucedió a la vez. Cuando el soldado apretaba el gatillo, mi yegua se encabritó y se abalanzó contra él con la intención de aplastarlo bajo sus cascos. Jamás la había visto moverse tan deprisa. Mientras veía caer al soldado, oí el tiro, que pasó zumbando junto a mi cabeza. El hombre yacía en el suelo como un guiñapo, pero todavía respiraba. Volví a montar a Calígula y salí disparada de vuelta a la batalla, incapaz de rematarlo.

Busqué a Polly con la mirada. Parecía minúscula e indefensa sobre aquella alta alazana. ¿Dónde estaba Eoghan? La vi desmontar para ayudar a alguien que había sido derribado, indiferente al peligro. Comprendí que estaba socorriendo a George, que había sido herido. Esgrimí la espada y azucé a Calígula para acercarme.

Por desgracia, otro jinete cabalgaba también hacia Polly. Se le acercó por la espalda y apuntó el sevil a su nuca con precisión.

—¡Polly! —grité, pero no me oyó.

Esquivando enemigos a diestro y siniestro me abrí paso hasta ella entre el fragor de la batalla. Tenía una sola idea en mente: rescatarla.

Justo a tiempo, impedí el ataque del jinete. Él se abalanzó sobre mí, pero movida por un fuerte sentimiento de protección rechacé cada uno de sus golpes, hasta que uno de mis mandobles lo tiró del caballo.

Miré a Polly. Ayudaba a su padre a montar de nuevo, totalmente ajena a lo que acababa de ocurrir. A pesar del peligro, sentí una punzada de tristeza y envidia. Ojalá hubiera podido hacer lo mismo por mi padre cuando yacía desangrándose.



Era mediodía cuando la Nueva Guardia se replegó y salió huyendo en dirección a Londres. Entre las fuerzas de la resistencia había algunos heridos, aunque muy pocas bajas. Exhaustos pero eufóricos, partimos hacia Londres para librar la siguiente batalla.

Cabalgamos despacio, tomando los caminos estrechos y sinuosos que atravesaban

el bosque para evitar la autopista. Cada vez que pasábamos por un pueblo, la gente nos aplaudía. Ya había corrido la voz de nuestra victoria. Allá donde íbamos, la gente nos ofrecía comida, mantas, cubos de pienso para los caballos.

Nos sentamos en el césped de una taberna de un pequeño pueblo, celebrando la victoria con tazas de agua y cerveza fría. Aunque hubiera querido unirme a las celebraciones, un gran pesar me atenazaba. No podía ahuyentar de mi mente la imagen de mis hermanos colgando de una soga. Estábamos a miércoles. Dentro de muy pocos días habrían muerto y Cornelius Hollister se proclamaría rey.

Noté unos golpecitos en el hombro. Una niña de cinco o seis años apareció ante mí. Iba descalza y llevaba un vestido blanco muy sucio.

—¿Princesa Eliza? —se cogió la falda del vestido e inclinó la cabeza a modo de reverencia. Tenía el cabello rubio, tan fino que parecía transparente a la luz del sol—. Esto es para usted —dijo.

Se sacó del bolsillo una caja pequeña de color azul marino y me la tendió. Conseguí esbozar una sonrisa triste.

—Gracias.

Tras hacer otra reverencia, se alejó y desapareció entre la multitud.

Con la caja entre los dedos, me quedé mirándola. La curiosidad fue más fuerte que yo y la abrí por fin. Era un guardapelo. Cuando el oro destelló a la luz del sol, me quedé sin aliento. Parecía idéntico al que yo había llevado gran parte de mi vida. Me temblaban los dedos mientras desabrochaba el cierre; temía que el contenido no fuera el que yo esperaba. Me embargó la emoción y una lágrima surcó mi mejilla. Conocía de sobra aquella fotografía. La melena larga y oscura, los ojos azul claro, teñidos de melancolía. Era mi madre.

Busqué a la niña con la mirada para preguntarle de dónde lo había sacado, pero se había ido. Era increíble —un milagro, en realidad— pensar que el guardapelo, en algún intercambio de los Recolectores, hubiera ido a parar a la campiña escocesa para acabar en mis manos. ¿Cómo era posible? Fuera como fuese, mientras me lo colgaba al cuello y lo escondía bajo la tela de la camisa, un destello de esperanza se agitó en mi interior. Si el retrato de mi madre se había abierto paso hasta mí de forma tan improbable, quizá mi familia pudiera encontrar el camino de vuelta a casa.



Cabalgamos durante todo el día y durante toda la noche. Se nos unían voluntarios procedentes de toda Escocia. Los rumores de la inminente ejecución y de nuestra reciente victoria habían corrido con rapidez. Cuando llegamos a las afueras de Londres, cientos, quizá miles de hombres y mujeres se habían sumado a nuestras filas. Por fin contábamos con un verdadero ejército.

Al girar un recodo al pie de las colinas, me volví a mirar las hileras de jinetes que

me seguían, tan largas que se perdían a lo lejos. Por primera vez pensé que teníamos alguna posibilidad de vencer.



La noche era negra como boca de lobo. Densos nubarrones cargados de lluvia tapaban la luna. Soplaban un ventarrón del norte, tormentoso y frío. A lo lejos, por encima de las colinas, el resplandor de las llamas iluminaba el cielo por momentos. Cabalgamos por los bosques, enfilando caminos estrechos, hasta que el general nos condujo a una calle desierta flanqueada por casas quemadas y abandonadas. Cables eléctricos sueltos, ya inofensivos, se agitaban aquí y allá. Después de desmontar, guiamos a los caballos por la puerta de lo que parecía una casa de ladrillos.

En la pared de la entrada, vi una serie de colgadores alineados sobre compartimentos de madera, cada uno etiquetado con un nombre. Comprendí que nos encontrábamos en un colegio abandonado. Los retretes eran pequeños, las pizarras estaban cubiertas de polvo y los pupitres, volcados y rotos. Detrás del edificio había un jardín vallado, donde los guerrilleros y las tropas de infantería habían dispuesto tiendas de socorro y de descanso.

La más grande era una tienda blanca, donde Clara atendía a los heridos. Un hombre en estado grave, al que le habían clavado un sevil, yacía apretando los dientes mientras Clara le extraía la sangre del abdomen.

Nos reunimos en la tienda principal, donde nos fuimos pasando infusiones de té. El general Wallace escuchaba la radio sentado junto al aparato. El estado de excitación que nos había mantenido en pie hasta ese momento mudó en agotamiento, y tuve miedo de conocer las noticias. Una voz distinta a la que solía dar la información llegó hasta nosotros a través de las ondas. La identifiqué de inmediato. Era la voz de Cornelius Hollister.

—Las pérdidas sufridas en la batalla de Newcastle no nos detendrán. La ejecución de los últimos Windsor se llevará a cabo el domingo por la mañana tal como estaba previsto, tras lo cual podré coronarme rey de Inglaterra.

Al oír aquellas palabras, se hizo un silencio sepulcral entre las tropas. Incluso su voz, grave y amenazadora, rezumaba maldad.

El coronel Wallace apagó la radio rápidamente.

—No se dejen intimidar. Ganamos la batalla de Newcastle y mañana haremos lo mismo. Entraremos juntos en Londres y tomaremos la torre. De momento, hay que descansar.

Los soldados se retiraron a sus tiendas, donde se quitaron las botas y revisaron sus rifles antes de ocultarlos bajo las mantas. Yo me tendí junto a Polly sobre una lona, con la cabeza en su hombro. Hacía frío, pero el calor corporal y las hogueras que seguían ardiendo alrededor del campamento mantenían la tienda caldeada. Pronto se hizo el silencio entre las tropas, cuyas pesadas respiraciones llenaron la noche.

—Debes de estar muy orgullosa de tu padre —le dije a Polly—. Él contribuyó a crear el ejército de la resistencia.

—Lo estoy —repuso adormilada—. Y también estoy orgullosa de ti, Eliza. Podrías estar durmiendo en una cama de verdad, a salvo bajo un techo de verdad. Te podrías haber marchado a Gales. En cambio, decidiste quedarte y luchar.

Me quedé mirando el cielo sin estrellas, pensando en Mary y en Jamie. Mi mayor temor era no llegar a tiempo de salvarlos.

—Ojalá el país estuviera más orgulloso de mi padre —susurré. Nunca había pronunciado aquellas palabras en voz alta y se me encogió el corazón al expresar lo que sentía—. Ojalá yo estuviera más orgullosa de mi padre. Nos legó un país destrozado. Aunque Inglaterra sobreviva a todo esto, siempre será recordado como el rey que estuvo a punto de perderlo todo.

Recordé que una noche de la última primavera mi padre había celebrado una reunión con los ministros en el palacio de Buckingham. Mary y yo servíamos aperitivos y vasos de vino tinto. Nos encantaba hacer de anfitrionas en las fiestas de palacio. Mi padre se puso a discutir con el primer ministro, Charles Bellson. El ministro trataba de advertirle de un «problema acuciante», pero mi padre, sentado en el sofá, siguió fumándose un puro y sorbiendo vino tan tranquilo. «Eso es absurdo —dijo—. Cambiemos de tema».

El primer ministro intentaba convencerlo de que excavara los alrededores de Balmoral. Mi padre los llamaba siempre «los bosques de Mary». Existían indicios de que podía haber yacimientos de petróleo y cadmio en los terrenos, pero las excavaciones destrozarían los bosques. Él se levantó, casi con lágrimas en los ojos. Aquellas forestas eran las únicas propiedades que conservaba la familia real. No pertenecían al Estado, y el hecho de cederlas implicaría admitir la derrota. No estaba dispuesto a hacerlo. Se volvió hacia el primer ministro y le espetó: «Se lo ruego, está arruinando la fiesta».

Polly me apretó la mano entre las suyas.

—Era un hombre bueno y amable. No quería que se declarase la guerra. Y lo sucedido durante los Diecisiete Días no tuvo nada que ver con él. No tenía ni idea de lo que pasaría..., nadie podía preverlo.

—Ya lo sé —reconocí.

Quizá no fuera el mejor rey del mundo, pensé, pero fue un buen hombre y un buen padre. «En la guerra no solo mueren los soldados —solía decir—. También mueren civiles». Niños, madres, padres, abuelos. No existe una guerra segura, y tal vez por eso nunca se la declaró a Cornelius Hollister.

—Pero desearía que mi familia se hubiera esforzado más.

—Tú lo harás —murmuró Polly—. Mary será una reina magnífica y tú serás la mejor princesa que ha conocido jamás este país. Ahora duerme. Dentro de pocas horas tenemos que estar en pie.

Se dio media vuelta y se tapó hasta la barbilla. Pronto, oí el sonido regular de su respiración.

Estaba agotada, me pesaba el cuerpo como si fuera de plomo, pero cuando cerré los ojos descubrí que no podía dormir. Las ejecuciones se llevarían a cabo dentro de unas horas. Me puse el jersey que usaba como almohada y me até las botas, con cuidado de no despertar a Polly. Avancé de puntillas entre los soldados, por encima de los cuerpos dormidos, hasta alcanzar la abertura de la entrada. Todos aquellos hombres y mujeres tenían un corazón que latía. Eran padres y madres, hermanos y hermanas, hijos e hijas. Alguien los amaba con toda el alma, del primero al último, igual que yo amaba a Mary y a Jamie.

Eché a andar entre el frío aire nocturno e inspiré profundamente, con la esperanza de que el paseo alejara las preocupaciones de mi mente. La batalla, la invasión de la Torre de Acero, mantener a nuestras tropas con vida, rescatar a Mary y a Jamie. Habíamos ganado la batalla de Newcastle, pero sabía que el grueso de las fuerzas de Hollister nos esperaba en Londres. Me tapé la cara con las manos. Hubiera querido llorar. Al menos eso me habría aliviado.

Atisbé un parpadeo en la oscuridad, la llama de una cerilla que se movía para prender una antorcha. La cara de Eoghan surgió de entre las sombras.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó inclinando la cabeza a un lado con preocupación.

Me alegré de verlo.

—Estoy bien —lo tranquilicé. El aire frío me hizo estremecer—. Es que no podía dormir, nada más.

—Tenga —me echó su abrigo sobre los hombros—. Así entrará en calor.

Sentí el roce de su mano, cálida y tranquilizadora, a través de la tela. Se sentó a mi lado, contra el deteriorado muro de piedra.

—¿La inquietud no la deja dormir? —prosiguió Eoghan—. A mí me pasa constantemente.

Lo miré. Sus ojos castaños relucían a la inquieta luz de la antorcha.

—Ahora entiendo por qué mi padre nunca quiso entrar en contienda —dije con

voz queda—. Mañana, muchas personas van a perder la vida. Personas con familiares y amigos que las quieren y las respetan. Que las necesitan. Y todo por mi culpa.

La vista de Eoghan se perdió a lo lejos.

—Cuando era pequeño, mi madre me enviaba a la escuela dominical. Allí nos hablaron del cielo y del infierno —se arrebujó con la chaqueta. El frío aire de la noche le empañaba el aliento—. Años más tarde tuve un hijo, que se puso muy enfermo. Los médicos nos dijeron que no sobreviviría. Lo sostenía en brazos día y noche, rezando todo el tiempo para que se curase. Durante la primera semana de enfermedad, apenas lo solté ni un momento. Era muy pequeño. Recuerdo haber pensado: ¿en qué clase de mundo vivimos, que te deja amar tanto a alguien y luego te lo arrebatara para siempre? Entonces comprendí que el cielo no existe en otra parte, y tampoco el infierno. Están en la tierra. Los tenemos aquí mismo, en nuestra vida en común. Solo que a veces tenemos que atravesar un infierno para llegar al cielo —sus ojos destellaron a la luz de la llama—. Estamos aquí por decisión propia. Todos y cada uno de estos hombres y mujeres son conscientes de los riesgos y están dispuestos a morir por la causa. Por su causa, Eliza. Tenga fe en nuestras tropas, fe en nuestro país y, por encima de todo, tenga fe en sí misma —guardó silencio un instante—. Entiendo que ahora mismo no encuentre esa fe. Hasta que la recupere, sin embargo, confíe en mí si le digo que sé que estamos haciendo lo correcto.



El tono plomizo del cielo y el gris del asfalto se fundieron en la oscuridad que precede al alba mientras penetrábamos en Londres en silencio. A lo lejos, la Torre de Acero se perfilaba en el horizonte. El general pidió a las tropas que se detuvieran y miró por los prismáticos para inspeccionar el camino.

—Las carreteras parecen despejadas —nos informó, pero fruncía el ceño con desconfianza—. Las fuerzas de Hollister deben de haberse dirigido al sur. Estarán luchando contra otro grupo de la resistencia que llega desde allí.

Me volví a mirar a Eoghan y a Polly, que cabalgaban a mis flancos. Parecieron muy aliviados de saber que no estábamos solos. El general había oído por la radio que otros ejércitos estaban presentando batalla al sur y que las fuerzas del ejército de Hollister habían sufrido pérdidas considerables. La opinión pública empezaba a cambiar. Albergué esperanzas, pero sabía que no debía subestimar a Cornelius Hollister.

El general reunió a las tropas para darles unas últimas instrucciones.

—Nos dividiremos en dos grupos. Yo guiaré a la caballería hacia la torre y la infantería combatirá en el sur.

Me volví a mirar a los miles de soldados que se desplegaban a mi espalda como un mar. La torre estaba muy cerca. Qué lejos habíamos llegado.

—Me quedo con usted —me dijo Eoghan.

—¡Todo despejado! —gritó la avanzada, que cabalgaba de vuelta.

El general se volvió a mirarnos. Aguardé nerviosa tratando de interpretar su expresión, pero parecía sobre todo exhausto.

—¡A la carga! —gritó por fin.

La brigada montada avanzó sobre el Támesis. Las carreteras estaban desiertas y cabalgamos sin obstáculos hacia la Torre del Puente. Cuando llegamos a la fortaleza, encontramos el puente levadizo bajado. Hice que Calígula redujera el paso. La caballería ya se abría camino hacia la Torre Blanca, por donde debía comenzar la invasión según las órdenes del general.

Eoghan desapareció en el interior, seguido de Polly y George, que entraron también a la vanguardia.

—¡Esperad! —les grité sin aliento. El puente nunca se dejaba tendido; algo iba mal—. ¡Volved! ¡Volved!

Por desgracia, era demasiado tarde. Mi voz se perdió entre el estruendo de los cascos de los caballos que cruzaban al galope aquella pasarela agrietada. Ya no cabía pensar en una retirada.

—Calígula, adelante.

Taloneé a la yegua. Notando mi miedo a cruzar el puente, ella avanzó con cautela.

De repente, la estructura empezó a agitarse. En el interior de la torre resonaron las alarmas que indicaban que el puente se estaba izando. Calígula intentó recuperar el equilibrio, pero la pasarela se levantaba con rapidez y resbaló hacia atrás.

Solté las riendas y, depositando en la yegua toda mi confianza, me aferré a su cuello. Ella agachó la grupa y, con las patas traseras recogidas, saltó el hueco creciente que se abría ante ella. Aterrizó con fuerza sobre las delanteras y resbaló por la pendiente del otro lado.

Cruzamos las verjas al galope. Dejamos atrás el campanario y la Torre Blanca hasta penetrar en la Torre Verde, el patio donde la aristocracia había sido ejecutada a lo largo de la historia. Oí un golpe metálico. Al mirar atrás, advertí que las verjas, conocidas como las Puertas de los Traidores, se cerraban a mi espalda. Estábamos atrapados.

Avancé hacia el general Wallace. Este miraba frenético de un lado a otro, de la torre a las puertas cerradas. Adiviné lo que estaba pensando. Para ganar la batalla, precisaríamos más soldados, y haría falta una vía de escape si queríamos salir vivos de allí. Sin previo aviso, los hombres de Hollister aparecieron de la nada y nos atacaron por todos los flancos.

Desenvainé la espada justo cuando una joven protegida con casco y armadura se abalanzaba sobre mí. No llevaba sevil, pero esgrimía una larga espada que surcó el aire a pocos centímetros de mi garganta. Calígula se dio la vuelta y se alejó de ella al galope.

Sonó el chasquido de un trueno y un súbito chaparrón convirtió el patio en un lodazal. La lluvia creaba un velo que hacía difícil distinguir a los amigos de los enemigos.

Los heridos caían de los caballos y corrían a refugiarse en el interior de la torre. Un error fatal; jamás podrían escapar. Oí un grito a mi derecha cuando la chica de la armadura volvió a cargar contra mí. Tenía la melena rubia, suelta bajo el casco. Portia. Enarbolé la espada, sosteniéndola con ambas manos. Calígula dio media vuelta y se encabritó mientras yo me plantaba sobre los estribos para abatir la espada sobre el hombro de mi enemiga. Ella apenas se inmutó; recuperó la posición, levantó

la espada y se abalanzó contra mí una vez más.

Polly apareció a mi lado y cargó contra Portia. Su ligera yegua apenas representaba amenaza ante aquel caballo de guerra, pero sacó partido al factor sorpresa y desequilibró a Portia, que abrió mucho los ojos cuando cayó por un costado del caballo.

—¡Polly! —exclamé.

Mi amiga sonrió exultante. Justo cuando se daba la vuelta para reanudar la lucha, una daga surcó el aire y se le clavó en la espalda. El dolor y el asombro asomaron a su rostro. Se llevó la mano a la espalda despacio para palpar la daga. Agitó los párpados un instante antes de cerrar los ojos y caer al suelo.

Vi la sonrisa triunfante de Portia, que estaba acuclillada en el lodo. No me paré a pensar. Me zumbaban los oídos, o quizá fuera el rugido de Calígula, que corcoveó hacia delante antes de abalanzarse contra ella. Le asesté un mandoble con fuerza, pero no supe si había acertado; lo veía todo rojo. Con un grito de dolor, Portia se escurrió hacia atrás como un cangrejo. Fulminándome con la mirada, se puso a cubierto.

No tenía tiempo de perseguirla. Bajé de un saltó y corrí hasta Polly. Yacía en el barro al borde mismo del campo de batalla, todavía con los ojos cerrados, exangüe. Me arrodillé junto a ella y coloqué su cabeza en mi regazo. Tenía la piel fría, mojada de lluvia. La daga se le había clavado entre las costillas, en el costado derecho. Con cuidado, se la quité. La sangre, al salir, teñía de rojo el agua de la lluvia.

—Sigue respirando —le dije estrechando sus manos entre las mías—. ¡Sigue respirando, Polly, por favor!

Chillando para hacerme oír entre la lluvia, pedí socorro a aquella marea de cuerpos y caballos, barro pringoso, espadas y cadenas que giraban en el aire, pero nadie acudió. La lluvia había empezado a caer con más fuerza y las gotas taladraban la tierra como si fueran balas. Arrastré a Polly a un rincón oscuro, lejos del fragor de la batalla.

Respiraba con dificultad. No podía dejarla marchar. No podía dejar que muriera.

—Polly —intenté calentarle las manos con las mías—. Por favor, sigue..., por favor, sigue respirando. Ya sé que te duele. Voy a buscar ayuda.

Corrí por el patio enfangado en busca de alguno de nuestros soldados.

—¡Eliza!

Eoghan se abrió paso hasta mí pasando junto a un soldado que hacía girar una maza. Yo la esquivé, pero azotó a Eoghan en la espalda y lo empujó hacia delante. Él se cogió a la crin de su caballo mientras disparaba el rifle con la otra mano.

—¡Polly está malherida! Tenemos que sacarla de aquí.

El capataz dio media vuelta y me siguió al nicho donde yacía Polly. Aún respiraba, pero cada vez con más dificultad. Miré en dirección al campo de batalla,

aliviada de ver que las puertas habían reventado.

—Ayúdeme a subirla a Calígula —le pedí.

—Yo la llevaré —Eoghan izó a mi amiga a la parte delantera de su montura y se sentó detrás—. Síganos.

En el campo de batalla, el general gritaba a nuestros soldados que se batiesen en retirada. Todo aquel que podía andar corrió hacia las puertas. Los cuerpos de hombres y mujeres con los uniformes empapados de barro se amontonaban en el suelo. Era imposible distinguir a nuestros soldados de los enemigos. Desmadejados e indefensos, todos parecíamos iguales.

Seguí a Eoghan hacia las puertas. Calígula caminaba con dificultad por el barro, con las crines chorreando. Noté que se estremecía y comprendí que tenía frío y estaba cansada, pero de todos modos apreté los talones a sus costados para animarla a continuar.

—Venga, chica —murmuré.

En cualquier momento subirían el puente levadizo. Balas y flechas perdidas volaban entre la lluvia cuando oí el inconfundible traqueteo del puente al ser izado.

—¡Corre, Calígula! —grité.

Estábamos cerquísima, a pocos metros de distancia. Calígula se preparó para saltar, pero movía la pata trasera izquierda de un modo extraño.

Miré hacia atrás y vi que tenía un corte en el flanco. Sabía que Clara le curaría la herida en cuanto llegáramos al campamento, de modo que la obligué a seguir avanzando.

Por desgracia, justo cuando se disponía a saltar, un jinete salió de la lluvia y nos empujó de vuelta a la torre. Calígula lanzó un relincho. Cuando miré hacia atrás, vi que tenía una lanza clavada en el flanco.

El jinete se acercó a mí. Atisé el pelo rubio, los dientes impecables, y levanté la espada para asestarle un mandoble. Él rechazó mi ataque y con un golpe de muñeca me arrebató la espada. Lo siguiente que supe fue que estaba en el suelo, con su hoja en la garganta.

—Te quiero viva —jadeó Cornelius Hollister entre sus brillantes dientes.



—Encerradla en las mazmorras —ordenó Hollister a sus hombres.

Los guardias me apresaron de mala manera, me esposaron las manos a la espalda y me pusieron grilletes en los pies. Luego me arrastraron por el campo de batalla bajo aquella lluvia torrencial. Lo último que alcancé a ver mientras entraba a empellones en la Torre Blanca fue a Calígula, que escapaba al galope aún con la lanza ensartada.

La trampilla se cerró, y los barrotes de hierro resonaron contra el húmedo suelo de piedra. Estaba sola en la mazmorra, una covacha con el techo a más de seis metros del suelo y ninguna ventana.

—Esta vez no se escapará —le dijo un guardia a otro mientras el sonido de sus pisadas se perdía en el pasadizo.

Me aferré a los barrotes y los agité desesperada, gritando hasta quedarme afónica, pero los barrotes de hierro no cedieron y nadie acudió a mi llamada. Por fin, me dejé caer en aquel suelo húmedo, agotada. Me sentía como un árbol hueco, demasiado vacía incluso para llorar. Mary y Jamie pronto morirían. La conciencia de que les había fallado me golpeó como un mazazo. Lo único que podía hacer ya era despedirme.

Me acurruqué de lado, temblando de frío, y saqué el medallón que llevaba colgado al cuello. Mirando el retrato de mi madre recordé lo que Eoghan había intentado decirme sobre la fe. Quería que creyera en algo. *Creo en muchas cosas*, pensé con una sonrisa de amargura. Creía que iba a morir al día siguiente. Creía que Cornelius Hollister era malvado. Creía que nunca volvería a ver a mis hermanos.

No supe cuánto tiempo había pasado cuando de repente oí un tintineo de llaves y el sonido de unos pasos que se acercaban a mi celda. Me levanté rápidamente y apreté la cara contra los barrotes para poder ver a través de la oscuridad. La débil llama de una vela oscilaba por el pasillo, cada vez más cerca.

—¿Hola? —grité—. ¿Hola?

Me daba igual quién fuera. No me importaba que acudieran a matarme. El hecho de saber que vería a otra persona antes del final me reconfortaba.

La cara de un guardia apareció al otro lado de los barrotes, iluminada por la mortecina luz de una vela. Era un hombre mayor de cabello gris y rostro surcado de arrugas. Sin pronunciar palabra, abrió una pequeña ranura entre los barrotes por la que pasó una bandeja con pan y un vaso de agua.

Carraspeó y, sin alzar la mirada, leyó en voz alta lo que llevaba escrito en una hoja de papel.

—Estoy aquí como enviado oficial de Cornelius Hollister para informarla de que mañana será ejecutada junto con Mary y Jamie Windsor. He venido a preguntarle si tiene un último deseo.

La vela le iluminó el rostro.

—¿Rupert? —pregunté en tono dubitativo—, ¿es usted?

Guardó silencio, sin levantar la vista de la hoja de papel que sostenía.

—Rupert —repetí, segura de que era nuestro mayordomo, un hombre al que conocía de toda la vida—, ¿no me reconoce?

—Lo siento muchísimo —respondió, y me devolvió por fin la mirada—. La noche en la que asaltaron el palacio mataron a mi hijo pequeño delante de mí. Me dijeron que si oponía resistencia, matarían también a mi hija.

—¿Mataron a Spencer?

Era solo un niño, más pequeño aún que Jamie. Los dos habían jugado juntos en los jardines de palacio, habían buscado gusanos y organizado carreras de caracoles en el bosquecillo.

—Su familia se portó muy bien conmigo. Ojalá... Ojalá pudiera...

Sacudió la cabeza de lado a lado, incapaz de continuar.

—Rupert, ¿puede llevarme con mis hermanos? Por favor. Solo quiero despedirme de ellos.

El mayordomo me miró a través de los barrotes. La luz de la vela titiló contra los muros de piedra gris. Él negó con la cabeza y echó a andar.

—Lo siento —me disculpé con voz queda—. Siento que haya perdido a su familia por proteger a la mía.

Se detuvo y dio media vuelta.

—Puedo intentarlo, princesa —se ofreció al fin—. No le prometo nada, pero hay otros como yo, leales al rey y al gobierno libre.

—Por favor, sí, por favor, inténtelo —supliqué con la voz rota de la emoción—. Gracias, Rupert.

Abrió la puerta y me guio por aquel túnel húmedo, parecido a un laberinto, que dejaba atrás la Torre Blanca, atravesaba la Torre Horquilla y desembocaba por fin en la Torre de Acero, donde tres guardianes armados vigilaban la entrada. Me miraron sorprendidos.

—Señores —empezó a decir el mayordomo mientras nos aproximábamos—,

debo hablar con ustedes un momento.

Los dos guardias jóvenes miraron al vigilante mayor, que parecía estar al mando. Este asintió, y Rupert se acercó a él para murmurarle algo al oído. Él volvió a asentir, despacio. Creí ver compasión en sus ojos.

—Eliza Windsor, acompáñeme.

Tenía una voz amable, temblorosa por la edad.

Los otros dos se hicieron a un lado cuando el vigilante me guio escaleras arriba hasta lo alto de la torre. Recordé la última vez que había remontado aquellos peldaños, siguiendo a hurtadillas a la chica que le llevaba a Mary una taza de té. Había subido llena de esperanza, segura a más no poder de que rescataría a Mary y a Jamie y los tres seríamos libres por fin. Qué tonta había sido al pensar que una muchacha como yo podía superar a un dictador sádico y a su ejército de miles.

Nuestros pasos resonaban en la escalera de metal mientras subíamos cada vez más arriba. Al pasar junto a las otras celdas, hacía poco llenas a reventar, advertí que estaban vacías. Cornelius Hollister ya había ejecutado a los otros prisioneros. Nos había reservado para el final. Imaginé con amargura que mataría primero a Jamie, luego a mí y por último, como apoteosis, asesinaría a Mary, la verdadera reina de Inglaterra.

A continuación subiría a la Torre Verde y se colocaría la corona real en la cabeza, la corona que yo había ayudado a robar. Luego, luciendo el símbolo de mi familia, levantaría los brazos y se proclamaría a sí mismo rey de Inglaterra, mientras nuestra sangre real goteaba por el patíbulo hasta la Torre Verde.



Cuando al fin llegamos a la celda de mis hermanos, la vela casi se había consumido. Estaban sentados a la pequeña mesa, acurrucados el uno contra el otro, con una bandeja de comida intacta ante ellos. En un gesto de irónica generosidad, la bandeja rebosaba manjares: queso, fruta y pan tierno. Era su última cena.

En lo alto de las escaleras, me quedé mirándolos apenas sin creer lo que estaba viendo. Quizá la falta de luz me estuviera jugando una mala pasada, pero Jamie tenía un aspecto... saludable. Sus mejillas, hacía solo unos meses hundidas y huecas, estaban ahora redondas y llenas. El pelo le había crecido y lo tenía brillante. Sentado a la mesa, charlaba animado con Mary.

—¿Te acuerdas de cuando papá nos llevó a pescar algo para cenar y solo cogimos unos cuantos pececillos? —se reía Jamie.

Mary alzó la vista para mirarlo con ojos brillantes. También se la veía mejorada, como si últimamente hubiera dormido más.

—¿Y qué me dices de aquella vez que pediste un coche de juguete para Navidad, y Eliza y yo lo metimos dentro de veinte cajas, una dentro de la otra, para que tardaras muchísimo en abrirlo?

—Dejé ese coche en un estante de mi habitación... —Jamie no terminó la frase—. ¿Qué le habrá pasado a nuestra casa? ¿Crees que incendiaron todo el palacio?

—Buenos recuerdos, solo buenos recuerdos —lo reprendió Mary como una maestra, apretándole la mano.

Se me escapó una sonrisa. Aun en su última noche de vida, Mary seguía siendo la hermana protectora, mandona y cariñosa que siempre había sido, decidida a extraer lo mejor de los malos momentos. Por esa razón habría sido una reina magnífica. En el transcurso de su reinado habría encontrado el modo de recuperar las cosechas, de reconstruir las ciudades..., de arreglar lo que estaba roto.

Cuando me volví a mirar al guardia, advertí que se enjugaba una lágrima. Abrió la puerta de la celda y me cedió el paso.

Mary y Jamie alzaron la vista, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Eliza?

—Los dejaré un rato a solas. Dios los bendiga a todos.

Pareció que quisiera decir algo más. Vaciló, como si considerara la idea de dejar la puerta abierta para concedernos la oportunidad de escapar. Sin embargo, acabó por introducir la llave con un suspiro y devolvió el cerrojo a su lugar.

Mary me contempló atónita.

—Pensábamos que habías muerto.

Jamie se abalanzó corriendo a mis brazos, con tanta fuerza que me tiró hacia atrás y caímos al suelo enredados. Mary se acercó para abrazarnos a los dos.

—Mary, Jamie —paseé la vista por sus rostros—, ¿qué ha pasado?

Maravillada, toqué la cara de mi hermano, su pelo. Tenía la piel cálida, no fría y sudorosa como solía.

—¡Tienes un aspecto estupendo!

En silencio, Mary y Jamie intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

Mi hermana se llevó el dedo a los labios, como pidiendo discreción. Se acercó a la puerta de la celda y miró entre los barrotes. El guardia no estaba lejos, pero nos daba la espalda.

—Prometimos no contarle nunca.

—Dijo que lo matarían si alguien lo averiguaba —me informó Jamie.

—Que matarían ¿a quién?

Jamie se acercó al fino jergón extendido en el suelo y retiró la muselina que empleaba como manta. Metió la mano por debajo y sacó un frasco de color ámbar lleno de pastillas pequeñas y blancas. Me puso el frasco en la mano.

—Es el antídoto para el veneno de estrella negra.

Estrella negra. De modo que había sido eso lo que había envenenado a mi madre cuando estaba embarazada de Jamie. Me quedé mirando el frasco con incredulidad. El remedio había existido todos aquellos años sin que nosotros lo supiésemos. La etiqueta rezaba, en minúsculas letras negras: LABORATORIOS C. H. De modo que Cornelius Hollister, el hombre que había inventado la estrella negra, había ideado también un antídoto para el veneno. Naturalmente.

—¿Quién te lo dio? —pregunté.

—Un soldado.

—¿Cuál de ellos?

—No nos dijo su nombre —repuso Mary—. No era uno de los que acuden habitualmente. Solo vino una vez, para darnos la medicina.

—¿Recuerdas qué aspecto tenía?

—Estaba demasiado oscuro para ver nada. La dejó en mitad de la noche, mientras dormíamos. Oímos que dejaban caer algo por la ranura de la puerta.

Me quedé mirando la botella.

—¿Y por qué te daría un remedio si sabía que ibas a morir de todos modos? —me pregunté en voz alta.

Me arrepentí de inmediato.

—¡Eliza! —me reprendió Mary en susurros.

Se volvió a mirar a Jamie, que había recuperado la salud pero que no viviría para disfrutarla.

—¡Pero es la verdad! —exclamé sintiéndome impotente, y me tapé la cara con las manos. Por primera vez en su vida, Jamie estaba en forma. Estábamos juntos. Y por la mañana moriríamos los tres—. Lo siento —balbuceé—. Es que me parece tan injusto. Tan cruel.

Me obligué a mí misma a cerrar la boca.

Mary se mordió el labio como hacía siempre que estaba nerviosa o tenía que tomar una decisión.

—Eliza, ¿qué pasó? Oímos decir a un soldado que habías escapado de la torre y luego dijeron que habías muerto.

Me senté en la cama entre los dos y entrelazamos nuestras manos. Escucharon con atención mientras les contaba cómo había saltado desde lo alto de la torre — Mary dio un grito al oírlo— y había cabalgado hacia el norte a lomos de Calígula, cómo había surgido el ejército de la resistencia y luego habíamos regresado a Londres. Por fin, les hablé de nuestro ataque fallido a la torre aquella misma mañana.

—Lo último que he visto ha sido a Calígula escapando justo cuando cerraban las puertas. Espero que Polly se reponga —dije apretando la mano de Mary.

La llama de la vela se apagó con un chisporroteo y la celda se sumió en tinieblas. A lo lejos sonaban los pasos de los hombres que patrullaban en la torre. Jamie apoyó la cabeza en mi hombro y yo cerré los ojos para aspirar mejor la fragancia de su cabello. Me tembló el labio y se me saltaron las lágrimas, pero me obligué a pensar en cosas felices.

—¿Creéis que el cielo existe? —preguntó Jamie.

Su vocecilla llegó hasta nosotras flotando en la oscuridad.

Me quedé inmóvil, sin saber qué contestarle, porque no estaba segura.

—Sí, Jamie —le aseguró Mary—, y mañana veremos a mamá y a papá.

—Y a Bella —añadí—. Se pondrá a ladrar en cuanto te vea.

Jamie soltó una risilla. Resultaba extraño reírse de nuestra propia muerte, pero qué otra cosa podíamos hacer. Me tendí de lado. Jamie posó su mano en mi espalda y noté el movimiento regular de su pecho, que subía y bajaba. Me di la vuelta para ver si Mary se había dormido también. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respiraba con suavidad. Incluso dormida conservaba aquella expresión digna y serena en el semblante.

Me incliné para besar a Mary en la frente, luego a Jamie. Por fin podía llorar. Enterré la cara en la manta para ahogar los sollozos.

Cuando éramos pequeños, rezábamos todas las noches, y en aquel instante me oí a mí misma pronunciar mis oraciones una vez más.

—Dios bendiga a las personas a las que dejaré atrás: Polly, George, Clara...

Mientras hablaba, pensé en todos aquellos cadáveres apilados en el patio.

—Señor, te ruego que Eoghan vuelva a ver a su hijo, que Polly se recupere y que sus padres vuelvan a casa sanos y salvos. Por favor, cuida del general y de los soldados. Y, Dios mío, llévanos a los tres al cielo con mis padres. Y gracias por la vida que me has dado. Amén.



Al alba, nos vendaron los ojos. No llegué a ver las caras de los soldados que fueron a buscarnos; únicamente oí sus voces. No se mostraron desagradables ni rudos; se limitaron a prepararnos para la ejecución.

Uno de los hombres, que tenía la voz grave y olía a tabaco, nos pidió que nos pusiéramos de pie con las manos a la espalda. Cuando me ató las muñecas noté el roce de su piel, que parecía de papel de lija.

Se oyó un tintineo de llaves, luego la puerta de la celda al abrirse.

—Mary, Elizabeth, James —dijo el hombre de la voz grave mientras nos ponía en fila por orden de nacimiento.

Nos obligaron a avanzar por el pasillo y a bajar después la escalera de caracol. El guardia me sujetaba la muñeca con tanta fuerza que se me dormían los dedos.

—¡Cuidado, Jamie! —susurré.

Estaba a punto de recordarle que se cogiera a la barandilla cuando caí en la cuenta de que tenía las manos atadas.

Yo avanzaba a ciegas, dando pasos pequeños. Me acordé de una vez que Bella, siendo un cachorro, había corrido a coger un palo en un estanque helado. Yo tuve que avanzar de puntillas por el hielo para rescatarla. Mi forma de andar en aquel momento, como si el suelo se fuera a romper bajo mis pies, me recordó aquella ocasión.

Oía a Mary caminar delante de mí. Incluso en aquel momento se desplazaba con el andar elegante y acompasado de una reina. De los tres, era ella quien había entrevisto su futuro con más claridad, una vida que le iba a ser arrebatada. Me acordé de con cuánta frecuencia decía cosas como: «Cuando me case...» o «Cuando sea reina...» o «Cuando tenga hijos...». Confeccionaba listas de sus nombres favoritos, una de chica y otra de chico. Cuando llegase el fin, no gritaría ni perdería la compostura. Conservaría la dignidad. Las clases de etiqueta real no incluían una lección sobre cómo afrontar la muerte con distinción, pero Mary había vivido como una reina durante dieciocho años y sin duda moriría como tal.

Me pregunté qué contarían sobre nosotros los libros de texto algún día, qué les enseñarían a los niños en clase de Historia. ¿De verdad íbamos a ser los últimos representantes de la monarquía británica?

Cuando llegamos al pie de la escalera, el aire olía a piedra y a lluvia fría. Las puertas se abrieron y noté con alivio el aire fresco en la cara. Me cayó una gota de lluvia en la mejilla, luego otra en la frente.

De repente, el estómago se me encogió de miedo. Nunca más podría apreciar los olores y las sensaciones de las primeras horas de la mañana ni notaría la lluvia en el rostro. Después de todo lo que había pasado, de lo mucho que había sufrido y luchado, no podía creer que la vida hubiera quedado reducida a aquel breve paseo a ciegas. ¿Qué sentido había tenido aquella vida tan corta? ¿Había bastado? Mi madre siempre decía que lo más importante de la existencia es amar y ser amado. Yo había hecho ambas cosas.

—Continúe.

Noté un codazo del guardia que me incitaba a seguir andando.

—Un momento.

Me detuve lo suficiente para quitarme los zapatos y pisar la hierba húmeda, blanda y áspera al contacto con la piel. Necesitaba sentir el césped bajo mis pies una última vez.

—Quiero correr —pidió Jamie alzando la voz con esperanza—. Por favor.

—Nada de correr —repuso el guardia severamente.

—Por favor, déjelo —suplicó Mary—. Lleva enfermo toda la vida, hasta ahora.

Oí que el segundo guardia arrastraba los pies y le susurraba algo al primero. Habría dado algo por verles el rostro.

—De acuerdo —accedió el primero de mala gana—. Tres minutos. Le quitaremos la venda para que no tropiece —añadió con aspereza.

No veía a Jamie, pero oí su correteo, la alegría que delataba su voz cuando gritaba de felicidad. Conmovidos, los soldados le dejaron jugar mucho más de tres minutos. Por primera vez en su vida, Jamie corrió al aire libre como un niño normal mientras la lluvia arreciaba y la torre tocaba la hora de nuestra ejecución.



—Quítenles las vendas.

Reconocí de inmediato la voz de Cornelius Hollister.

Cuando me destaparon los ojos, miré a mi alrededor. El ejército de Hollister abarrotaba la Torre Verde. Vi algunos rostros conocidos: Portia y Tub, vestidas para la ocasión. El sargento Fax, con el pecho hinchado de satisfacción anticipada. Y de pie en la primera fila de soldados, de uniforme, estaba Wesley. Posé la vista en él.

Estaba segura de que apartaría los ojos avergonzado, pero sostuvo mi mirada sin

parpadear. Recordé el sumo cuidado con el que me había curado las heridas en la cabaña, el contacto de sus brazos alrededor de mi cuerpo. Y supe, en aquel mismo instante, que los momentos que habíamos compartido habían sido sinceros. No me arrepentía de nada. Había nacido en el seno de aquella familia igual que yo había nacido en la mía, y, llegada la hora de la verdad, merecía mi perdón.

Los guardias nos guiaron a nuestros puestos en el cadalso. Tres gruesos dogales colgaban ante nosotros, meciéndose ligeramente con la brisa. Un hombre con capa y capucha aguardaba a un lado del patíbulo junto a una palanca. Noté el suelo de madera hueco bajo mis pies. Bajé la vista y comprendí que era una trampilla. Atisé un caballo y un viejo carro de madera atados al patíbulo. Dentro de pocos minutos, aquel carro transportaría nuestros cuerpos sin vida al cementerio.

Hollister se volvió hacia el gentío y levantó las manos para pedir silencio antes de recitar las acusaciones que se nos imputaban. Al parecer, éramos culpables de traición, atentado contra la libertad... Mientras se dirigía a su ejército, desconecté de sus palabras y me dediqué a observarlo. Iba vestido con el uniforme oscuro de los comandantes, engalanado con medallas que se había otorgado a sí mismo. Exhibió aquella sonrisa blanca y mordaz que permanecía igual desde el día en el que entregó a mi madre aquel fruto mortal. Su rostro había envejecido, sus arrugas eran ahora más acusadas y algunos hilos de plata le surcaban las sienes, pero la sonrisa era la misma y sus ojos azules lanzaban destellos de satisfacción.

—Inclinen la cabeza y recen sus últimas oraciones —ordenó.

Por más que quisiera despedirme de ellos, no me sentía capaz de mirar a mis hermanos en aquel momento. Me esforcé en mantener la mirada al frente, haciendo caso omiso de los abucheos de la multitud.

Una bandada de cuervos rodeó el cadalso. Decía la leyenda que si los cuervos abandonaban la torre, la corona caería e Inglaterra con ella. Sin embargo, las aves seguían allí. Sobrevolaban la multitud, se posaban en los tejados y en las barandillas como espectadores que buscaran las mejores vistas.

Cuando el verdugo nos pasó las sogas por el cuello, Mary rehusó agachar la cabeza o rezar. Miraba al frente con la barbilla alta y los ojos serenos. Ni una sola lágrima cayó de sus ojos. De lejos debía de parecer entera, pero yo notaba que temblaba a mi lado.

Jamie bajó la cabeza.

—Mamá, papá, estoy deseando veros en el cielo. Allí seremos felices, estaremos a salvo y nadie se pondrá enfermo...

Las lágrimas corrían por sus mejillas mezcladas con la lluvia, que arreciaba.

El verdugo llevó una mano enguantada a la palanca. Las sogas se tensaron y tiraron de nuestro cuello. Yo me puse de puntillas con la esperanza de atenuar aquel violento dolor que me subía por las terminaciones nerviosas. En cualquier momento,

la trampilla se abriría y la oscuridad nos engulliría.

Vi un fogonazo rojo y creí que me estaba muriendo. Sin embargo, aún tenía los pies sobre la trampilla. Al oír los estertores de un hombre, abrí los ojos. El verdugo yacía boca abajo en el lodo con una docena de flechas clavadas en la espalda, como un alfiletero humano.

En un abrir y cerrar de ojos, Wesley trepó al cadalso y me levantó en vilo para quitarme la soga del cuello. Me tambaleé hacia delante mientras veía cada vez más puntos negros. Quiso desatarme las muñecas, pero lo empujé y señalé por gestos a Mary y a Jamie. Tenía que salvarlos a ellos primero.

En aquel momento, Hollister agarró la palanca. Una vez más, el destino de mis hermanos estaba en sus manos.



Wesley se abalanzó hacia su padre. Yo me quedé mirando a Mary y a Jamie, sin saber qué camino tomar. Apenas titubeé un segundo pero me pareció una eternidad. Jamie me miraba con los ojos desorbitados por el terror cuando Mary reaccionó.

—¡Salva a Jamie!

Su grito me sacó del trance. Corrí hacia mi hermano y lo cogí en brazos para aflojarle la soga que le rodeaba el cuello. Temblando, tiré de la cuerda a toda prisa para deshacer el nudo. Habría dado algo por un cuchillo. Miré de reojo hacia el lugar donde Hollister y Wesley luchaban por hacerse con el control de la palanca. Tirando de su padre, Wesley recurría a toda su fuerza para impedir que la bajara.

Aflojé el nudo del cuello de Jamie y corrí hacia Mary. La palanca oscilaba una pizca, y con cada movimiento la soga que rodeaba el cuello de mi hermana se tensaba. Su rostro adquirió un tono rojo oscuro mientras se esforzaba por coger aire. Antes de que llegara a su lado alguien me retuvo, me tiró al suelo y me apretó la bota contra el estómago. Era el sargento Fax, cuyos labios se curvaban hacia abajo en un gesto de rabia.

—¡Mátala! —le gritó Hollister casi sin aliento sin separarse de Wesley.

—Encantado —sonrió Fax alargando la mano hacia su sevil.

Intenté escabullirme, pero la bota me retenía con todo el peso de su cuerpo. No podía escapar. Justo cuando el sargento levantaba el arma, un cuervo bajó en picado y revoloteó ante su cara.

—Pero qué día...

Se tambaleó hacia atrás y cayó por un lado del cadalso arrastrándome consigo.

Rodé a un lado. En aquel momento, oí que el ejército prorrumpía en gritos. Me senté para poder mirar a mi alrededor. Las fuerzas de la resistencia habían llegado.

El general Wallace había reventado las puertas de entrada y guiaba a la caballería a la Torre Verde mientras los soldados de infantería escalaban el muro exterior usando cuerdas y piolets.

Me di media vuelta e intenté subir las escaleras del cadalso casi cegada por la

llovía, pero Fax me pisaba los talones. Miré a Wesley y a Hollister, que seguían luchando al otro lado de la plataforma. El cuerpo del verdugo yacía allí mismo, donde lo habían empujado. Me abalancé sobre el cadáver en busca de un sevil. Solo encontré un cuchillo. Me las apañaría.

Me giré justo a tiempo de evitar el violento ataque de Fax, que llegaba por un lado. Eché un vistazo a Mary. Tenía una flecha clavada en un costado y la sangre que manaba de la herida oscurecía su vestido rojo. Jamie intentaba ayudarla, pero no podía levantar el cuerpo lo suficiente como para aflojar el nudo. *Está muerta*, pensé. *Mary ha muerto*.

Yo seguía luchando con Fax, oponiendo resistencia al sevil con mi pobre cuchillo. De reojo, vi que un soldado moreno abandonaba las filas de la resistencia para cabalgar hacia la Torre Verde. Cuando se acercó advertí que se trataba de Eoghan. Saltó del caballo al cadalso y cortó la cuerda de un solo mandoble. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, empujé a Fax hacia atrás y subí corriendo las escaleras de la plataforma.

Mi hermana yacía en el suelo, exánime. Estaba inmóvil, su tez blanca como una sábana. Jamie se sentó a mi lado y tomó la fría mano de Mary.

—¿Respira? —pregunté.

Eoghan la cogió en brazos. Le palpó la garganta con los dedos para buscarle el pulso. El agua se precipitaba con fuerza a nuestro alrededor, como una lluvia de balas. Mary sangraba profusamente. Aún tenía la flecha ensartada, sobresaliendo en un ángulo extraño. Advertí que respiraba, pero levemente. Eoghan le quitó la flecha con cuidado; luego se arrancó un trozo de tela de la camisa y lo apretó contra la herida. Yo miraba la tela con impotencia; la sangre la había teñido de rosa de inmediato.

—La llevaré a donde está Clara.

El capataz volvió a montar y se agachó para tomarla en brazos. La cabeza de Mary cayó hacia atrás y luego otra vez contra su pecho, como si fuera una muñeca de trapo. Eoghan le pasó el brazo por el pecho y, tomando las riendas con la otra mano, cruzó al galope el campo de batalla en dirección a la entrada.

Jamie y yo bajamos corriendo del patíbulo y nos escondimos bajo el carro que debería haber transportado nuestros cadáveres. Yo solo tenía el cuchillo para defenderme, y si bien a mí me habría bastado, no quería arriesgar la vida de Jamie. Me parecía más seguro que nos escondiéramos.

La tierra era ya un lodazal y el estruendo de la lluvia ahogaba el fragor de la batalla. Mientras el ejército de Hollister combatía a la resistencia en la Torre Verde, Wesley luchaba contra su padre en el cadalso.

—Ya conoces la pena por un delito de traición —gruñó Hollister, que apuntaba con la espada a la garganta de su hijo.

—No soy un traidor —replicó Wesley—. Has sido tú quien ha traicionado a Inglaterra. Eres un asesino, pero el pueblo ya no te teme. Aunque me mates, es demasiado tarde. La gente seguirá luchando y acabará por derrotarte.

—Ese fue el guardia que me dio el antídoto —susurró Jamie señalando a Wesley—. Recuerdo su voz.

La mano de Hollister temblaba de rabia cuando dejó caer la espada sobre su hijo con todas sus fuerzas. Wesley retrocedió y bloqueó el mandoble con su sevil. Su padre volvió a atacarlo y esta vez lo alcanzó en la mano. El arma de Wesley cayó al suelo.

Apreté la mano de Jamie, pero él se escabulló y salió corriendo del escondrijo hacia la parte delantera del cadalso.

—¡Jamie, no! —grité, pero mi hermano ya había llegado junto al sevil que yacía en tierra.

Lo recogió y corrió al otro lado de la plataforma. Yo me precipité tras él.

—Jamás pensé que tendría que matar a mi propio hijo —declaró Hollister, aunque no parecía triste.

En aquel preciso instante, Jamie se colocó detrás de Hollister y le pasó el sevil a Wesley. Este cogió el arma y, con un rápido movimiento en el aire, le arrebató la espada a su padre de las manos. De repente, la hoja del sevil amenazaba la garganta de Hollister. Estaba acorralado contra la pared del cadalso.

—Adelante —gruñó—. ¿O acaso no tienes el valor necesario para terminar lo que has empezado?

Wesley dio un paso atrás, pero siguió esgrimiendo el arma contra el cuello de su padre.

—Depende de Eliza —respondió con una tranquilidad sorprendente—. Es ella quien merece vengar la muerte de sus padres.

Me tragué mis miedos y cogí la espada del suelo mientras intentaba controlar el temblor que se había apoderado de mis manos. Coloqué la punta de la espada, el arma del propio Hollister, contra su corazón. Llevaba tanto tiempo planeando mi venganza y me dominaba una rabia tan intensa que tuve ganas de atravesárselo. Sin embargo, llegado el momento de la verdad, me sentía engañada de un modo extraño. Matarlo no me devolvería a mis padres. Ya había muerto bastante gente en aquella guerra.

Bajé la espada.

—Atadlo —ordené.

Acudieron cuatro de nuestros soldados para esposarle y ponerle grilletes en los pies. No aparté mis ojos de los suyos.

—Pasarás el resto de tu vida en lo alto de la torre, pensando en todas las personas a las que has asesinado.

El general se llevó a Hollister hacia la Torre de Acero mientras los restos de su

ejército se batían en retirada. Atisbé a Portia corriendo entre ellos, con la melena al viento, seguida por un ensangrentado sargento Fax.

La lluvia arreciaba sobre la torre desierta. En la horca, dos dogales se mecían adelante y atrás con el viento. Vi a los cuervos refugiados en los tejados, acurrucados en sus nidos de ramillas y paja. No me lo podía creer. Todo había terminado. Después de tantos meses, de todo aquel dolor y muerte, de tanta sangre derramada, la lucha había llegado a su fin.

Wesley me cogió las manos.

—Lo siento mucho —empezó a decir despacio—. Aquella mañana, cuando desperté y vi que te habías ido, supe exactamente adónde te dirigías. Volví al campamento a buscar un caballo y Portia me siguió. Creo que sospechaba lo que estaba pasando —se interrumpió y miró al suelo con expresión compungida—. Y cuando te vi en el tejado..., jamás pretendí entregarte.

—Ya lo sé —me estremecí, no sé si de frío, de alivio o de algo totalmente distinto—. Ahora lo sé.

Wesley me envolvió con sus brazos y, al ver que no me apartaba, posó apenas sus labios en los míos. Yo noté un cosquilleo, como una voluta de fuego que me caldeara por dentro a pesar de la lluvia helada.

Alguien me tiró de la manga. Jamie nos miraba con timidez.

—Eliza, ¿podemos ponernos a cubierto? —preguntó protegiéndose los ojos de la lluvia con las manos.

Wesley me soltó la cintura y yo me agaché para abrazar a Jamie con fuerza. Miré al cielo, sin importarme el agua en la cara.

—Gracias —susurré a quienquiera que estuviera escuchando.

Habíamos sobrevivido.



Epilogo

Era un perfecto día de verano. Nubes deshilachadas surcaban el cielo azul claro y una brisa suave soplaba entre las plantas a la cálida luz del sol. En la plaza del pueblo se celebraba un festival al aire libre para festejar la coronación de Mary y agradecer a las gentes de Balmoral el apoyo prestado.

Había un mayo para los niños, un barril donde flotaban manzanas y un malabarista, además de gaiteros escoceses, violinistas y bailarines. Caballos y burros con las crines peinadas y trenzadas con cintas de oro aguardaban en un cercado a que los niños del pueblo los montasen. Sonreí al ver que Calígula, una cabeza más alta que todos los demás, cargaba en su lomo a tres niños y soportaba con paciencia que muchos otros le peinaran la cola. Tras el intento de Hollister de incendiarla, habían vuelto a pintar la iglesia, que resplandecía blanca a la luz del sol.

Habían dispuesto tiendas en la plaza por si llovía, pero aquel día no había peligro de chaparrones. Las filas de mesas largas rebosaban de pasteles y bollos, barras de pan recién horneadas y quesos, sidra fresca y otras exquisiteces casi olvidadas. La gente había acudido de muy lejos para la celebración.

En su primera aparición oficial como reina, Mary había donado las tierras de la corona a los granjeros. Las mieses crecían por toda Inglaterra para alimentar a la nación. La gente ya no se moría de hambre. Por encima de todo, Cornelius Hollister languidecía a buen recaudo en la Torre de Acero y su ejército estaba desmantelado.

Mary saludaba a su pueblo con los brazos abiertos. La herida de la flecha aún le provocaba dolores y, aunque intentaba ocultarlo, de vez en cuando la veía hacer una mueca. Pero enseguida recuperaba la compostura y disimulaba con una sonrisa encantadora. Enfundado en un traje azul oscuro, Eoghan, alto y moreno, no se separaba de su lado. Sus dos hijos pequeños jugaban en el mayo bajo la atenta mirada de ambos.

Tras el arresto de Hollister, Wesley y yo habíamos viajado a la casita donde vivían Nora y Rita. Encontramos a las dos ancianas cansadas y delgadas, pálidas sombras de las damas que habían sido en otro tiempo. Sobrevivían a base de semillas

y de los pocos alimentos en conserva que les quedaban. Las llevamos a Balmoral y las acomodamos en la cabaña del jardinero para que pudieran olvidar los horribles recuerdos de aquella noche. Jamás les dije que yo había participado en el asalto.

Sentada sobre la hierba al calor del sol, miraba a Wesley y a Jamie jugar al fútbol. Mi hermano por fin había aprendido los trucos de aquel juego que tuvo prohibido tanto tiempo. Viéndolo reír y correr, chutar el balón con despreocupación, se me saltaron las lágrimas. Sin saber por qué, últimamente me echaba a llorar cada vez que me sentía feliz. Sin embargo, no quería llorar aquel día. Me levanté y me dirigí a las mesas rebosantes de manjares.

Polly, Clara y George estaban reunidos en torno al general Wallace, que les contaba batallitas de un pasado muy, muy lejano. Sentada, Clara bebía un vaso de limonada. Llevaba un vestido nuevo que había confeccionado ella misma. Reconocí la tela, el estampado de florecillas violetas con fondo azul claro de las cortinas de Polly.

Mi amiga se acercó a mí. Unas peinetas le sujetaban la melena a ambos lados de la cabeza y lucía un vestido blanco y amarillo que había pertenecido a Mary.

—Estás muy guapa —le dije.

—Tú también.

Me había crecido el pelo, que me llegaba ya por debajo de las orejas, e incluso la cicatriz de la mejilla se estaba borrando.

—¿Has visto aquel pastel de chocolate de allí? Me muero por comerme un trozo.

La cogí de la mano.

—Vamos a probarlo.

Nos acercamos y miramos sobrecogidas aquella tarta de tres capas. Ni siquiera recordaba la última vez que había comido chocolate. Era difícilísimo de encontrar.

Mientras cortábamos un gran pedazo para compartirlo, reparé en un niño que sostenía en las manos un cuenco azul y blanco lleno de fresas. Tendría unos cinco o seis años e iba vestido con un peto.

—¡Mira esas fresas! —exclamó Polly con la boca llena de pastel—. ¿De dónde las has sacado?

Se quedó mirando el cuenco como si admirase una hermosa obra de arte.

Eran tan brillantes y jugosas que se te hacía la boca agua solo de mirarlas; sin embargo, advertí algo raro en ellas. Cogí una, luego otra y por fin una tercera. Eran idénticas, como si hubieran sido fabricadas a partir de un molde.

Polly se llevó una fresa a los labios y abrió la boca para morderla.

—¡Polly, espera, no! —grité, y se la arrebaté de las manos.

Mi amiga tenía una mancha rosada en los labios.

—¿Qué pasa? —exclamó sobresaltada al ver el pánico en mis ojos.

Rápidamente cogí una servilleta y le limpié el jugo de los labios igual que haría

una madre con su hijo. Con los dedos índice y pulgar, abrí la fresa. El interior estaba plagado de minúsculas estrellas de metal. Tiré la fruta al suelo y eché a correr detrás del niño. Desde un lado de la plaza, miré entre la gente buscando el azul de su peto, el pelo rubio casi blanco. No lo vi entre el gentío que bailaba, bebía y tocaba.

Seguí oteando, con la mano como visera para evitar el reflejo del sol, pero sabía que no lo encontraría por ninguna parte.

El niño se había ido.



GALAXY CRAZE. Reconocida actriz londinense, se mudó a Estados Unidos siendo niña. Ha aparecido en películas de la talla de *Maridos y mujeres*, de Woody Allen o *Bésame antes de morir*, junto a Matt Dillon. Tiene publicadas dos novelas, *By the Shore* y *Tiger, tiger*; sin embargo, sobre su labor como escritora comenta que nunca quiso convertirse en una, pero que siempre tuvo claro que lo suyo era escribir. Actualmente vive en Northampton, Massachusetts, junto a su marido y sus dos hijos.